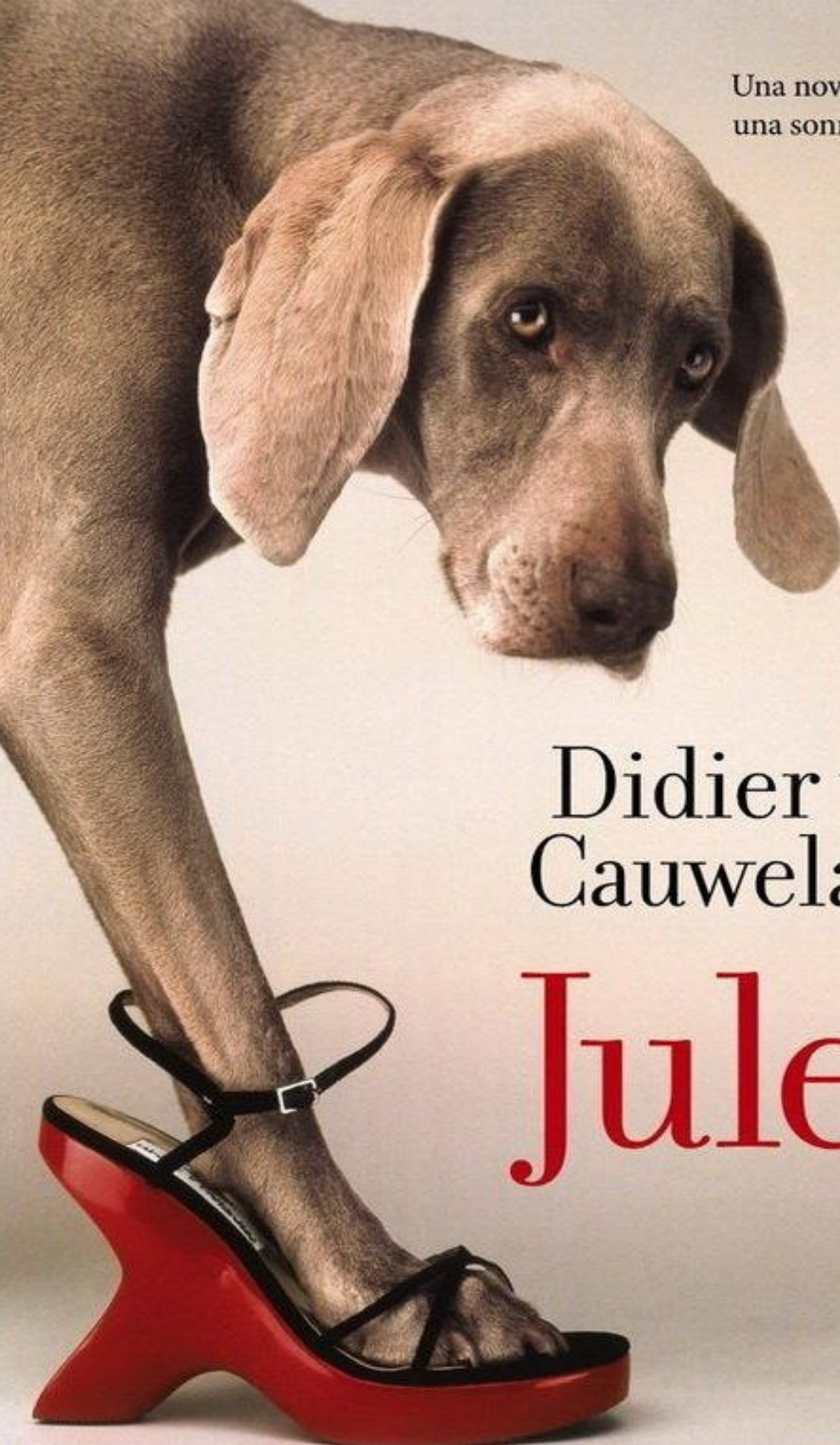


A close-up photograph of a Weimaraner dog's head and front leg. The dog has light-colored fur with darker patches around its eyes and on its ears. It is looking down towards the camera with a calm expression. Its front right leg is extended downwards, and it is wearing a bright red, high-heeled sandal with black straps. The background is a plain, light-colored surface.

Una novela que te dejará
una sonrisa en los labios

Didier van
Cauwelaert

Jules

Lectulandia

Zibal es un genio un tanto particular.

Brillante ingeniero bioquímico y astrofísico, sus descubrimientos científicos podrían haberle reportado una existencia desahogada; sin embargo, una serie de hechos desafortunados le han obligado a ganarse la vida vendiendo macarons en el parisino aeropuerto de Orly.

Un día aparece por su puesto Alice, una joven y encantadora invidente, acompañada por su perro guía, Jules, un labrador muy especial.

Alice va a tomar un avión para someterse a una operación que le permita recuperar la vista.

La intervención resulta un éxito, pero para el perro Jules será el comienzo de una tragedia ya que lo asignan a otro invidente que lo maltrata.

Jules huye y busca refugio en Zibal con el objetivo de que le ayude a encontrar a Alice.

En menos de veinticuatro horas, su vida va a quedar totalmente trastocada.

¿Conseguirá Jules reunirse con Alice? ¿Y Zibal cuyo corazón quedó cautivado nada más verla?

«Jules» es un relato a dos voces lleno de ternura.

Una novela romántica, vertiginosa y original, llena de humor y fina ironía. Una historia, a veces políticamente incorrecta, de aprendizaje mutuo, de pasiones volcánicas y situaciones delirantes de la mano de un perro guía un tanto peculiar. Una novela cautivadora que dejará al lector con una sonrisa en los labios.

Lectulandia

Didier van Cauwelaert

Jules

ePub r1.0

Titivillus 10.02.18

Título original: *Jules*
Didier van Cauwelaert, 2015
Traducción: Alicia Martorell Linares
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sé por experiencia que hay que desconfiar de los flechazos, pero me atacó una amnesia repentina cuando la descubrí entre la multitud. Zapatos de tacón amarillo canario, pantalones cortísimos de color rojo y top turquesa: no había peligro de que la atropellasen entre la niebla. Si no fuera por el labrador sujeto con un arnés que la guiaba, sus grandes gafas negras habrían pasado por el accesorio de una estrella paseando ostentosamente de incógnito. El pelo rubio rojizo, sujeto en un moño desordenado, los pechos moviéndose libres bajo la seda casi transparente, una sonrisa de cita galante que le alargaba las comisuras teñidas por la barra de labios: era una ciega que absorbía todas las miradas, que provocaba mucho más deseo que piedad.

Se detuvo olfateando ante mi puesto. Instantáneamente, su perro se quedó inmóvil, mirando hacia mí. Como el intérprete que prepara a su interlocutor para las palabras que está a punto de traducir, me miraba fijamente mientras ella hablaba al vacío.

—Buenos días. Caramelo salado, regaliz y gominolas de fresa. Uno de cada, por favor.

Tenía una voz de niña precoz en un cuerpo de treinta años. Alegre, educada, increíblemente sexi y capaz de recitar mi catálogo de especialidades. A mi pesar, bendije el cataclismo social que me había puesto en su camino. Con mi doble título de ingeniero bioquímico y de astrofísico, a los cuarenta y dos años me había convertido en vendedor de *macarons* en Orly Oeste, nivel de Salidas, vestíbulo 2.

No puedo pasar desapercibido. Llevo un chaleco de rayas chocolate y café, un gorro color pistacho y estoy plantado en el centro de un puesto en forma de diligencia y del mismo verde pálido. Mi madre tuvo un ataque de ictericia cuando descubrió casualmente mi nuevo trabajo, de vuelta de sus vacaciones en Ardèche. Su comentario se limitó a un mensaje desde el taxi: *La cara que pusieron mis amigas. Al menos, podrías haber avisado*. Yo contesté: *Creí que siempre viajabas en tren*. Ella replicó: *Ahora va a resultar que es por mi culpa*. Yo lo dejé estar. A pesar de haber inventado un procedimiento de descontaminación que hubiera podido hacerme ganar millones, me hundo cada vez más en la miseria ante sus ojos consternados desde que mi novia me despidió de su empresa para quedarse con mi patente. No me defendí: tengo una idea demasiado elevada del amor como para mezclarlo con notarios o

abogados. Prefiero quedarme con los buenos recuerdos y prescindir del resto. Es lo que mi madre llama «dejarme pisotear» cuando en realidad lo que hago es volar más alto. La entiendo: antes de sorprenderme en flagrante delito de contrato temporal para la casa de *macarons* Ladurée, me ha conocido sucesivamente como director de desarrollo de los fertilizantes Vert-de-Green, con cuatro mil quinientos euros al mes, traductor de obras científicas a tres euros la página, guía turístico en el castillo de Chantilly a cambio de las propinas, voluntario en una asociación de defensa de los árboles y condenado, tras encadenarme a los magnolios del Forum des Halles, a cinco mil euros de multa por intento de coacción a un leñador, suma que tuve que pedirle prestada para no ir a la cárcel. Viniendo de un niño abandonado, que había adoptado con graves perjuicios para su relación de pareja, no le parecía que su inversión le estuviera dando demasiados dividendos.

—Solo tengo fresa, sin gominolas, lo siento.

Las gafas negras se volvieron hacia mi voz.

—¿Está absolutamente seguro? Huelo a gominolas de fresa. ¿Ha usado un ambientador como los floristas?

Encantado de prolongar la conversación, contesté con una voz juvenil que solo estaba haciendo una sustitución para hacer un favor a un amigo.

—Bueno, entonces lo dejamos en uno de caramelo salado y dos de regaliz para mí, para tomar aquí, y doce de agua de azahar en una caja para mi perro: es su sabor favorito.

—¿Cómo se llama?

—Jules —sonrió, acariciando su pelaje color arena.

—¿Quieres tomarte uno ahora, Jules? Invita la casa.

—No contestará, está de servicio.

Se me hizo un nudo en la garganta. Esta pareja indisociable que estaba pasando de largo por mi vida me inspiraba una mezcla de exaltación y tristeza que ella percibió en mi voz cuando le pedí disculpas.

—No se preocupe, lo lleva muy bien —dijo para tranquilizarme—. Solo come cuando le quito el arnés.

—Tiene que estar muy bien entrenado.

—Sobre todo, tiene su orgullo. Es responsable de mí.

En su tono había el mismo orgullo que le atribuía al labrador. Se me vino el mundo encima. Yo nunca había sido responsable de nadie. Mi madre es una roca, mi padre no está y las mujeres de mi vida no quisieron hijos. El labrador me miraba fijamente a los ojos. Un acceso de ridículos celos por este guardaespaldas venturoso me hizo desviar la mirada hacia los pechos de su ama. Unos pechos sublimes, que desafiaban la gravedad y, sin embargo, parecían de verdad, acusando cada movimiento de los dedos para sacar la tarjeta de la cartera y buscar a tientas el tique del taxi que se le había caído. No tuve tiempo de salir de mi puesto para recogerlo: el perro, que estaba pendiente del más mínimo movimiento de su ama, ya había

empujado con la pata el justificante hasta las uñas de su protegida. Alice Gallien, decía la tarjeta de crédito que había dejado sobre el mostrador. Se me encogió el corazón pensando en la canción de Brel: *laisse-moi devenir l'ombre de ta main, l'ombre de ton chien...* Yo, que me pasaba la vida cerrando los ojos ante lo que la gente sería llama «la vida adulta», no sé qué hubiera dado por servir de mirada a una mujer como ella.

De momento, lo único que estaba en mis manos era tardar todo lo posible en envolver los *macarons* para seguir disfrutando de sus senos turquesa y del desconcertante júbilo que desprendía. La alertó el sonido lento de mis gestos sobre el papel. Posó dos dedos sobre las agujas de su reloj sin cristal.

—Tenemos que embarcar —me dijo, con una amabilidad afligida—. Quizá no sea indispensable envolverlo para regalo.

Esponáneamente respondí en mi defensa que me parecía hermosísima.

—Gracias por la franqueza —sonrió—. En general, los hombres empiezan diciendo piropos a Jules.

Al oír su nombre, el perro me miró con la seguridad disuasoria de un macho dominante, aunque quizá lo que me incitaba al antropomorfismo era la erección que intentaba aplastar bajo el mostrador.

—¿Es cosa mía, o no se parece a su voz? Siempre es muy amable con los vendedores, pero lo noto muy tenso.

Me describí sin entrar en los detalles de la gorra verde y el chaleco a rayas. Le dije que había nacido en Siria de padres desconocidos y había sido adoptado por una pareja de franceses.

—Ya veo.

Le di sus paquetes, sin saber si esa expresión tan desconcertante en su boca era un signo de compasión o se refería a que su perro era racista.

—¿El de las diez y veinticinco para Niza lleva retraso?

Le dije que no, que la sala era la 20, tal y como podía ver en la pantalla que estaba frente a mí. La hubiera acompañado, pero la cola tras ella iba tomando proporciones inquietantes y mi jefe ya me había llamado la atención el día en que me sorprendió en flagrante delito con un tratado de astrofísica sobre el mostrador. Aunque no haya clientes, tengo que parecer atento, dispuesto, disponible. Está en el contrato. Comer, leer o llamar por teléfono durante mis horas de servicio son faltas graves que suponen un despido fulminante en caso de reincidencia. Y sin este salario caído del cielo, a la vista de la crisis que está asolando la edición de obras científicas, no veo cómo podría pagar el alquiler.

Llamé con un gesto a un empleado de Air-France que se paseaba con su camisa encorbatada. Dejé en sus manos a mi deliciosa cliente, cobré con la tarjeta intercambiando dos frases, miré cómo se alejaba con el corazón encogido, sensación que se diluyó ante la impaciencia de los viajeros que esperaban.

—Ya era hora. ¿Qué sabores tiene en cajas de seis?

Mientras recitaba mecánicamente el surtido a un asistente a un congreso con identificador de IBM, me repetía nuestras últimas palabras: «Buen viaje, señorita. Las gominolas de fresa son una variedad nueva. Me he quedado sin ella, pero la puedo pedir. ¿Volverá pronto? Eso espero». No había tenido la oportunidad de averiguar más. ¿Y para qué me iba a servir? Seguro que había un hombre en su vida: había aludido a los ligones como yo con la indulgencia serena de una mujer en pareja.

Con la mirada ausente y la sonrisa de reglamento, iba cumpliendo con los rituales de venta con un abatimiento resignado que no forma parte de mi manera de ser. Siempre he puesto al mal tiempo buena cara. Enamorado traicionado, investigador saqueado, víctima tan desprovista de frustración como de ambición vengadora —dos motores esenciales para la vida social—, me suelo contentar con sentirme bien conmigo mismo sin entrar en razones personales: una puesta de sol, la inteligencia de las bacterias, una cantata de Bach, la profesionalidad de una prostituta, el olor de la madreselva en el alféizar de mi ventana, los misterios insondables del *Big Bang*... Todos estos placeres ínfimos sin efectos secundarios que, para un corazón con movilidad reducida como el mío, sustituyen de buen grado al amor y a los abismos que supone. ¿Por qué el deseo que sentía por una minusválida *de verdad* me ponía tan triste, por qué me hacía avergonzarme del bienestar cortoplacista de mi pequeña vida de mierda?

Y sin embargo, mi vida había empezado muy bien. Suelen crearme un producto de la inmigración, pero ante todo soy un proyecto literario. Solo llevaba unas horas en el mundo cuando el portero de la embajada de Francia en Damasco, al recoger los cubos de la basura, me descubrió en el fondo de uno de ellos. Era obvio que alguien me había dejado allí tras el paso del camión. Éliane de Frèges, la mujer del agregado cultural, había maniobrado sin descanso hasta conseguir adoptarme, aunque me tuvo que sacar de Siria por valija diplomática.

Mi madre adoptiva, respetuosa con mis orígenes, me llamó Zibal, del árabe *zibala*, «cubo de la basura». Por lo demás, su imaginación llenó el vacío. Me dio como padre a un jefe beduino que había repudiado a su mujer por adulterio, mujer que, expulsada de la tribu, me había buscado una suerte mejor poniéndome en manos de la República Francesa a través de los residuos domésticos. *Zibal, el niño de la basura* recibió el premio Femina el año en que cumplí los trece años. Los críticos se extasiaban ante mi personaje, un beduino que estudiaba ciencias políticas en una escuela prestigiosa y estaba dispuesto a ser merecedor del sacrificio de su progenitora y de la generosidad de su madre adoptiva, para terminar volviendo a Damasco con un título universitario en el bolsillo para derrocar a Assad e instaurar un embrión de democracia sin necesidad de venderse a los Hermanos Musulmanes. Moría como un héroe en la página 438, dejando dos hijos y una hija que se había comprometido a terminar su obra convirtiéndose en embajadora de Siria en París.

En la realidad, este camino de gloria se había interrumpido en los bancos de la universidad. Luego Zibal de Frèges no había hecho honor a sus promesas,

desautorizando a su autora. Me quedé en la sombra, sin abandonar nunca el suelo francés, todo el mundo me había tomado el pelo y dejaría que mi nombre se extinguiera. Eso no era material para escribir un segundo tomo.

Los ladridos me sobresaltaron.

—¡Joder, tenga cuidado! —se quejó el cliente cuyo surtido había desparramado por el suelo.

Con la caja vacía en la mano, intentaba enterarme de qué pasaba en el fondo del vestíbulo 2.

—¡Jules! —gritó Alice—. ¿Quiere soltarlo? ¡Pare inmediatamente!

—¿Me va a llenar otra caja o qué?

Con un gesto mandé callar al mentecato. Los gritos de la joven subieron de volumen, sobre un fondo de ladridos. Sin pensar, salí corriendo del puesto para correr hacia la sala 20. El embarque del vuelo a Niza parecía el primer día de rebajas en unos grandes almacenes. Abriéndome camino entre la multitud, vi a dos auxiliares de tierra metiendo a Jules en una jaula tras retirarle el arnés, mientras que un tercero repetía a Alice con tono neurótico que el avión iba lleno y que el comandante había decidido que todos los animales viajasen en la bodega.

—¡Él no, señor! ¡Es un perro guía, mire la chapa, aquí están sus papeles! Según la ley europea de 2008, puedo viajar con él en la cabina...

—No cuando el avión está lleno: eso lo decide el comandante.

Dije que no. El histérico se volvió hacia mí. Alzó una ceja furioso, burlón frente a mi gorro color pistacho y mi chaleco de rayas.

—¿Y ahora qué quiere el señor Macaron?

—Que se cumplan las normas. La señorita le acaba de decir que la ley europea de...

—¿Te vas a volver a tu tienda? Ya tengo suficientes problemas.

—Y tendrás muchos más si sigues por ese camino.

—¡Te la estás buscando!

A modo de respuesta, le levanté del suelo sujetándolo por la minúscula corbata. Todas las injusticias y humillaciones a las que siempre había hecho frente con mi serenidad de beduino se concentraron de repente, proyectadas contra el energúmeno pertinaz al que zarandeaba al ritmo de mis palabras:

—La ley europea de 2008 tiene prioridad sobre las decisiones del comandante: Repítelo y pide disculpas o llamo a un poli que te va a clavar una multa por discriminación y perseverancia en el error. Demasiado tarde, ya está aquí. ¡Jean-Mi!

El policía con quien arreglaba el mundo tres veces al día durante la pausa para fumar se acercaba a ver qué pasaba, adelantando la mandíbula. Le expliqué la situación. Mientras él amenazaba al energúmeno con una multa de cuatrocientos cincuenta euros, abrí el cajón de Jules que ya avanzaba por la cinta transportadora. Literalmente me saltó al cuello, derribándome casi. Tres lengüetazos frenéticos y me abandonó para acercarse a Alice, que, totalmente perdida, con el arnés en la mano,

preguntaba qué pasaba a sus vecinos exasperados por el retraso con que iba a salir el vuelo por su culpa.

Me acerqué para reconfortarla y recoger la caja de *macarons* que había dejado caer en el fragor de la batalla. Se deshizo en agradecimientos y sacó del bolso una tarjeta de visita que tendió al espacio vacío que estaba a mi derecha. Me la guardé rápidamente, diciendo que le deseaba un viaje muy agradable y que por la noche la llamaría para ver cómo estaba.

Un joven con brazalete llegó corriendo con una silla de ruedas para llevar a la minusválida hacia los controles de seguridad. El incidente estaba cerrado. Agité la mano diciendo adiós al perro, que me miraba fijamente sacudiendo la cabeza, como si no comprendiese que los abandonara después del salvamento.

Dividido entre la nostalgia y la emulación, volví a mi diligencia verde, donde me esperaba mi jefe con los brazos en jarras.

—¿Cómo se le ha ocurrido abandonar su puesto, De Frèges?

Dando golpecitos con el índice sobre su tarjeta de identificación, contesté belicoso:

—Ya puede darme las gracias: si no hubiera hecho nada, la marca podía haber sido considerada responsable de denegación de auxilio a una persona en peligro. La policía se lo confirmará. ¿A quién le toca? —proseguí, dejándolo a un lado y dirigiéndome a la cola, que había retrocedido un paso.

Tres campeonatos universitarios en artes marciales me han dotado de un ascendiente personal al que en general evito recurrir, porque me produce un placer insano y luego me paso tres días con ardor de estómago. Salvo en caso de emergencia, es mucho más gratificante dejar al adversario con la ilusión del triunfo, desde la seguridad de que hubiera podido aplastarlo fácilmente.

* * *

El resto del día transcurrió sin tropiezos. La imagen de Alice y la gratitud de su perro formaban una burbuja de dulzura que me aislaba de los groseros con prisas que se sucedían ante mí.

Tras bajar la persiana, me siento para sacar la tarjeta de visita que espera en mi bolsillo desde las 10:15 horas. Cierro los ojos, llevándomela a la nariz para reactualizar el cuerpo de Alice aspirando su perfume: tengo un recuerdo de jazmín con un toque de higuera. Pero la tarjeta solo huele a mentol y tinta de imprenta. Abro los ojos:

Banco HSBC - Agencia Montmartre.

Nicolas Bron, director de cuentas.

Mientras busco un chicle en el bolsillo exterior de mi bolso, mis dedos colocan en su sitio maquinalmente las tarjetas de visita. Solo están las mías. ¡Vaya! Le he dado la del empleado de banca que anoche intentaba ligar conmigo en el autobús. Le olía el aliento a Coca *light* y tenía una voz engolada. Como si el argumento nos destinara el uno al otro, precisó: «Está impresa en relieve».

No importa. Quizá sea mejor. Si tengo ganas de darle las gracias de nuevo al señor Macaron, a la vuelta tendré que dar yo el primer paso. *A la vuelta*. Tres palabras cargadas de promesas y de aprensión, de sueños y de incógnitas...

Acepté la silla de ruedas para no seguir retrasando el embarque, pero le volví a poner el arnés a Jules, la única forma de mitigar su estrés tras la agresión que había sufrido. No hay nada que pueda traumatizar más a un perro guía que verse separado por la fuerza de la persona a la que asiste. Arrastra la silla como si fuera un trineo, volviéndose constantemente. Noto que le perturba el ancho inhabitual que debe calcular para cruzar puertas y obstáculos. Tras de mí, el empujador de inválidos corrige las oscilaciones de la silla, lo que contribuye a desestabilizar aún más a mi perro. Hace más de siete años que está a mi servicio, me conoce de memoria, me ha subido a un avión veinte veces y no comprende la situación absurda que le imponen ahora. A la anomalía se suma mi tensión emocional, que el pobre intenta regular desde hace tres semanas. Desde que me dieron fecha para la operación. Desde que la esperanza y la angustia ocupan el lugar de la resignación positiva que siempre vio en mí. Se esfuerza por suavizar la angustia con sus caricias, pero no está entrenado para dar una respuesta a la esperanza. No se enseña a los perros guía que un ciego puede dejar de serlo de la noche a la mañana. Lo preparo como puedo, pero no consigo transmitirle nada.

En el avión, una azafata le felicita y le indica cuál es mi asiento. Indiferente a los halagos cuando está de servicio, retira del asiento el cinturón de seguridad. Oigo el choque familiar de la hebilla metálica contra el brazo del sillón. Me siento, le quito el arnés y levanto las piernas para que se tumbe debajo. Se hace una bola, esforzándose por no ocupar más espacio que un bolso de mano. Como cada Navidad, cuando me lleva a Valberg, a montar en trineo con papá.

Me tomo una pastilla para relajarme. Setenta y cinco por ciento de éxito en el

trasplante que me espera. La córnea humana tiene una tasa de rechazo menor, pero los donantes son cada vez más escasos. Ocupaba el puesto trescientos doce en la lista de espera para trasplantes cuando ocurrió la catástrofe: la familia de un donante se querelló contra el cirujano por mutilación de cadáver. Ganó en primera instancia y este fallo acabó con las esperanzas de miles de ciegos. Desde que la ausencia de declaración negativa ya no tiene valor de consentimiento ante los tribunales, ningún cirujano quiere correr el riesgo de extraer los ojos, a menos que la familia del difunto lo autorice, pero tiene que ser antes de cuarenta y ocho horas, pues más tarde ya no son aprovechables. Como el doctor Piol pensaba que los nuevos avances en córneas artificiales eran adecuados para mi tipo de ceguera, no pensaba esperar hasta hacerme vieja.

Cuando opté por el implante Alphacor estaba al corriente de los riesgos de rechazo. Empezando por el de la seguridad social, que llegó inevitablemente. Como ya estaba inscrita en la lista de espera para trasplante humano y habían aprobado la operación, se negaron a financiar una prótesis. Felizmente, al saber que no me pagaban la operación, la RTL decidió financiarla. Toda la emisora colaboró para «devolver la vista a una de sus voces más bonitas», como comentaba encantado el director durante la fiesta sorpresa que me organizaron en Pascua. Este impulso de solidaridad me llenó de admiración, teniendo en cuenta que solo sirvo para dar la hora, anunciar los espectáculos en cooperación y la longitud de los embotellamientos en el bulevar periférico. Gracias a su generosidad, pasado mañana van a implantar en mi córnea opaca un anillo de polímero esponjoso. Las células del ojo lo colonizarán y me devolverá la luz, los colores y las formas en menos de cuarenta y ocho horas, si todo va bien. Alcanzaré la visión máxima al cabo de uno o dos meses.

He aceptado los riesgos, los efectos secundarios, la incertidumbre a largo plazo. En realidad, solo me da miedo una cosa: ¿el mundo que tendré ante los ojos será tan bello como el que me he construido desde que tengo diecisiete años? ¿La alegría de vivir que me sirve de anticuerpo no será una simple reacción a la noche? ¿Será fiel la realidad al sueño despierto que la reconstruyó?

Siento el hocico frío de Jules, que me llama contra mi pantorrilla izquierda. Le doy un *macaron*, mientras pienso en mi Caballero de Ladurée. Me ha gustado su forma de defendernos. Yo, que detesto sobre todo la piedad y el griterío, sentí un placer inmenso al escuchar cómo zarandeaba al zangolotino de Air France. Esos aires de caballero andante disfrazado de vendedor anónimo me han conquistado, pero no lo reconoceré ni muerta.

Me pregunto cómo será. Es raro que una persona cambie tan radicalmente de físico en mi cabeza solo con su voz. Cuando estaba vendiendo, me imaginaba a un árabe de barrio que se inventa unas raíces exóticas. Sin embargo, cuando se puso a gritar como un energúmeno en la puerta de embarque, lo que vi fue un príncipe del desierto, maduro y sólido, un nómada que ha ido a parar por error a un piso de protección oficial, un guerrero varado por esos azares de la vida. Un cuarentón que lo

ha perdido todo y que se aferra a la menor ocasión de existir para alguien. Me conmueve. Además, es que habla bien. Puede perder la sangre fría, pero nunca la sintaxis. Quizá no sea muy sexi, pero bueno, ese no es el problema, y además tengo que hacer mis ejercicios.

Cinco series de diez contracciones de párpados cada cuarto de hora, junto con rotación de los ojos en ambos sentidos para trabajar la hidratación, la flexibilidad y la movilidad con vistas al injerto. Parece que eso reduce los riesgos de rechazo. De momento, mi cerebro se convierte en un *jacuzzi* y tengo la impresión de que la subida de las aguas me expulsa de mi cráneo.

Además, es que me cuesta concentrarme. Eso no está en la lista de efectos secundarios de la pastilla que me acabo de tomar, pero tengo muchas ganas de hacer el amor. Ya la semana pasada, cuando Fred vio el cuadro que había pintado abandonando mis dedos a las imágenes simbólicas que hervían en mi interior, me lanzó un silbido guasón: «Vaya, muy sexi, muy prometedor». Sé lo que pinto dentro de mi cabeza, pero no tengo ni idea de lo que ve la gente. Es mi mayor fragilidad: si me dicen que mis cuadros son vitales, inmediatamente me siento en forma... y viceversa. El brote de libido ante la inminencia de mi operación quizá sea el fruto de una opinión artística no muy desinteresada. ¿Qué quedará de todo esto si el injerto funciona?

No quise que Fred me acompañara a Niza. No se lleva del todo bien con mi padre, se crean demasiadas tensiones y no tengo ganas de manejar todo esto. Ni siquiera quise aceptar su coche para ir al aeropuerto. No he tenido el valor de aceptar sus caricias para desviar mi atención, sus besos demasiado confiados, su camaradería jovial animando a su campeona como un entrenador, la ansiedad que hierve tras las compuertas. Tengo derecho a tener miedo y a no fingir que me tranquilizan.

Y además... amo a Fred, pero sus caricias no son lo que imagino mientras despegamos. El vendedor de *macarons* no es directamente responsable de todo esto; solo encarna un presentimiento. Hace tres semanas que tengo la seguridad de que *a la vuelta* nada volverá a ser como antes. Y eso, en lugar de preocuparme, me excita.

Hace trece días que esa mujer pasó por mi vida y apenas su imagen se empieza a desvanecer. Al día siguiente de mi flechazo en Orly, llamé al banco HSBC. Don Nicolas Bron, de parte de Alice Gallien. El banquero respondió a mi llamada en menos de tres segundos. Un diálogo de sordos. Él esperaba que se pusiera ella; yo esperaba que me diera su teléfono.

—¡Pero si no lo tengo! ¡No conozco más que su nombre! ¿Me llama de su parte?

—No, se equivocó de tarjeta y me dio la de usted.

—¡Pues devuélvasela! ¿Cómo me va a llamar si no tiene mi tarjeta?

—No sé cómo encontrarla: su número no sale en la guía. Contaba con que usted...

Él también. Colgamos como dos imbéciles. Aparentemente, esta mujer causa los mismos estragos en todos los hombres que se cruzan con ella.

Desde entonces, cada vez que entra un vuelo de Niza, alimento mi tortícolis atendiendo a los clientes de perfil, sin perder de vista el ascensor. Si quisiera darme su auténtica tarjeta de visita o reponer sus existencias de *macarons*, aparecería por allí, entre el buzón de correos y el puesto de Nespresso. Entonces yo correría a su encuentro con la caja surtida agua de azahar / gominolas de fresa que preparo cada mañana para que me dé suerte.

Por la noche, como algo de pie en el café que está frente al ascensor, sin dejar de traducir. A las 23:30 ofrezco a mis vecinos de mesa la caja de regalo del día y me voy al aparcamiento a reunirme con mi vieja Kangoo rotulada Vert-de-Green, que es todo lo que me dejó Gwendoline a modo de indemnización por despido improcedente. Y me vuelvo a mi cubil del quinto sin ascensor en la calle Thermopyles, un callejón olvidado del distrito XVI en el que la glicina y la madreSelva forman un arco sobre los adoquines destrozados. Es el único lugar del mundo en el que soy casi feliz.

Cuando Gwendoline mandó mis cosas al guardamuebles, me sumergí en mis orígenes literarios de beduino y me fui a vivir a una tienda Quechua XL2, instalada en el parque del castillo de Chantilly. De día, era guardia forestal. Me había aprendido de memoria la fauna, la flora y la vida del duque de Aumale, que había legado la propiedad al Institut de France en 1884. La secretaria de la Asociación de Amigos de Chantilly, la señora Berton, conmovida por mis conocimientos, la

bronquitis crónica que me había producido la humedad de la tienda y mi despido por reducción de personal, me subarrendó el despacho de su difunto marido, un gran entusiasta del duque de Aumale. Dieciséis metros cuadrados atestados de muebles Segundo Imperio, con una ventana al callejón más bonito de Montparnasse. Decía que le sentaba bien escuchar a alguien andando sobre su cabeza. A cambio de un alquiler irrisorio para la zona, simplemente me pedía que conviviera con los cuatrocientos treinta y nueve jinetes de la batalla de Boghar, a los que normalmente debería quitar el polvo cada tres meses, sin modificar la disposición de las tropas de Aumale cuando ataca a la tribu de Abdelkader sobre la mesa de cristal. Y yo finjo hacerlo con sumo placer.

En el espacio que deja vacante la conquista de Argelia, vivo rodeado de yogures a los que aplico electrodos para estudiar el comportamiento de los fermentos lácticos y su interacción de un tarro a otro, que es el tema de la tesis sobre ingeniería biológica que no he renunciado a defender algún día. El resto del tiempo, cultivo en la bañera plantas medicinales para obtener moléculas anticancerosas, sobre las que intento en vano llamar la atención de los laboratorios. Y, para pagar las facturas, traduzco del inglés o del ruso los últimos descubrimientos científicos en materia de agujeros negros, espacio-tiempo, manipulaciones bacterianas... Dando libre curso a mis sueños, encuentro aplicaciones inéditas que me apresuro —escarmentado en carne propia— a patentar en el Instituto Nacional de la Propiedad Intelectual, patentes ruinosas que no me permiten disponer de dinero para nada más. No obstante, a veces bendigo a Gwendoline por su desamor y su avaricia, que me han ofrecido esta segunda parte de mi vida tan acorde con las aspiraciones de mi juventud.

El único problema es el escándalo diurno procedente del piso de arriba ocupado por Coumba. Su clientela, básicamente formada por ejecutivos y altos funcionarios que huyen de la presión de sus responsabilidades, pasa por allí antes de ir a la oficina y antes de volver a casa, es decir, de seis a ocho y de cinco a siete. Coumba es una especialista sadomaso que ata, azota o zurra la badana a petición del cliente. La comunidad de vecinos tolera con resignación a sus «pacientes» (así los llama), pues es la única que puede pagar con regularidad los recibos y adelantar al administrador el importe de las obras que llegan inevitablemente cuando nuestro viejo inmueble se fisura.

Cuando termina su jornada de trabajo, viene a veces a compartir conmigo una tortilla. Es una negra alta y de curvas generosas que me dicta sus mensajes de correo para Mali, tarea que me agradece con una pajilla amistosa, pero sin recurrir a sus instrumentos de trabajo. En realidad es la única persona que me entiende. Mis yogures conectados al electrocardiógrafo le inspiran respeto por principio: tengo estudios, así que sé lo que hago. Hay hombres que susurran al oído de los caballos; yo escucho lo que me dicen los yogures. Para ella es una simple cuestión de sensibilidad.

Cuando le hablé de Alice, se persignó.

—Que sepas que si te tiras a una ciega estás encendiendo una luz que ya no tendrás derecho a apagar, desgraciado. ¡Que lo sepas!

Era la primera vez que me lanzaba ese *que-lo-se-pas* que ruge estrepitosamente como si fuera una admonición divina para el cartero, los clientes que no llevan cambio o los niños del edificio, a los que arranca los auriculares aullando sobre el peligro de sordera. Luego se suavizó, me friccionó el cráneo riendo y me echó las cartas.

—Por donde apareció una vez volverá a aparecer —se contentó con profetizar tras una larga serie de tréboles que no parecían gustarle demasiado.

Deduje que un Niza-París depositaría de nuevo a Alice en el puesto de *macarons*, pero hace ya casi dos semanas que sufro de tortícolis y seguramente se ha olvidado de mí. A menos que volviera un martes, que es mi día libre. Coumba me llama al orden cuando le digo que no volveré a ver a mi bella ciega.

—¡Al buen Dios no le gusta que desespere, ya te lo he dicho cien veces!

Nuestras discusiones teológicas me parecen exóticas o cansinas, según cómo tenga el día. Respecto a la religión, mi madre me dejó elegir. En la novela, tras vomitar mi primer filete halal, pedí que me bautizaran en Saint-Jean-de-Montmartre, la parroquia de la autora. En la realidad, he leído educadamente la Biblia y el Corán, pero mi corazón está del lado de Jules Verne y Alexandre Dumas. Gracias a la biología soy vegetariano, y la filosofía de Trinh Xuan Thuan, mi maestro en astrofísica, me ha acercado al budismo.

—¡No olvides nunca que te llamas «Cubo de la basura», como el nombre del presidente Houphouët-Boigny significaba «detritus»! Eso aleja los malos espíritus y trae suerte. Porque eres un hombre con suerte, aunque... Aunque.

Sí. A veces me llama «aunque», y es un nombre que me va muy bien. Con su aspecto de haber pasado una mala noche, Coumba es mi hada madrina. Cinco meses antes, volviendo de la panadería, sumido en el desastre económico sin paliativos que supone llevar mis ideas al registro de la propiedad, cuando tengo demasiadas, me crucé en el descansillo con el flagelado de las 7:30, un calvo alto y avergonzado que bajaba mirando fijamente a la alfombra.

—Perdone el ruido —me dijo en voz baja mientras introducía la llave en la cerradura—. Coumba me ha hablado de su sentido de la comunicación y de sus competencias en derivados lácteos. Si le interesa, acaba de quedar libre una plaza de agente de promoción y ventas en Orly Oeste. Preséntese en la tienda Ladurée, de parte del departamento de recursos humanos del grupo Holder, y pregunte por el jefe: ya estará avisado.

Así es como, sin pasar por la oficina de empleo, una puta maliense me consiguió el mejor contrato al que puede optar en la actualidad en el mercado francés un ingeniero en paro de más de cuarenta años.

* * *

La ventaja de estos encuentros sin mañana es que solo dejan una suave melancolía. Estaba resolviéndome a archivar en mi corazón a Alice Gallien cuando, un viernes por la mañana, a las 8:10, mientras terminaba de colocar mi puesto para abrir, escuché un ladrido a mis espaldas. No me dio tiempo a darme la vuelta: una masa se abatió sobre mí y me caí de espaldas aplastando el expositor de *macarons*.

Estoy aterrada. Nunca hubiera imaginado que el hecho más maravilloso de mi vida iba a desembocar en semejante desconsuelo.

Todo había empezado como un sueño hecho realidad. La excitación de papá en el aeropuerto, que me daba seguridad. El trayecto en su nuevo 4 × 4, con una suspensión mucho mejor que el anterior. La comida en la terraza de la tienda de *souvenirs* que domina las laderas de Valberg, donde en general solo vengo en invierno. La confianza de hormigón armado del doctor Piol, antiguo pretendiente de mamá. Mi ingreso en el hospital, en una habitación en la que el sol me calentaba suavemente la piel. Y, sobre todo, la serenidad de Jules, que sabía que mi presencia entre tanta bata blanca significaba para él unas vacaciones. Es una etapa importante de su entrenamiento, muy anclada en su cerebro de guardián responsable. Delegaba. Yo estaba en buenas manos, acostada como una niña buena: él podía irse a bañar sin remordimientos con papá y su nueva amiga, jugar con las olas en Cagnes-sur-Mer y en las gargantas del río Cians, mientras que las batas blancas cuidaban de mí.

La operación se desarrolló sin problemas. Sin dolor, sin secuelas de la anestesia. Esa misma noche ya podía distinguir formas en movimiento. A las seis de la mañana, llegó corriendo una enfermera al escuchar mi alarido. Entre hipos y lágrimas le grité que la pared era beis, que el cuadro rectangular representaba un caballo al atardecer y que ella era pelirroja, pelirroja, pelirroja... La avalancha de información imposible de controlar se había transformado en un ataque de nervios. Poco a poco, los tranquilizantes me trajeron de nuevo la felicidad que me inundaba y la vida me devolvió tranquilamente los colores que un chorro de ácido me había hecho perder en quince segundos, el año en que saqué el bachillerato.

La pesadilla empezó al día siguiente. Los análisis y revisiones y mis progresos, tanto en el campo visual como en el enfoque, habían decidido al doctor Piol a darme el alta, a pesar de los granos de arena que rodaban por mis ojos cuando no me ponía las gafas de sol. En el aparcamiento del hospital, papá jugaba con Jules. Cuando me vio, hizo una cosa que me descolocó: me tiró a mí la pelota en lugar de tirársela al perro. Yo la atrapé al vuelo. Corrió para saltarme al cuello, pero Jules cortó su impulso. Yo le miraba a los ojos con la sonrisa congelada. Me agaché ante él.

—Eres guapísimo, perro mío, eres guapísimo... Mil veces más guapo de lo que te

imaginaba.

Retrocedió con la cola gacha. Me callé, aguantando la respiración, con las manos abiertas para que viniese hacia mí. Tras diez segundos de temblores, se acercó muy lentamente, gruñendo. Yo no me moví. Vi cómo giraba a mi alrededor, acechando con el hocico. Me olfateó, sacó la lengua para lamerme y la volvió a meter antes de entrar en contacto conmigo. Una oleada de percepciones contradictorias pasaba por su mirada, su actitud, hacía vibrar todo su cuerpo. De repente, me acordé de René, el conserje de la radio. Cuando volvió de la quimio, tras un cáncer de laringe, su vieja perra le recibió emocionada hasta el instante en que escuchó su voz. Ya no era él. Le reconocía, era su olor, su imagen, pero no era él. Mi labrador estaba sufriendo el mismo impacto. Alice, que caminaba sola, abría las puertas sin él, atrapaba las pelotas al vuelo, le miraba a los ojos, ya no era Alice.

Bruscamente, corrió hasta el 4 × 4 y se puso a arañar la carrocería. Papá corrió a abrir el portón trasero. Jules se sumergió entre las cañas de pescar, las aletas, las redes... Dios mío, todos esos objetos que remontaban desde mi memoria con sus nombres, sus colores, sus contornos olvidados... Luego volvió corriendo hacia mí, con el arnés entre los dientes. Lo depositó a mis pies. No como una ofrenda, un homenaje, un ritual. Como una orden.

Recogí el arnés, se lo puse a tuestas, intentando recuperar mis gestos de *antes*. Me levanté, esperando, y dejé que Jules me guiara hasta el coche. Removió la cola tres veces, por reflejo, y luego la dejó pegada a su pata trasera izquierda. Aferrando con fuerza el arnés, cerré los ojos. Me parecía más sencillo. Me llevó hasta la puerta del copiloto. Busqué la empuñadura al tacto, pero no la encontraba. Su hocico no orientó mi mano.

* * *

Por la mañana, Jules había olvidado el incidente. Un mal sueño. Mi forma de acariciarle, contemplándole a mi pesar, lo hundió de golpe en su nueva realidad. Saltó de la cama y fue a hacerse un ovillo en el cesto.

Fue imposible sacarlo de allí. Ni el aroma de la barbacoa, ni el gato del vecino, ni los cencerros de las vacas. El mundo había perdido sus reglas y él no quería oler, ver o escuchar nada. En medio de la noche siguiente fue a buscarme bajo las sábanas. Le abracé llorando. Le dije que era yo, que era la misma, que seguía sintiendo el mismo amor por él, que me pasaba una cosa extraordinaria, pero que eso no cambiaba nada entre nosotros. Pero sabía que estaba mintiendo. No iba a quedarme ciega de nuevo para darle una razón de ser.

Esperaba que la vuelta a París, a su universo familiar, arreglase un poco las cosas, le devolviese su celo, su apetito, su alegría de vivir. Con la mejor voluntad del mundo, durante el viaje decidí ser ciega de nuevo provisionalmente. Embarque prioritario. Silla de ruedas. Me dejaba llevar. Pero él no quería jugar conmigo. Es imposible mentir a un perro. Se daba perfecta cuenta de que podía arreglármelas sin él. Había dejado de ver por los dos. Ya no necesitaba reaccionar en mi lugar, anticiparse a mis reflejos, valorar para mí los obstáculos, los gálibos, las distancias. Ya no tiraba del arnés, esperaba a que yo le empujase. Como un jubilado al que es imposible engañar, dejaba que sus habilidades quedasen sepultadas por la impotencia y la inutilidad.

En las escaleras mecánicas de Orly se sentó sin que se lo indicase en lugar de vigilar los escalones de metal para avisarme en cuanto empezaran a desaparecer. Bruscamente, se levantó en medio de la escalera, colocando las patas sobre el pasamanos móvil de caucho, mirando por un hueco en el hormigón hacia el nivel de Salidas, desde donde se podía ver la parte trasera de una especie de diligencia de madera color verde claro. Se puso a gemir, adelantando la cabeza. Cuando un anuncio se la tapó, quiso volver a subir por las escaleras. Le sujeté. Sin duda buscaba al vendedor de *macarons* que le había librado de la jaula, pero no era el momento de peregrinar hacia la planta de Salidas: veinte metros más abajo Fred nos estaría esperando entre la gente.

Fue un golpe duro. Oculté lo mejor que pude la emoción del encuentro. Seis años de amistad amorosa, fines de semana en común, y si no se hubiera abalanzado hacia mí, no habría podido poner un nombre sobre su rostro. El abrazo enseguida me llevó hacia un pasado de aromas, tactos, ternura... Pero el daño estaba hecho.

—Me creías más joven —tradujo Fred, que nunca se hacía ilusiones.

Gané tiempo hablando de mi visión borrosa y de las gafas negras que debía usar durante ocho días más.

—¿Y tú, cómo te has visto?

Me lo preguntaba en un tono tan manso que contesté con un gesto indefinido. Sí, Fred, me encuentro atractiva. Perdón, me encuentro sexi, radiante, simpática. Tan diferente de la adolescente impaciente que se crispaba con todo, cargante y demasiado madura que se hacía más fea por orgullo, para que no la confundieran con las petardas de su clase. Mirándome a los ojos, a pesar de las manchas que revoloteaban y los problemas de enfoque, me gusté desde el primer espejo. No me reconocía, pero me estaba descubriendo. Soy consciente de que la mujer en la que me había convertido se lo debía todo a la ceguera, pero quería que Fred me amase por otra cosa. Algo diferente de nuestros recuerdos en común. ¿En qué nos íbamos a convertir sin la dependencia y la confianza ciega? Afectivamente también tenía que

mejorar el enfoque.

—Dejamos al perro y te llevo a celebrarlo, cariño, ¿vale? He reservado en el gastrobar de la torre Eiffel, para que tengas todo París ante tus ojos.

—Otro día, si no te importa. Todavía me duele mucho la cabeza y Jules está un poco perdido.

—Sí, vaya, papaíto, te has quedado en el paro —bromeó Fred rascándole el pecho, con esa habilidad suya de poner el dedo exactamente en la llaga para desdramatizar—. Preferís dormir solos, ¿no?

—No es por ti...

—¡Eso espero! Mañana tengo que madrugar mucho. Como regalo por tu curación me voy a someter a un planchado de cara.

Sonreí educadamente, sobre el eco de su carcajada. No me engañaba: no era tanto mala leche como una forma de probarme.

Cuando llegó mi maleta, hice como que no la reconocía, por respeto a Jules, pero él estaba mirando hacia otro lado, desconcentrado a pesar de su arnés. Miraba a un yorkshire que una joven llevaba en brazos. Él, que siempre había sentido el placer de la caza al localizar mis maletas a la primera... Fred comprendió el problema y le dio una segunda oportunidad al perro con una patadita suave cuando la Samsonite gris constelada de estrellas rojas volvió a pasar delante de él. No reaccionó. Sin decir nada, Fred tomó la maleta y nos precedió hasta el taxi que nos esperaba frente a la puerta F.

Intercambiamos caricias y besos discretos en la autopista. Y luego sonó su teléfono y los problemas de actos, presupuestos, eco en la prensa pasaron a primer plano hasta la calle de Vaugirard. Jules nos daba la espalda, hecho una bola sobre la alfombrilla.

Al llegar al piso, incluso antes de que le quitara el arnés, se metió en su cesto y no se volvió a mover.

Llamé al doctor Hausmann.

* * *

Jacques haussmann ES un misántropo feliz que siempre encuentra en los perros excelentes razones para despreciar a los hombres. ¿Qué bípedo es capaz de encontrar la felicidad en la lealtad, la empatía, la entrega, la transmisión del pensamiento, hasta sentir las emociones de su amo como si fueran una segunda naturaleza? Por teléfono, me dijo que no tenía ni un minuto antes de marcharse de vacaciones y que volvería el 15 de agosto. Le expliqué la situación en dos frases. Me dio una cita para la mañana siguiente.

Sus ojos de cocker y sus labios caídos sobre la barba de tres días expresaron, lo que duró una breve sonrisa, que se alegraba por el éxito del trasplante. Luego examinó a Jules, pero era un mero trámite: en cuanto le conté los síntomas, ya tuvo claros el diagnóstico y el tratamiento. Sus estudios de veterinaria, su doctorado en etología y treinta años de experiencia como director de centro educativo le habían enseñado que un perro que pierde a su ciego es más infeliz que una hembra a la que le retiran sus cachorros.

—Sé ayudarle a superar el luto, Alice, pero usted es mi primer caso de curación.

Solo veía dos soluciones al problema. O bien Jules, con ayuda de antidepresivos, se resignaba a convertirse en un simple animal de compañía prejubilado —y menudo despilfarro de veinte mil euros de entrenamiento—, o bien recuperaba de la noche a la mañana el equilibrio y la autoestima tras ser asignado a un nuevo deficiente visual.

—Con la lista de espera que hay, en su lugar no lo dudaría ni un segundo. Ya conoce las cifras: mil quinientos perros para setenta y dos mil ciegos. Es uno de los mejores elementos que he podido entrenar, Alice, ya lo sabe.

Bajé la vista. Me acordaba de la velada que pasamos en Eze, cuando Jules se sacó el permiso de perro guía. Soy muy consciente de haber podido optar al mejor de su promoción gracias a la intervención de Jacques Haussmann, que entonces era presidente de la Federación de los Alpes Marítimos. Le había emocionado. Ahora solo me consideraba un factor de crisis. Concluyó:

—Tiene una nueva vida por delante. Querer que Jules la siga acompañando solo es fruto de una sensiblería egoísta. Le quedan al menos cinco o seis años para ofrecer ayuda y bienestar a un ciego que le devolverá su dignidad, su felicidad de perro guía. A usted le toca elegir, Alice.

Me marché sola.

* * *

No tomé conciencia de la situación hasta que me subí al autobús. Lloré durante todo el trayecto, repitiéndome las respuestas del doctor Haussmann a mis diferentes objeciones:

—Claro que le quiere, y él la quiere a usted, pero el problema ya no es ese. Su autonomía repentina ha roto el vínculo entre ustedes.

—Pero podrá acostumbrarse, ¿no?

—Sí, pero negándose, violando su instinto, sus conquistas, su misión. Mire lo que hizo en Orly con la maleta. Ante la pérdida de sus prerrogativas, responde con una rebelión. Como un niño pequeño. Se siente inútil, humillado, rechazado: provoca y pone mala cara. Sin embargo, las capas profundas de su entrenamiento no están

afectadas, solo tiene que olvidarse de usted.

—¿Y no podré volver a verle?

—Yo no se lo aconsejo. Al menos, no en los primeros meses.

—¡Pero creerá que le he abandonado!

—De eso se trata. Es precisamente lo que pretendemos. Es mejor una separación brusca que el choque emocional que le causa con cada mirada. En cuanto se marche, seleccionaré en mi lista de espera a una persona con un perfil muy diferente del suyo. La urgencia de adaptarse a una nueva persona dependiente, sobre todo en un contexto radicalmente diferente, acabará de golpe con su depresión.

—¡Pero si nunca nos hemos separado!

—Está claro que le echará de menos y él seguirá pensando en usted durante un tiempo cuando esté descansando. Su reflejo de amor hacia usted está intacto, pero es lo único que le queda. Todo lo demás es incoherencia, contradicción, pérdida de identidad y de puntos de referencia. Debe olvidarse de él, Alice, es por su bien. Si se queda con usted sin hacer nada, en un mes habrá muerto.

Firmé el documento de donación a la Federación que me lo había entregado siete años antes. Nunca podré borrar de mi mente la mirada de Jules cuando salí de la habitación. Hacía unos días que no me precedía en todos mis movimientos, pero esta vez ni siquiera se levantó para seguirme. Lo *sabía*. Con el hocico a ras de suelo, las orejas gachas, me dejaba marchar. Me dejaba volar con mis propios ojos.

¿De qué me había servido recobrar la vista si era para ver cosas así?

* * *

Me bajé en la avenida Montaigne, completamente rota. Sin darme cuenta, caminaba con el brazo izquierdo tendido hacia delante. Como los amputados que sienten dolor en un miembro que han perdido. No podía decírselo a nadie, pero ver el mundo de nuevo y sola era mucho más duro que no ver nada con su compañía. Sobre todo en el momento de hacer frente a las decenas de personas que estaban celebrando mi renacimiento.

Subí a la acera de la calle Bayard, mis pies conocían su más mínimo relieve, y me puse a recorrer cada despacho y cada estudio de la radio para dar las gracias a mis compañeros, descubrir rostros nuevos que a veces casaban con su voz y a veces no. Saltaron los tapones del champán. Se alegraban mucho por mí. No servía de nada ocultar lo que ellos tomaban por lágrimas de felicidad. A la pregunta «¿Cómo está Jules?», empecé contestando: «Está descansando», pero pronto acabé diciendo la verdad.

Para cortar de cuajo los comentarios, me puse a grabar los anuncios del día en

lugar de mi sustituta, que tenía la garganta seca de la emoción. Todavía estaba con la baja, pero mis cuerdas vocales no necesitaban convalecencia. Al menos me servía para despistar.

Durante cinco horas, me dejé sepultar por una avalancha de cotilleos, rumores políticos y del corazón, datos de audiencia. Cuando terminó la jornada, me precipité a casa de Fred, que supo encontrar los gestos, y hasta las palabras, para que dejara de pensar en mi perro durante veinte minutos.

—¿Anulo la reserva de Trouville?

—No, Fred, ni se te ocurra.

—¡Pero allí no dejarás de pensar en él en todo el día! Su comedero en la habitación, su cruasán de la mañana... Imaginarás que corre por la playa, que nada contigo, que te trae caracolas, que te va a buscar un helado.

—Él tiene que intentar olvidarme, pero yo no.

—Ángel mío... ¿Por qué no intentamos crear recuerdos nuevos? Solo tenemos que subirnos a un avión cualquiera.

—Ahora que veo todo es nuevo. Primero quiero redescubrir las cosas que me gustan.

—¿Eso me incluye?

—Evidentemente.

Fred cogió aire durante un momento interminable antes de dejar caer en tono sepulcral, mirando fijamente a los pinos que llegaban hasta su balcón en el bosque de Boulogne:

—Has cerrado los ojos haciendo el amor.

—Sí, siempre lo hago así.

—Para que no note el cambio ¿no? No hagas trampas conmigo, Alice, tengo treinta años más que tú.

—Eso no es una novedad.

—No, pero ahora ves cómo te miran los demás. Y ves *quién* te mira. Y acabas comparando. Es normal.

—Esta escena de celos es muy amable por tu parte.

—¿Amable?

—Para que piense en otra cosa. Pero no funciona.

—¿Y si te regalo otro perro?

—¿Quieres decir un «perro normal»? No, gracias. Ni se te ocurra. ¿Me lo prometes?

—Alice, eres insoportable.

—Yo también te quiero.

Me dormí atravesada en la cama, con mis piernas entre las suyas. Por la mañana, me desperté hecha una bola, con las rodillas pegadas a la barbilla. Mi posición desde hacía siete años. Cerré los ojos ante la quemadura del sol y estiré las piernas sobre el vacío, ocupando el que fue el sitio de mi perro.

El Coronel Jouars tenía setenta y cinco años. Era un oficial de artillería retirado que se había quedado ciego por un glaucoma. Su mujer había recibido una noticia inesperada: aunque la Federación les había informado de que, a pesar de la recomendación del gobernador militar de París, tendrían que esperar un mínimo de tres años para tener un perro guía, el doctor Haussmann les había encontrado lo que llamaba «una perla rara». Le dio las gracias al cielo llorando: con su principio de enfisema, que se sumaba a la artritis, ya no podía servir de báculo y de chivo expiatorio a su esposo.

Acababan de seguir un cursillo de cinco días en la escuela para que el coronel aprendiera aceleradamente las tres etapas de su nueva vida: señalización (su guía le indica una dirección, un obstáculo, un peligro), identificación (asimila la información recibida) y estimulación (obedece a su perro, le da las gracias y le pide otra cosa). El sexto día, la educadora llevó a Jules a su nuevo domicilio para que se habituara al territorio y se familiarizara con las costumbres de la casa. La iniciación del coronel al transporte público tendría lugar la semana siguiente.

En la escuela, la primera fase se desarrolló sin tropiezos. Entre los perros guía, seleccionados desde su nacimiento gracias a pruebas de comportamiento y aptitud, educados durante un año en una familia de acogida antes de recibir formación específica e intensiva durante seis meses, el instinto de asumir la dependencia de un ser humano prima sobre el estado emocional. Jules había vuelto a comer, a jugar, a estremecerse de placer cuando le ponían el arnés. Cuando descansaba, esperaba a Alice. La imaginaba entre las batas blancas que se la devolverían como era antes. Normal, ciega, dependiente. Olvidaba su impaciencia cuando trabajaba.

Sin embargo, apenas instalado en su nuevo hogar, se deprimió de nuevo. Cuando el coronel no comprendía la información que le transmitía, gritaba y le pegaba. Si su mujer se ponía a defender a Jules, el artillero se enfadaba más todavía. Acusaba a todo el mundo de la pérdida de su autonomía y se vengaba con su perro guía. La tercera vez que salieron, completamente perturbado por el lenguaje de la fusta, que no sabía descifrar, el labrador se había metido debajo de un andamio demasiado pequeño para la corpulencia de su nuevo ciego. El coronel, al chocar contra los tubos de metal, había soltado el arnés y Jules se había escapado.

Concentrado en la imagen mental de Alice, reuniendo y procesando toda la información visual, olfativa, extrasensorial de la que disponía, había llegado al edificio de RTL en el momento mismo en que el coche de Fred abandonaba la calle Bayard como un tiro. Lo había perseguido, sin aliento, hasta perderlo, a pesar de los semáforos.

Luego había cruzado el Sena por el puente del Alma, había subido por Bosquet y había tomado un atajo por el Campo de Marte rumbo al distrito xv, había encontrado la puerta cerrada y las contraventanas también, en la planta baja de la calle Vaugirard. Sin embargo, el olor de Alice estaba muy fresco, su chicle apenas masticado estaba ahí, en la alcantarilla. Del portón al aparcamiento, las ruedas de caucho de la maleta habían dejado su olor sobre la acera. No había ningún ruido que correspondiese al motor sobreagudo del coche de Fred. Ninguna información disponible procedente de Alice.

Jules se tumbó bajo la ventana de su habitación. Estuvo esperando hasta la noche. El tendero de la esquina le empujó. Los vecinos hablaban de Alice con tono inquisitivo. Dos desconocidos intentaron sujetarlo con un lazo.

Se puso a correr de nuevo. Salió a los bulevares exteriores. El bulevar periférico. Las gaviotas, el mar. El ruido de los aviones, el aeropuerto. Dos direcciones opuestas. Tenía que elegir. Alice en bañador, jugando con él entre las olas. Alice que le abandonaba. La jaula en la cinta transportadora. Alice con ropa de viaje tras los barrotes. La jaula abierta. La alegría de Alice. El vendedor de macarons.

Me revuelvo bajo los lengüetazos, intento levantarme entre los escombros, resbalo sobre la nata. La parte trasera de la diligencia se hunde bajo mi peso, arrastrando la mitad del coqueto tejado de contrachapado. Todo el equipo sale corriendo del restaurante Ladurée. Mi jefe ruge:

—¡Saque de aquí a su chucho inmediatamente!

—¡Pero si no es mío! —digo tratando de librarme del afecto desbordado del labrador.

Argumento inútil. Soy despedido, con efecto inmediato por falta grave y destrucción de las instalaciones. Mi colega de las fuerzas del orden se esfuerza en vano por interceder e intenta levantarme la moral:

—Después de semejante numerito la supertiabuena no podrá negarte nada. Te la vas a tirar como indemnización por daños y perjuicios, cuento contigo. Venga, vamos.

El perro nos acompaña palpitando de alegría hasta el mostrador de información. Para mi sorpresa, estoy más exaltado que inquieto por la catástrofe que acaba de destruir el equilibrio financiero al que apenas me empezaba a acostumbrar. Jean-Mi le da instrucciones a la azafata, que canturrea en el micrófono:

—El perro Jules espera a su ama invidente Alice. Se trata de una mujer de estatura mediana, pelo rubio rojizo, de unos treinta años. Por favor, pueden acompañarla hasta el punto de información del vestíbulo 2. Repito: el perro Jules...

Repito el anuncio una docena de veces, a intervalos regulares, durante un cuarto de hora cumplido. Vamos a informarnos a Air France, pero ninguna pasajera con código Saphir (persona con movilidad reducida o deficiencia visual que requiere asistencia) ha desembarcado en un vuelo procedente de Niza.

—Uno de los responsables de los carritos le ha visto llegar solo, corriendo por el carril taxi —me señala Jean-Mi de vuelta al mostrador de información—. Te has ligado a un perro, tío. ¿Qué te parece, Charlène?

La azafata del mostrador asiente vagamente levantando una ceja.

—El amigo Jules se ha fugado para verte. ¡Quería estar con el héroe que lo sacó de la bodega! O a lo mejor es que le gustan los *macarons*... ¿Qué te parece, Charlène?

Sigue ligando con la azafata como si yo no existiera, mientras llamo por décima vez al número de móvil que aparece en la chapa del collar.

—*Lo lamento, pero el buzón de voz está lleno. Por favor, llame más tarde.*

—Mándale un mensaje —me aconseja Jean-Mi.

—Claro, a una ciega.

—¿Quieres que vaya a Ladurée a buscar los datos de la tarjeta y que llame al banco?

—Espera, hay una solución más sencilla.

Llamo a información para pedir el número de la Federación Francesa de Asociaciones de Perros Guía, cuyo logotipo se puede ver en el arnés.

—FFAPG, buenos días, le atiende Martine.

Me presento, explico la situación, le doy el nombre y la descripción del labrador que está sentado junto a mí.

—Acaban de denunciar su desaparición. ¡Estupendo! Estos perros son muy caros y hay muchos robos.

—He intentado ponerme en contacto con su dueña, pero...

—Un momento, por favor. En su ficha consta el 06 61 45.

—... 22 20, sí. Es el número que figura en la placa, pero el contestador está lleno. ¿Tiene la dirección?

—Calle Oberkampf, 95, París XI, 7.º izquierda. ¿Podría llevarlo usted?

—Sí, sí...

—Estupendo. Vamos a intentar ponernos en contacto con el dueño, para que le espere. Si hay algún problema, vuelva a llamar, estamos a su servicio.

Le doy las gracias y cuelgo.

—¡Qué suerte tienes, tío! —Me felicita Jean-Mi dándome un codazo cómplice—. ¡Ahora ya puedes ir a cobrar la recompensa!

Tiendo la mano hacia el asa del arnés. El perro se levanta en el acto.

* * *

En el ascensor, como pasó en las máquinas de pagar el aparcamiento, la gente me mira sorprendida. O incluso desconfiada. Para no llamar la atención, hago como si estuviera ciego. Pues solo faltaba que me detuvieran por robo de perro guía.

Con la mirada fija, la mano crispada alrededor del asa del arnés de Jules, finjo que me dejo llevar hasta el coche, en el tercer sótano del aparcamiento. Cuando llego a las plazas reservadas para el personal de Ladurée, espero a que estemos solos. El labrador, a diez centímetros de mi pierna izquierda, ajustando su paso al mío, me vigila para anticiparse a mis movimientos. Tengo la impresión de estar recibiendo una

formación acelerada. Empezó impidiendo que sujetara el asa con la mano derecha, a fuerza de colocarse obstinadamente del otro lado. Supongo que los ciegos conducen por la izquierda.

En cuanto abro el portón trasero, se sube a mi Kangoo, como si lo hiciera todos los días. Mientras me siento al volante, salta al asiento delantero y se coloca frente al parabrisas, como si fuera a hacer de copiloto. Como no me han dado instrucciones para manejar un perro guía ni conozco tampoco sus reacciones en el coche o la legislación vigente, le pongo el cinturón. Jules se deja hacer, imperturbable.

Apenas acabamos de cruzar el peaje cuando se pone a ladrar. Le ordeno que se calle. Ni caso. Estaba mirando fijamente a la radio. Luego a mí. Luego de nuevo a la radio. Acabo encendiéndola para que se calle. La música clásica no le incita al silencio, pero la orquesta cubre el sonido chirriante de sus ladridos.

Con la cabeza llena de Schubert a todo volumen, circulo pisando a fondo hasta la puerta de Ivry. Jules está enfadadísimo con la radio. Cambio de emisora, recorro toda la banda de FM esperando encontrar una música a la que sea un poco menos alérgico. Nostalgie, NRJ, Europe 1, Voltage, RTL... De repente, se calla al escuchar a Nicolas Sarkozy criticando a los periodistas sobre una musiquilla de fondo. Con un pequeño gañido, se tumba de espaldas, con las patas al aire. Tengo un perro de derechas.

La paz no dura mucho. Al llegar a Bastille, de nuevo se alza frente al parabrisas, gruñendo y mostrando los dientes. Intento ser conciliador.

—Te has peleado con tu ama, ¿no? ¿Te ha castigado? ¿No? ¿Entonces qué pasa? ¿Estás celoso? ¿De su novio?

Me doy cuenta de que estoy interrogando a un perro. Esto empeora. Y luego, bruscamente, comprendo la situación. O al menos es lo que tengo miedo de comprender. Alice ha sufrido una agresión. Un rapto. Un secuestro. Él no ha podido hacer nada, así que se ha marchado a buscar al hombre que los socorrió dos semanas antes. Parece una locura, pero al mismo tiempo es la lógica misma. En todo caso es una buena explicación: el móvil que no contesta, el buzón de voz lleno. Su comportamiento. Su impaciencia. Su aflicción. A medida que nos acercamos a su casa, todo indica en él el miedo, la ira, el peligro.

En Oberkampf me esfuerzo por controlar la angustia que el perro me está transmitiendo, pero Jules gruñe cada vez más fuerte a medida que voy subiendo la calle. Ahora directamente está dando golpes con el hocico en el volante, como si quisiera que me parase o cambiara de dirección.

—¡Tranquilo! ¡Jules, mierda, déjalo ya!

Doy un volantazo que apenas me permite evitar a un ciclista que circulaba en dirección prohibida. Veo una plaza de aparcamiento para minusválidos, justo enfrente del 95 y aparco a la americana aturdido por los bocinazos del camión que iba detrás de mí.

—Bueno, Jules, ¿te vas a quedar tranquilo ahora?

Me aguantaba la mirada con aires suplicantes y dominantes al mismo tiempo.

—¡Vamos allá! Para esto me viniste a buscar, ¿no?

De un salto se va al asiento de atrás y se apalanca en el suelo intentando directamente meterse debajo. Dominante, sí, temerario, no. Me agacho para recuperar el asa del arnés. Un golpecito en el cristal. La policía. Bajo un poco la ventanilla.

—Ha aparcado usted en una plaza reservada para minusválidos, señor.

—Sí, ya lo sé. Es un perro guía.

La agente gordita me mira fijamente con firmeza, luego se vuelve hacia el labrador, que intenta desesperadamente mimetizarse con la alfombrilla. Preciso:

—Su dueña vive enfrente.

Señala con el dedo mi parabrisas, impermeable a mi sonrisa.

—No tiene autorización. Circule o le pongo una multa.

Salgo de un tirón, le hago frente con una serenidad ascendente propia de las artes marciales.

—Tenga la bondad de esperar un minuto, señora. Hay un problema con su ama. Precisamente tengo miedo de que haya sufrido una agresión. Mejor todavía, venga conmigo, por si tenemos que avisar a la policía.

—Yo soy la policía, señor. Y le estoy pidiendo que circule.

—No se mueva, enseguida vuelvo.

Cruzo la calle entre dos coches. Cuando llego delante del 95, me vuelvo. La agente de la autoridad me mira fijamente, inmóvil, con el lápiz en ristre por encima del talonario de las multas. Subo la mano hacia el telefonillo y toco en el 7.º izquierda.

—Sí, ¿quién es?

La voz de una anciana. La madre o la abuela.

—Buenos días, señora, ¿todo va bien?

—Sí, claro, pero ¿por qué? ¿Quién es usted?

Más tranquilo, continúo:

—¿Alice está ahí? Traigo a Jules.

—¡Jules!

Su voz sube tres tonos, con un gallo en la octava. Escucho un grito masculino, ruido de muebles que caen.

—No, Bertrand, por favor, te lo suplico, no te levantes, no es nada... —Lanza la abuelita con voz de pánico—. Es solo un señor que trae a Jules. No, espera, ya se lo digo yo, acuéstate, por favor, ya te lo ha dicho el médico: ni se te ocurra...

—¿Señora? Disculpe, pero estoy mal aparcado. ¿Puede ponerme con Alice? ¿Puede bajar con su tarjeta de minusválida? Me están poniendo una multa.

—¿Alice? ¿Qué Alice? —brama un viejo en el telefonillo—. Aquí no hay ninguna Alice, la asistenta se llama Pilar. ¡Y no quiero volver a oír hablar de ese perro! ¿Está claro? ¡Lárguese o le denuncio!

Un estruendo de cristales interrumpe mi petición de explicaciones. Horrorizado, veo al labrador salir como una bala de la Kangoo por la ventanilla entreabierta, que

acaba de pulverizar. Lo que tardo en cruzar corriendo entre los pitidos de los coches, ha desaparecido doblando la esquina.

Me detengo ante la agente, que, atónita, se aferra a la multa mientras el retrovisor se balancea.

—¡Ha faltado esto para que me saltara a la yugular! —vocifera.

Le contesto que puede quejarse a los dueños del perro, en el 95, 7.º izquierda. Abro la puerta y me dejo caer aterrado sobre el asiento en medio de los cristales. No es la dirección de Alice. No es su perro. Pero se llama Jules. Es el mismo perro.

Cierro los ojos, me estalla la cabeza. Ya no entiendo nada. Los únicos elementos incuestionables a los que me puedo aferrar son como una pesadilla: he perdido mi trabajo, no tengo seguro de rotura de lunas y, si cambio la ventanilla, no tendré con qué pagar el alquiler.

—¡No puede quedarse aquí! —Se desgañita la agente de la autoridad, dando golpecitos en la carrocería.

Mientras arranco como un zombi, intento reconstruir la situación al son de los anuncios de la radio, que ni siquiera se me ocurre apagar. ¿Dónde estaba Alice? ¿Qué había sido de ella? ¿Le habían quitado el perro como cuando se quedan con el coche porque el conductor no tiene para pagar las letras? El perro no había podido soportar la separación y su instinto, su desamparo, le habían conducido hasta el que, trece días antes, se la había devuelto. Me había *elegido*.

Giré a la izquierda en la calle Saint-Maur y clavé los frenos. Jules me esperaba, sentado en medio de la calzada, con la cabeza ladeada. Compungido, pero resuelto. Vi cómo contraía los músculos de las patas, evaluando la distancia. Antes de que se subiera al coche por el mismo sitio que había usado para bajarse, abrí maquinalmente la puerta del pasajero. Él se subió al asiento y se sentó, como si no pasara nada. Jadeando con la lengua fuera, me miraba fijamente, como con alivio. Como si por fin hubiera comprendido lo que me estaba intentando explicar.

Los bocinazos a mis espaldas me obligaron a arrancar. Ahora solo tenía que encontrar un taller. Pedir presupuesto, buscar financiación. O bien negociar un poco de tiempo para el alquiler. Después de todo, mi vida demuestra desde sus inicios que me las arreglo bastante bien para superar las situaciones más críticas, pero era la primera vez que me enfrentaba con un labrador pegado a mis pantorrillas que tenía una fijación conmigo...

O a lo mejor era una transferencia. La peor de mis hipótesis va tomando cuerpo en mi cabeza. Alice ha muerto. Se ha caído por la calle, un coche que no la ha visto. Por eso han dado su perro a otro ciego. Pero Jules no lo entiende. No quiere un nuevo dueño, se aferra a mí en memoria de ella. O quiere que le ayude a encontrarla. Quizá esté viva... Hospitalizada, en coma...

Me detengo en el cruce siguiente, con los ojos empañados por las crudas imágenes que pasan ante mis ojos. Además, llueve a cántaros sobre mi brazo izquierdo. Y de repente el perro vuelve a ladrar a la radio del coche, sobreexcitado.

Tres segundos después, se interrumpe y se vuelve hacia mí, con una pata sobre mi codo.

—... *El lenguaje de los cuerpos al servicio de un desafío social*. Intermitencias, la gran noticia del festival de Aviñón: un espectáculo RTL.

Le devuelvo la mirada, anonadado. El timbre, las entonaciones, el vibrato de niña feliz con fondo aterciopelado. Es la voz de Alice.

* * *

Como llueve cada vez más, dejo la Kangoo en un Carglass de la plaza de la República. Saltando de marquesina en marquesina, busco un autobús. Tras dos amonestaciones de agentes del orden a propósito de mi grado de ceguera, compro unas gafas de sol que hagan juego con el perro. Es más rápido que buscar una tienda de mascotas para convertirlo en un perro ordinario, cambiando el arnés por una correa estándar.

En el 22 de la calle Bayard, distrito VIII, me dicen en Información. Saber que Alice está viva y habla en directo por la radio me ha convertido en el más feliz de los hombres... a pesar del contexto. Todo lo que estoy sufriendo desde hace horas encontrará con seguridad una explicación racional en breve, junto con soluciones técnicas. Quizá simplemente haya una rotación de perros guía para que no se acostumbren demasiado a un solo dueño. Quizá unos lo llevan peor que otros. Después de escuchar la horrible voz en el portero automático, entiendo que el pobre animal haya roto la ventanilla para impedir que lo llevase de nuevo con su ciego sustituto.

En la avenida Montaigne, Jules se levanta para bajar del autobús. Lo sigo hasta la calle Bayard, bajo el sol de justicia que ha sustituido al diluvio. Va contento, concentrado y con prisa. Por deformación profesional o por juego, va evitando meticulosamente los charcos, comprobando que no meto los pies.

—¿Qué estás haciendo aquí, Juju? —pregunta encantado el conserje ante las puertas acristaladas de la radio—. Hola, señor. ¿Es usted su nuevo dueño? ¿Viene a ver a Alice? Le voy a dar una identificación. El perro conoce el camino hasta el estudio. Tenga cuidado, el primer escalón está ahí mismo y es muy alto. ¿Prefiere ir en ascensor?

Pues sí que lo prefiero. Será más verosímil que subir las escaleras a tientas. Jules y el conserje me guían por el laberinto de pasillos estrechos, me suben a un montacargas y me llevan hasta la recepción. Me obligo a mantener los ojos cerrados tras mis gafas de sol, para no perder naturalidad. Luego le podré explicar a Alice las necesidades de mi puesta en escena.

—Señor, Alice está de vacaciones —exclama la recepcionista—. ¡Se marchó ayer!

Trago saliva para contener mi desesperación.

—Y... ¿sabe dónde?

—Pues no.

—¿Tiene su número de móvil?

—No estoy autorizada a dárselo. Tiene que hablarlo con personal. ¿Quién es usted?

Me dejo ganar por un inmenso desánimo. Digo que no merece la pena, me dejo caer sobre una enorme banqueta roja y saco el teléfono. Jules se tumba a mis pies.

—Se ha acostumbrado a usted muy deprisa —me felicita la chica.

Confirmo con una sonrisa dirigida al vacío, hago como si mi teclado táctil fuera de braille y llamo a tientas a la Federación.

—FFAPG, buenos días, le atiende Martine.

—Buenos días de nuevo. Soy la persona que llamó hace un rato a propósito de Jules.

La voz se enfría inmediatamente:

—Sí señor, el coronel Jouars ha llamado para avisar. Parece que hay un problema; no cuelgue, le paso con un responsable.

Y me enchufa el *Bolero* de Ravel. Me pienso si no será mejor colgar para que los marrones dejen de caer un ratito, pero tengo que encontrar alguna solución a esto. Si Alice se ha marchado al fin del mundo y nadie quiere saber nada de su perro, no me imagino cómo me voy a quedar en depósito con este destructor de ventanillas en mis dieciséis metros cuadrados.

—¿Será posible que me dejen en paz un rato con esta historia de Jules? ¡Le dije que estaba reunido, Martine! Doctor Haussmann al aparato, ¿con quién hablo?

—Buenos días, doctor, me llamo Zibal de Frèges, soy...

—A ver, qué le ha hecho, ¿le ha mordido, le ha meado los zapatos, ha derribado su bicicleta? Disculpe, pero acabo de tener una bronca por teléfono con un imbécil integral. Eso no disculpa al perro, pero no ayuda a reconciliarme con el género humano. Sí, Martine, estoy hablando por teléfono, ¡déjeme en paz! ¿Cómo que va a poner una denuncia? Llame al abogado por la otra línea, hablaré con él en cuanto haya terminado con este otro. ¿Sigue en línea, señor? Bueno, escuche, yo entrené a Jules, respondo de lo que haga, solo es una crisis afectiva, de verdad que no corre ningún peligro... ¿Qué pasa ahora? Mierda, Martine, ¿no puede articular mejor? Ya se lo he dicho muchas veces. Un testigo... ¿Y a mí qué me importa que tenga un testigo? Joder, está delirando. ¿Urgente? ¿Qué quiere decir «urgente»? ¿Qué quiere que haga, que sacrifique al perro porque ha chocado con un andamio? Póngame con el abogado. ¿De dónde me llama, señor?

—De RTL.

—¿De RTL? ¿Y ha sacado el nombre de Alice del fichero de microchips? ¡No son

capaces ni siquiera de mantener un fichero actualizado! Súbase a un taxi, venga al 71 bis de la calle Bagnolet, le pagaremos la carrera; tengo que examinar al perro, muchas gracias por su amabilidad. Martine, ya he terminado, póngame con el abogado.

* * *

Cuando llegué a la calle Bagnolet todo el mundo se había tranquilizado bastante. Jules había dormido casi todo el rato, usando mis zapatos de almohada. Yo ya lo veía con otros ojos. Me identificaba con él. Nadie lo quería, a todo el mundo le parecía un desastre. Solo servía como perro fiel, para sufrir ingenuamente y rebelarse en el peor momento en lugar de adaptarse a la injusticia. Tras el choque nervioso que había sufrido en Orly, Alice seguramente se deshizo del perro devolviéndolo a su educador, como Gwendoline me había devuelto a casa de mi madre. Para encontrar algo mejor: más joven, más serio, más fiable.

La Federación Francesa de Asociaciones de Perros Guía ocupa una casita de piedra sillar rehabilitada en un estilo más bien administrativo. Martine, una gótica llena de *piercings*, nos condujo al despacho del doctor Hausmann, un coloso despechugado que parecía que acababa de salir del calabozo. El doctor depositó su kebab sobre una carpeta ya cubierta de huevo y ensalada, se levantó para estrecharme la mano y rascó la frente de Jules, que se lo agradeció con una manifestación educada de entusiasmo.

—Échate. Siéntese.

Ambos obedecemos al unísono.

—Por su culpa estoy metido en un problema espantoso —ataca, mientras recupera entre los dientes un trocito de pollo—. Necesito que me certifique que ha llamado al timbre de ese viejo paranoico por iniciativa propia. Me acusa de maltrato y acoso con la ayuda de un perro vicioso que parece que he elegido *aposta* para él. Escriba: «El abajo firmante...». ¿Cómo me había dicho que se llama?

Una vez he dejado constancia escrita de mi mera «actitud ciudadana al descubrir a un perro guía perdido», le pido noticias de Alice Gallien.

—No la he visto desde el día 12, pero estaba de puta madre, salvando el drama de la separación, algo de lo que me arrepiento muchísimo.

—¿De qué?

—De haberle quitado a Jules. Es que estamos muy escasos de perros frente a la demanda. No me podía permitir el lujo de dejar en paro a un ejemplar como él.

Mi cara desconcertada desencadena un suspiro interminable. Se sujeta la nariz entre el índice y el pulgar, me explica en tres frases que Alice ha recuperado

súbitamente la vista gracias a un trasplante de córnea y que eso es lo peor que le puede pasar a un perro guía. Ruptura del vínculo psicológico, pérdida de puntos de referencia, de su posición de dominante sometido a las necesidades de su amo...

Le escucho noqueado, escindido entre dos empatías: la felicidad de Alice y el drama de Jules.

—Se lo adjudiqué urgentemente a un ciego lo más diferente posible, para que olvidara a Alice en el proceso de adaptación que es la base misma de su entrenamiento. Como puede observar, he tenido un éxito rotundo.

Dejo que se extienda el silencio mientras me acomodo a la nueva situación. Una de mis primeras reacciones no es demasiado digna: ahora que Alice ya no es ciega, ¿qué posibilidades tengo de gustarle? Al contrario de la descripción favorable que le di en el aeropuerto, estoy tan desprovisto de encanto como de exotismo. Tengo un cuerpo de centinela, tieso y seco, que no hace juego en absoluto con mi expresión de conserje obsequioso, de modo que en cuanto me meto en el metro, la policía me da el alto como yihadista en potencia.

Le pregunto al doctor Haussmann si Alice está avisada de lo que ha ocurrido con su perro.

—No.

—¿Tiene su móvil?

—Sí.

Saca del cajón un iPhone y lo coloca sobre la mesa.

—Se lo dejé cuando me traje a Jules. Es un acto fallido. Necesita un paréntesis en su vida, es normal. Me llamó desde la radio, ese mismo día, para decirme que lo vendría a buscar cuando volviera de vacaciones.

—Y... ¿sabe adónde ha ido?

—No.

Tomo el iPhone, le doy vueltas entre mis dedos, rozo la pantalla. Está apagado, seguro que se ha quedado sin batería. Lo dejo sobre la mesa. Jules se levanta gimiendo y pega el hocico al teléfono. Un escalofrío recorre su columna, su cola se agita locamente, su respiración se acelera. El olor de su ama. Lo husmea con desesperación.

—Ya ve que no se puede explicar todo con la minusvalía —comenta el educador—. Entre ellos había una verdadera fusión.

—¿Y qué va a ser de él?

—Después de lo que ha hecho, no tengo más remedio que quitarle la licencia. Choque con obstáculo aéreo, abandono del ciego en plena calle, fuga intencionada, a pesar del arnés: son faltas profesionales imperdonables, así que tengo que anular su certificado de aptitud de perro guía. Se lo puede quedar.

—¿Cómo que me lo puedo quedar? Eso es imposible, doctor. ¡Vivo en dieciséis metros cuadrados!

—Para él eso no representa un problema.

Escribe unas palabras en un postit, lo despegas y me lo tiendes.

—Pronuncie esta palabra. Inténtelo y verá.

Escindido entre tantas perspectivas irreconciliables, murmuro a mi pesar:

—¡Junto!

Jules se acuesta inmediatamente, se enrosca, se concentra y se retracta como un caracol que se mete en su concha. Con media sonrisa, el entrenador me tiende otro postit. Leo en voz alta:

—¡Quieto!

Jules se congela, reduce su respiración, casi en apnea, no ocupa mucho más que un retráctil de botellas de agua mineral.

—Martine le dará la lista de palabras clave. Es capaz de un autocontrol increíble, ya lo verá. Incluso puede controlar sus necesidades. Ya está en fase con usted, así que en pocos días no podrá prescindir de él.

Le miro a la cara, directamente a los ojos: Jules me ha elegido como mero intermediario para recuperar a su ama, eso es todo. Haussmann me mira fijamente, enarcando las cejas. Le explico cómo nos conocimos en Orly. Mi intento de evitarle el viaje en la bodega. Nuestro reencuentro devastador en mi puesto de venta de *macarons*. El doctor se masajea la nuca, pensativo. Toma un bloc de recetas y se pone a garabatear mientras grita al otro lado del tabique:

—Martine, pida un taxi, los mando a ver a Vong. Que les haga un hueco: necesito la evaluación psicológica para el abogado. Que me mande la factura.

—Espere, doctor... No estoy en condiciones de... hacerme cargo de un perro en este momento de mi vida. He venido a devolverlo, eso es todo. No puedo hacer más.

—Tenga cuidado con lo que piensa, se da cuenta de todo. De hecho, se está asfixiando. Diga «Descanso».

—Dígalos usted.

—Las órdenes solo las puede modificar quien las ha impartido. Lo vuelvo a poner a nombre de Alice, por el seguro. Ya se arreglará con ella cuando vuelva. Estará encantada de hacerse cargo de los gastos. Y además, es evidente que le ha hecho tilín... Querido, le hará el mejor regalo del mundo. No me dé las gracias, es un intercambio de favores.

—¡Cita con el señor Vong a las 12:15! —Lanza Martine al otro lado de la pared.

—Galerie de Valois, 102 —sonríe—, el taxi lo paga la Federación. Francamente, le está salvando la vida; si le encuentra la policía, va directo a la perrera por intento de homicidio con premeditación. Sí, es exactamente el vocabulario que ha utilizado el imbécil del coronel. ¡A esto ha llegado la civilización, señor!

Completamente superado, miro al perro congelado en cincuenta centímetros cuadrados, que me mira fijamente con una paciencia infinita. Un impulso de compasión irreprimible me hace murmurar:

—¡Descanso!

Se despliega de golpe, se yergue, jadeando, se sacude.

—No tienes nada que temer, Jules, ya lo ves —se entenece el otro—. Es de buena pasta. Vamos, un cariñito... Sí, querido, todo se arreglará, confía en mí. ¿Qué te pasa? Espera un momento. Date la vuelta.

Hausmann se pone a cuatro patas, retira el arnés, se calza las gafas y pega la nariz al culo del perro.

—Hijo de puta —ladra—. ¡Martine, que venga Philippe!

Se levanta trabajosamente, apoyándose en el borde de la mesa, sin dejar de vociferar:

—¡Son golpes de fusta! ¡No cabe duda, son golpes de fusta! ¡Claro que se ha fugado! ¡Philippe, mira! ¿Estás de acuerdo conmigo? ¡Saca unas fotos, deprisa! Martine, llame a *30 millones de amigos*, que envíen un veterinario a la consulta de Vong para que haga un informe. Si no, el coronel rechazará el peritaje por conflicto de intereses. Gracias, colega, Jules no se ha equivocado al elegirle. No le ponga el arnés si no es indispensable. Martine le dará una correa, su documentación y una bolsa de pienso.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar cuando me mete el iPhone de Alice en el bolsillo guiñándome el ojo.

—Usted la verá antes que yo. Para responder a la pregunta que no se atreve a formular: no, por lo que yo sé no la ronda ningún hombre. Quizá sea una buena ocasión.

Me aprieta el hombro, como para desearme buena suerte, y añade:

—Y no soy el único que lo piensa. ¿A que sí, Jules?

Me vuelvo hacia la puerta. El labrador ya me espera en el umbral, mirando hacia mí. Todavía estoy a tiempo de salir corriendo y dejar que todas esas personas competentes se ocupen de su caso, pero ¿cómo lo voy a justificar? ¿Qué otra perspectiva me queda? Hausmann me desliza el arnés bajo el brazo.

—Es un perro que se hace responsable, por naturaleza, por deber y por necesidad. No lo decepcione.

Firmo los papeles y me marchó con mi perro responsable y su bolsa de pienso.

Estoy consternada por las reacciones de mi cuerpo. Siempre me ha gustado navegar, sentir las vibraciones del viento sobre mi piel que me indican cuándo tengo que virar, cazar o soltar. Es la primera vez que me mareo. Es un efecto secundario del que nadie me había hablado. Desde que vamos navegando frente a las costas inglesas, solo puedo calmar las náuseas si mantengo los ojos cerrados. Es el colmo. Hago esfuerzos para que no se note, para no avergonzar a Fred ni decepcionar a la familia Daphnic, encantada de celebrar mi «vuelta a la luz» en el nuevo queche. Me quedo educadamente extasiada ante la caoba, la teca, el velamen gris Trianon, los acantilados de matices de verde infinito y las suntuosas puestas de sol. Y vomito en el fondo de la cabina.

Daphné es mucho más hermosa de lo que había imaginado. Y Nicole es mucho más fea. Una sirena larguirucha de ojos de hielo y un atún bonachón. Otra pareja unida por los sentimientos, a pesar de la diferencia de edad, de físico, de entorno, de cultura. A Fred le encanta salir con ellas, porque se parecen a nosotras y eso suaviza nuestra singularidad: ahora lo entiendo. Siempre me pregunté qué interés tenía, salvo el de navegar, soportar las pretensiones elegantonas de la una y la estupidez plácida de la otra. Ahora me salta a la vista.

Soy injusta. Al embarcarme por sorpresa en el *Daphnic III* en Honfleur, después de hacerme creer en la autopista que nos esperaba la reserva de hotel, Fred también pensaba en mí. Frente a las tentaciones visuales que me agreden —empezando por los hombres—, no solo me quiere reinsertar en lo que para ella representa la norma. También le parece urgente sacarme de tierra firme, de los horizontes habituales en los que todo me perturba, me cuestiona, me sorprende, es decir, de lo que para ella viene a ser la competencia. Y, por supuesto, también está la forma en que clavo los ojos en los hombres por la calle, en el restaurante, en todas partes... Esta necesidad de verme en su mirada, de recuperar el poder sobre mi imagen, de mirarlos fijamente hasta conseguir que bajen la vista. Es más fuerte que yo: me desconcierta tanto como a Fred. Y también me hace sentir deliciosamente turbada. Los miedos, la inhibición, la sumisión forzosa a los observadores invisibles han dado paso a un juego de seducción cuyo único objetivo es calentar para enfriar después. Pero eso no es lo peor.

Detesto prácticamente todo lo que me revelan mis ojos. Detesto la amarga

desconfianza que leo en la expresión de Fred, mientras que su piel, sus gestos y su voz solo hacían pensar en lucidez benévola, protección, connivencia. Detesto las apariencias, lo que me rodea, mis elecciones vitales. Detesto mi ropa chillona, los tonos llamativos de mi apartamento y, sobre todo, la frialdad atormentada de mis cuadros. Todas esas armonías ilusorias que había creado al tacto, fiándome del calor de los colores. Cada tono emite una intensidad térmica particular, una longitud de onda que había creído captar, dominar, orquestar. Resultado: había vivido más de diez años con un error de apreciación que daba una imagen falsa de mí. Pensaba que transmitía la alegría combativa que iluminaba mis noches, pero solo expresaba una provocación estéril y una imagen del mundo desafinada, insólita, flipante. El descubrimiento de mis obras me destrozó. Me desarraigó. Cuando Fred me encontró destruyendo mis cuadros en medio de bolsas de basura en las que había metido mi vestuario fluorescente, un crucero por sorpresa le había parecido la mejor respuesta al desarraigo que le arrojaba a la cara.

Como si soltar amarras fuera una solución... Había estado tan anclada en mi pintura, todos estos años... Me gustaba el olor a trementina, la pasta entre mis dedos, el grano del lienzo, la textura del pastel, las variaciones de temperatura en mi paleta. Me gustaban las palabras de la gente, en las exposiciones que me organizaba Fred. Sus emociones confusas, contradictorias, sinceras o convencionales. Me gustaba que mi pintura les *hablase*. Y resulta que solo me decían lo que quería escuchar. Repetían a su manera lo que ya venía en el catálogo. Su energía positiva nos alimenta. Vaya. Esos acuarios densos, los fantasmas interiores aullando tras una ventana imposible de abrir. Reivindicaba la influencia de Magritte, pero estaba pintando *El grito* de Edvard Munch. Detesto la ira sufriente que ha estado saliendo de mí todos estos años, sin saberlo. Anulé la exposición que quería montar Fred en octubre, con el apoyo de RTL, encantada de patrocinar a «la voz que recupera la vista».

—Vale, Alice, reniega de tu época negra —rezonga Fred—. Pinta tu nueva visión. ¡Va a ser un éxito!

Sí, un éxito muy triste. ¿Cómo voy a confesar a la persona que por amor intenta hacerme existir como artista que para mí el arte solo era un lenguaje sucedáneo? Ya no necesito reinventar el mundo ahora que lo puedo contemplar directamente. Quiero vivir, eso es todo. Dejar de compensar, de recrear, de dejarme devorar por las apariencias, y las peores: las proyectadas por mí misma. Son reflejos inconscientes de una desesperación muda que creía haber vencido ya en mis primeros meses de ceguera y que se hace de nuevo con el poder ante mis ojos, ahora que ya me puedo permitir el lujo de sufrir.

Y los colores no son el único problema. También me han traicionado los sonidos. En el coro de aficionados del liceo Henri-IV, donde canto dos veces por semana, desafiné por primera vez. En medio de las voces familiares, me sentía demasiado dispersa, demasiado distraída por estos rostros tan poco ajustados a su tesitura.

Cómo ha cambiado la gente en doce años... Y no solo a causa de las modas, los

estiramientos y el bótox, de la obsesión antiedad que ataca a todas las generaciones y que oculta el reflejo de las almas bajo el aspecto de una falsa juventud inexpresiva. Se parecen a los demás porque ya no se parecen a sí mismos. Uniformizados, formateados, aseptizados por lo políticamente correcto, el apocalipsis crónico, la dictadura de lo ecológico, la mala conciencia y el ombliguismo activo. Ese «desarrollo personal» con el que los medios de comunicación les llenan la cabeza, que no es más que una forma de criar pollos en batería. Esta mezcla de repliegue egocéntrico y de infantilismo militante cuyos efectos solo había podido medir a través de sus palabras. En cuanto a la gestualidad de los mensajes de texto, crea en las calles, los transportes públicos, las oficinas, una coreografía digital de clones que soy la única que parece encontrar grotesca. La ciudad está poblada por autistas que hablan solos sin mirarse. Narcisos tuiteros agotados por el estrés que les sirve de combustible, se han convertido en seres híbridos, como sus vehículos. Los inconvenientes acumulados de la emisión de contaminantes y las baterías que se descargan.

Ese desencanto también viene de mí, por supuesto. El mundo era joven cuando se apagó. Se enciende de nuevo y hemos envejecido. ¿Cómo cambiar los colores del tiempo, ahora que ya no me excluyen? Al repetirme todos estos años «es usted muy valiente», la gente me ha dado mucho... ¿Quién me compadecerá ahora, quién me admirará por la forma en que «asumo las cosas»? He recuperado la vista y me deprimó.

El entusiasmo a mi alrededor, la fascinación que suscita mi curación dejan en mí un sentimiento de soledad avergonzada que nunca me había provocado la ceguera. La obligación de felicidad que me había marcado, por orgullo y por instinto de supervivencia, ahora ha sido sustituida por un simple código de decencia. *Ya no tengo derecho a estar mal.*

En realidad, estoy muy bien. Es al menos lo que dicen los médicos. El oftalmólogo de Honfleur, que me hizo un reconocimiento antes de embarcar, está atónito de la velocidad con que las células del ojo colonizan la córnea artificial. Con semanas de antelación con respecto a las previsiones del cirujano, mi visión se ha vuelto perfectamente normal. Ahora ya puedo reducir los corticoides y los inmunosupresores, que tienen la depresión como posible efecto secundario, lo que tranquiliza bastante a Fred. Prefiere pensar que mis estados anímicos no vienen de mí. Ahora la ceguera está de su parte.

Hay que decir que hago todo lo posible por ocultarle mi pérdida de libido y mis nuevos pudores, pero me cuesta fingir. Incluso en la oscuridad, ya no consigo recuperar la excitación que me provocaban sus caricias. Está la *sobreimpresión* que desnaturaliza su presencia, falsea mis percepciones y desintegra las fantasías. Con su mirada inquisitiva y su sonrisa ficticia, Fred no se parece en nada a la que deducía de mi placer. Fred se me escapa, así que hago trampas. Le echo la culpa al mareo y a la promiscuidad. Los decibelios armoniosos procedentes del camarote vecino son

chocantes para mis oídos puristas cuando Daphné y Nicole bajan, dejando puesto el piloto automático.

Me quedan las palabras de amor de mi amiga, su hermosa voz de contralto, las murallas de su sentido del humor, el refugio de su perfume. La ternura intacta. La burbuja de abandono que precede al sueño. Y otros deseos nuevos que se hacen con el control de mis noches, dejándome al despertar un sentimiento de frustración cada vez menos culpable. Por supuesto, te amo todavía. Pero de otra forma. Con un «por supuesto» y un «todavía» que significan precariedad. La diferencia de edad y la apariencia física no son las únicas causas, Fred. Ya no necesito que me protejan, sino asumir riesgos, poner en peligro todo lo que me daba seguridad.

No tengo la menor idea de lo que haré con mi vida. Por supuesto, tengo muchos proyectos, todavía. En cuanto vuelva de vacaciones, le propondré a la RTL para la programación de verano un concepto titulado *Con ojos nuevos*. Volveré a practicar el *rafting*, el esquí de competición, voy a recuperar todos los deportes que me resultaban imposibles, desde el tenis hasta el parapente, pasando por el tiro con arco. Y voy a aprender a conducir. Por no hablar de los maravillosos trámites administrativos que me esperan para anular mi carné de minusválida. Pero en este momento inmediato, la perspectiva de estas vacaciones con Fred me llena de pánico. La vuelta inminente a tierra firme, sin la disculpa del mareo ni de la falta de intimidad. Y sobre todo la playa de Trouville sin Jules. Esa felicidad loca que se pasaba todo el año esperando. Nuestros baños interminables, su caza de gaviotas, su búsqueda obsesiva de ligues cuando le quitaba el arnés... El donjuán de la playa, le llamaban los salvavidas. ¿Por qué no quise anular la reserva?

Echo de menos a mi perro. Muchísimo. Es el único que sabía anticiparse a mis temores, desactivar mis pequeñas depresiones, amplificar mis alegrías, hacerlas suyas. El velero es magnífico, el paisaje me deslumbra en cuanto se calman las náuseas, las luces del canal de la Mancha están llenas de esplendor, pero a mí no me importa. Lo único que deseo es volver a ver a Jules. Y sin embargo, he cortado los puentes yo misma, he abandonado a propósito en el despacho de Jacques Haussmann el móvil con todos mis contactos para tener la seguridad de que nadie me daría ni me pediría noticias. Tengo que dejar a Jules incorporarse plenamente a una vida diferente, crear vínculos exclusivos con su nuevo amo, recuperar su papel, junto con su equilibrio, sin sufrir, como yo, síndrome de abstinencia. *Debe olvidarse de él, Alice, es por su bien.*

No lo consigo.

En el asiento trasero del taxi Volvo, rememoro todos los detalles de la escena en la consulta del doctor Haussmann, acunado por los ronquidos de Jules, que se ha dormido en cuanto salimos de la calle Bagnolet, abrazando mis tobillos con sus patas. Lo que estoy viviendo es completamente absurdo, y, sin embargo, tengo la sensación de despertarme en mi elemento tras años de hibernación. Represento una esperanza para este perro. Lo espera todo de mí, como Gwendoline confiaba en mi imaginación pidiéndome lo imposible, que por cierto es mi única forma de ser eficaz. Asociación de ideas, intuición, desparpajo son mis auténticas virtudes. Cuando estoy enamorado, soy capaz de mover montañas. Fui capaz de convertir la pequeña fábrica de fertilizante casi en quiebra que había heredado de su padre en la primera empresa bretona de ecología activa.

Tras descubrir que una roca volcánica llamada cabasita, una vez pulverizada y extendida sobre los purines de los cerdos, reducía su hedor, me llevé a Gwendoline de viaje de novios a una cantera del norte de Italia, en el verano de 2002. Quería estudiar las propiedades de este mineral para extraer de él un desodorante natural destinado a la fábrica de abonos Vert-de-Green, que perdía de cinco a seis contratos al año porque el olor de su mantillo daba ganas de vomitar a los golfistas. Sin embargo, durante mis análisis tuve la idea del siglo y me apresuré a patentarla a nombre de la empresa, antes de probarla en Quimperlé. Mis resultados causaron sensación en Finisterre: la cabasita triturada, incorporada a la comida de los cerdos, captura el amoniaco, suprimiendo el treinta y seis por ciento del nitrógeno en sus deyecciones. De esta forma, los purines dejan de contaminar los cursos de agua y de causar la formación de algas verdes en las playas. Las repercusiones financieras fueron considerables, sobre todo desde que Terre d'Armor, la empresa número uno del jamón bretón, se incorporó al capital para hacer frente a los costes de fabricación del complemento alimentario Porcipur (conste que el nombre no es mío).

Y entre fusiones, adquisiciones y cotizaciones en bolsa, la pyme moribunda se convirtió en un *trust* en el que ya no me reconocía. Por una historia de comisiones ilegales a empleados públicos, me enfrenté al consejo de administración. Obligada a elegir entre sus accionistas y yo, Gwendoline se sacrificó por los intereses de la empresa y me puso en la calle para casarse con el hijo de Terre d'Armor. Al principio

me lo echó en cara, pues socialmente hubiera preferido llamarse señora de Frèges a señora de Le Clouz, pero desde su nueva situación de lideresa nacional de la dietética porcina, casarse con un vegetariano manifiestamente árabe le acabó pareciendo menos oportuno que aliarse con un jamoncito rosa. Los celos de este último hacia mí, sus tendencias lepenianas y su influencia sobre Gwendo me acabaron de rematar.

Cuando me borró de su vida y de su organigrama, desposeído de mi invención, pues me acusó de haber intentado vendérsela a la competencia —una película montada hasta el menor detalle por sus abogados—, me quedé bloqueado, convertido en estatua de hielo. Con el corazón en hipotermia y los sentimientos congelados, me replegué bajo la tienda. Ya no creía en nadie, solo luchaba por mí, y eso no me llevaba a ningún sitio, pues yo no servía para nada.

Es impresionante lo que me parezco a este perro. Difamado, sin oficio ni beneficio, abandonado, indeseable. Y, sin embargo, dispuesto a volver a empezar, a conquistar la luna si alguien me cree capaz de ello. El perro se dio cuenta. No se equivocó al elegirme.

Al llegar a la calle Ámsterdam, el teléfono me devolvió a la tierra. Era Coumba, disculpándose en tono de reproche: el martes pasado no apreté bien la arandela del desagüe de su lavadora. Ahora mi piso está inundado y está preocupada, porque el agua está a punto de llegar al piso de mi casera, dado el estado de mi parque.

Estuve a punto de pedirle al taxista que cambiara de dirección, pero Jules necesitaba su «evaluación psicológica», como dice el doctor Hausmann. Por no olvidar el certificado de maltrato que, frente a la acusación de atentado contra la vida de su amo, le evitará la perrera y la eutanasia (y a mí de paso una posible inculpación por posesión fraudulenta de perro peligroso). Le digo a Coumba que llegaré en cuanto pueda. Como tiene mi llave, le pido simplemente que cubra la tribu de Abdelkader con mi cortina de ducha, como otras veces, que tranquilice a la señora Berton y que empiece a recoger el agua.

—Es la historia de mi vida —suspira con animosa abnegación.

Cuando el taxi pasaba frente a la estación de Saint-Lazare, Jules se despertó de repente y se abalanzó ladrando contra la puerta de mi lado.

—¿Quiere hacer sus necesidades? —se alarmó el taxista.

Le tranquilicé: no era el código que venía en su manual. Saqué un puñado de croquetas de la bolsa Pedigree PAL y se la tendí. Siguió ladrando cada vez más, mientras me arañaba la pierna. Ante la mirada asesina que veía en el retrovisor, saqué del bolsillo la lista de fórmulas mágicas que me había dado Martine.

—¡Quieto!

Se calló inmediatamente, contentándose con atacar la ventanilla a lengüetazos, como si fuera un helado.

—Eh, despacito —protestó el taxista deteniéndose en ámbar.

—¡Échate!

Jules paró de lamer inmediatamente y me dirigió una mirada implorante.

—Jo, si fuera posible entrenar así a las mujeres —comentó el taxista con desánimo—. Tengo cuatro hijas.

Le pedí que nos esperara un instante. Con el corazón latiendo por una esperanza desmesurada, tomé la correa y abrí la puerta. Jules saltó como un resorte, cruzó el patio pisoteando sacos de dormir, chiquillos y vendedores de Rolex falsos. Desequilibrado, haciendo eslalon en la otra punta de la correa como si estuviera practicando el esquí náutico, me dejaba llevar por su olfato, su determinación. ¿Sería posible que Alice hubiera vuelto, o que estuviera a punto de partir? ¿Qué azar increíble, qué sincronía digna de las teorías junguianas nos había hecho pasar delante de la estación a la hora exacta de su tren?

Jules me había arrastrado a una escalera mecánica. Ahora corría como una flecha en diagonal, sin dudar un instante. Se quedó clavado ante la vía 26. El cartel no anunciaba nada. Al cabo de un instante, con el hocico a ras de suelo, se puso a recorrer en todos los sentidos el andén vacío, siguiendo una pista hipotética de charco en charco, de poste en poste. Luego, bruscamente, con una pata en el aire, miró fijamente a las vías por las que paseaban las ratas. Se sentó para esperar, con la lengua fuera, relajado. Echándome un vistazo en el que me pareció leer una invitación a hacer lo mismo.

Un operario de mantenimiento vino a decirme que el acceso al andén no estaba autorizado hasta que no apareciera su número en el panel indicador central. Le pregunté cuál era el próximo tren previsto en aquella vía.

—En el andén 26 en general paran los trenes de Deauville. El próximo llega dentro de veinticinco minutos y se marcha a las 13:17.

Deauville... ¿Era allí donde pasaban las vacaciones? ¿El lugar al que la solía llevar? Busqué una respuesta en los ojos del perro, pero solo encontré una serenidad al borde del sopor. Tras unos instantes, le recordé que teníamos una cita con un especialista del comportamiento y que luego tenía que ir a ocuparme de mis inundaciones personales en Montparnasse.

Abandonó pesaroso el camino de las vacaciones y se arrastró hasta el taxi. Al cerrar la puerta, me lamenté un breve instante de no ser el tipo de hombre que escucha solamente a su corazón y se sube al primer tren que pasa.

El único remedio que conozco contra el mareo es concentrarme en un punto fijo. Acurrucada en el fondo de la cabina, formo letras sobre un papel amarillo. Me cansa menos que el blanco. Tras doce años de teclado braille y programas de dictado, mis ojos aprenden de nuevo a escribir, mis dedos se acostumbran al bolígrafo. Y voy domesticando mi tristeza a medida que mis frases se comunican con el destinatario.

Querido señor Macaron.

No sé si la casa Ladurée le transmitirá esta carta, ni siquiera sé si la voy a enviar, pero son las primeras palabras que escribo a mano desde que tenía diecisiete años y quisiera que fueran para usted. Porque le debo el último momento de felicidad compartida con mi perro antes de que la cirugía me devolviese la vista y Jules pasara al servicio de otro ciego.

No le he agradecido lo suficiente la forma en que le defendió en Orly. Cuando vuelva de mis vacaciones, me acercaré a invitarle a un café.

Atentamente.

Alice Gallien.

PD: Me permito recordarle su promesa de hacer presión para que le vuelvan a servir mi variedad favorita. Pude apreciar su autoridad natural y no me cabe duda de que pronto podré degustar con mis propios ojos los macarons de gominolas de fresa cuyo sabor tanto necesito recuperar.

Perpleja, releo mi «Carta a Macaron» y renuncio a copiarla por cuarta vez. Me siento tan poco legible y tan transparente al mismo tiempo, traicionada por una escritura que ya no es mía. Más me valdría volver a mi diario íntimo para intentar llenar estos doce años de oscuridad, esta interrupción que ahora solo es un gigantesco entreacto.

Y hoja tras hoja, me voy atreviendo a recordar el pasado, a darle forma, yo que solo vivía en el presente de indicativo y en el futuro. Repaso mi vida de antes de la oscuridad, recupero el hilo, tomo la medida del cambio. Intento fijar las emociones, expresar lo esencial. Mi madre y mi perro.

¿Era feliz antes del «accidente», como me aconsejaba decir la psicóloga en lugar

de «la violación»? Me dejaba llevar. Esquí y *rafting*. El mundo de mi padre: las pistas atestadas en invierno, los torrentes en verano. Nuestras dos pasiones, nuestros dos talentos. Mi vida trazada siguiendo su estela: competencias, aprendizaje. No pudo soportar mi pérdida. Era su delfina, su esperanza de una medalla olímpica. Quedaban mis hermanos, pero les llevaba tanta delantera... Yo me recuperé del drama, pero él no. Me repetía sollozando: «¿Y qué te puedo dar, ahora que ya no te puedo entrenar?».

Mamá ocupó su lugar. Me obligó a aprobar el bachillerato, aprendió al mismo tiempo que yo braille, música, canto, pintura, todo lo que pudiera devolverme la alegría de vivir. Darle sabor a lo invisible. Mantuvo a mi alrededor una agitación incesante, una cadena de solidaridad sin autocompasión, una presión jubilosa. Se buscó amantes para reconciliarme con los chicos. Volvió a los dieciocho años con la excusa de reparar los míos. Estuvo bien. Pero sobre todo hizo lo imposible para encontrarme un perro.

Frente a la desesperante lista de espera, nos inscribió como familia de acogida. Criábamos cachorros seleccionados por la escuela de Eze-Village, en un ambiente normal, al tiempo que aprendían el oficio de perro guía. Al cabo de un año, nos dejaban para ingresar en la escuela a jornada completa, volviendo los fines de semana para descansar y jugar, hasta el día en que obtenían el diploma y pasaban a trabajar con un ciego que no era yo. Y un día, uno de ellos volvió. Me lo habían adjudicado. Era Jules.

Decir que mi vida cambió cuando el educador creó nuestro binomio sería un eufemismo. Hasta entonces, intentaba no apegarme demasiado a los cachorros de paso para no sufrir cuando se fueran. El pequeño Jules se había dado cuenta y solo dio libre curso al amor de su infancia cuando la escuela me lo asignó para siempre. Con una rapidez espectacular me devolvió la calle, el autobús, el tren, la piscina, el mar, el trineo... Y más todavía, me entrenó para leer las imágenes que me enviaba: la forma de un obstáculo, el emplazamiento de un escalón, la belleza interior o la falsedad de la gente con la que nos cruzábamos. Me transmitía mentalmente su punto de vista, su interpretación, en función de lo que era bueno para mí. Cuando no sabía qué pensar, cómo reaccionar, qué decisión tomar, me sugería una respuesta. Me hablaba al oído, con un cambio en el ritmo respiratorio, un sonido codificado, una información táctil. Incluso un mensaje telepático que componía una escena, un paisaje, un físico. Era mi apuntador de imágenes. Gracias a él quise ser una pintora de verdad. Por esos momentos en los que me traía la paleta entre los dientes, antes de empujar hacia mí tubos de colores para que eligiera.

Sabiéndome «en buenas patas», mamá pudo dejarme a su cargo. Aflojar. Ocuparse de su enfermedad de Charcot, esa atrofia progresiva del sistema muscular que había ocultado a todo el mundo. Pero era demasiado tarde, así que invertimos los papeles. Yo la ayudé a aceptar lo inevitable, a superar la pérdida de la autonomía que tanto se había esforzado por devolverme a mí, a bajar suavemente la pendiente que

me había ayudado a subir.

Jules me despertó diez minutos antes de que sonara el teléfono para anunciarme su muerte. Cuando esparcimos sus cenizas por la bahía des Anges, se tiró al agua. Mi padre y mis hermanos le ayudaron a subir a la barca. Escupió agua a mis pies. Como si me devolviera a mi madre.

Las lágrimas diluyen las palabras sobre el papel amarillo. Sepulto la cabeza en el brazo. ¿Será feliz mi Jules, en su nueva vida, siendo responsable de una persona diferente? ¿Me culpará, me echará de menos, me habrá olvidado ya? Para él sería lo mejor, desde luego. Solo yo tengo la culpa, él no tiene nada que reprocharse. Soy yo quien le abandona, y sabe que no estoy sola. Le debo los dos amores de mi vida. Richard, su entrenador, ese muchacho que tanto me dio y a quien tanto mintió mi cuerpo. Enseñarme de nuevo a sentir placer era su objetivo, su obsesión. Tardó meses en atreverse a tocarme. Y tardó semanas en convencerse —equivocadamente— de que no gozaba solo por educación. Una vez cumplida su misión, pasó a ocuparse de otras menesterosas.

Y entonces fue cuando Fred Bellanger entró en mi vida, un día de puertas abiertas en la escuela de Eze. En aquella época, se ocupaba de las relaciones públicas de la Fundación Swiss Life, que financiaba, junto con el Club de los Leones, la formación de diez perros al año. Jules y yo estábamos haciendo una demostración en la pista de obstáculos del fuerte de La Revère, un recorrido sembrado de tuberías, andamios, pasos de peatones con semáforos caprichosos, cubos de la basura sobre la acera, cambios de nivel y socavones. El itinerario cambiaba constantemente para evitar que los perros se acostumbrasen, sustituyendo la atención o el análisis con un mero automatismo. De repente aparecían motos cortando el camino, camiones de mudanzas, carteristas... Como el año anterior, nuestro binomio había ganado el Premio del Público. Al entregarme el trofeo, Fred me abrazó demasiado fuerte para el gusto de Jules, y además le pisó la cola. Y cuando le puso la medalla, le pinchó atravesando el arnés. Jules dio un bote que la tiró del podio y Fred se rompió tres costillas en la caída.

Fuimos a preguntar por ella a su hotel de Cap-d'Ail. Quince días después, la seguíamos hasta París. El torbellino, las fiestas, las risas, la felicidad a cien por hora junto a una amante increíble, una loca deliciosa que conocía la tierra entera, conseguía que le prestaran un *jet* privado con una simple llamada, para llevarnos a dar un paseo por Córcega y como regalo de San Valentín me conseguía la galería Médicis, en la plaza de los Vosgos, para mi primera exposición. Jules había acabado acostumbrándose a ella, pero los incidentes fronterizos y las luchas de prerrogativas eran moneda corriente entre mis dos protectores. Fred reponía frecuentemente, sin decírmelo, sus zapatos Louboutin, sobre los que Jules concentraba sus represalias.

Yo también defendía mi territorio, a mi manera. Había ido yo sola a vender mi voz a RTL, sin pasar por Fred, que me hubiera obtenido un contrato escandaloso a cambio de la publicidad de una de las marcas de lujo con las que trabajaba. Yo estaba

orgullosísima de mi salario mínimo, de poder amar gratuitamente a esa mujer que, por orgullo y por miedo al rechazo, antes de conocerme solo confiaba en los valores venales.

—¿Todo va bien por allí abajo?

Oculto las hojas debajo de una revista y contesto afirmativamente con tono seguro. No tengo ganas de que lea las palabras cariñosas que acabo de escribir sobre nosotras en memoria de mi perro. No quiero que se haga ilusiones. No estoy intentando despertar mis sentimientos por ella, sino de mirarme cara a cara. Mejor que en un espejo. Y la persona que descubro se siente atrapada por el agradecimiento, la amistad amorosa, los remordimientos anticipados.

Fred baja al camarote y me besa debajo de la oreja.

—¿Vienes, cari? Van a creer que estás enfadada.

¿Qué nueva manía es esa de llamarme *cari*? Como si «ángel mío» no encajara más con la mirada que deposito en ella.

—Vamos, sube. Ha salido el sol, ¡déjate ver un poco! Podríamos jugar con ellas un poco, para variar. Daphné te ha preparado un manhattan.

Contesto que no quiero verlas.

—¿Eso me incluye a mí?

—Claro que no.

—Quisiera estar segura, Alice.

Sale del camarote dando un portazo. Al cabo de un minuto guardo las hojas en el bolso y subo a cubierta. Se lo debo. Con mi mal humor de perro dogo que empeora a medida que tragamos millas náuticas me doy perfecta cuenta de que para ellas la única ventaja de mi curación es que ahora podemos jugar a las cartas por parejas.

La consulta de Eric Vong estaba en uno de los edificios antiguos que enmarcan los jardines del Palais-Royal. El taxista nos dejó en la calle Montpensier y cruzamos la plaza hasta llegar a la galería de Valois. Bajo los soportales, en el 102, busqué una placa, un nombre en el interfono. Acabé pulsando el botón del 4.º piso, junto a la imagen de una salamandra.

La puerta se abrió con un chasquido. Jules la empujó con la cabeza y la sujetó con un reflejo profesional que casi se podía considerar una galantería. Luego me precedió en la sombra fresca del vestíbulo y se puso en dos patas junto a la puerta enrejada del ascensor para llamarlo. Como las teclas eran táctiles, sus zarpas resbalaban, así que lo llamé yo en su lugar. Se puso a cuatro patas de nuevo y me dio la espalda. Aparentemente ofendido. Cuando abrí la puerta, subió por la escalera.

* * *

Zapatos de tacón, bata blanca escotada, maquillaje espeso: la secretaria parecía en realidad una enfermera de película porno. Saludó al perro antes que a mí.

—El doctor Haussmann me ha explicado la urgencia. El señor Vong le hará un hueco entre Yassim y Chocolat.

Lo decía como si me estuviera haciendo un gran favor, así que le di efusivamente las gracias. Nos acompañó a la sala de espera, que parecía el saloncito de una casa de citas estilo 1900, llena de vitrinas con los libros del maestro en francés, inglés, ruso y chino, con los precios correspondientes. *Los animales nos hablan, Comprenda a su gato, El universo mental de su perro, Diálogo con un canario...*

Me senté en el único asiento libre, un puf de terciopelo escarlata con largos flecos, entre un loro con trailla sobre el hombro de un anciano elegante y un chihuahua tembloroso que se aferraba a las rodillas de una mujer con burka. El labrador, enroscado a mis pies, se puso a arañar nervioso la alfombra de seda salpicada de manchas de orín.

—¿También sufre estrés posnatal? —preguntó mi vecino, cuya guerrera abigarrada hacía juego con el plumaje de su compañero.

Para ganar tiempo, le expliqué que Jules había perdido a un ser querido. Como mi respuesta no le interesaba en absoluto, el anciano garboso como un torero me explicó las dificultades de comunicación que tenían su loro y él.

—Chocolat, saluda.

Sin emitir el menor sonido, el pájaro se llevó una pata al pico para rascarse.

—Ya lo ve, el señorito está de morros. Se ha vuelto completamente asocial. No importa que le ponga a sus cantantes favoritos, ya solo imita el ruido de la puerta.

Asentí en silencio yo también. Mi mirada iba del hámster con los dientes clavados en el dedo de una muchacha que lloraba al lebel impertérrito bajo la silla de un actor conocido cuyo nombre se me había ido de la cabeza, pasando por el gato siamés con collar de perlas que intentaba arañar el traje sastre de su ama a través de los barrotes de la jaula Louis Vuitton. Tenía la impresión de que la docena de humanos acompañados de un animal en crisis venían a seguir una terapia de pareja.

—¿Es la primera vez que viene a la consulta de Vong? —Me lanzó el hombre del loro con tono desconfiado.

Asentí contrito.

—Es el mejor especialista en comportamiento de Europa. Ahora vengo de Lausana una vez por semana, pero el mes pasado se desplazó él para negociar con mi caballo, Enguerrand du Marais, dos veces vencedor en el Arco del Triunfo. Se negaba a dejarse montar. Al final fue un simple malentendido. A veces no vigilamos suficientemente nuestros pensamientos.

—¡Yassim! —canturreó la secretaria asomando la cadera por la puerta.

Un dedo enguantado se posó bajo la rejilla que ofrecía al burka ventilación y visibilidad: el chihuahua se había dormido. La secretaria sonrió comprensiva y se volvió hacia mí.

—Jules.

Salí tras el labrador que, con la cola gacha, seguía a la mujer, que nos acompañó a la salida. Con la mano en la puerta, dijo:

—Bajen a jugar al jardín.

Me estaba tendiendo una pelota. Como yo no reaccionaba, se la dio al perro, que la tomó delicadamente entre los dientes.

—Colóquese delante de la terraza del restaurante —precisó—. Será suficiente con cinco minutos, la fase de observación es fundamental en la primera cita.

Seguí a Jules, que bajaba los escalones de cuatro en cuatro. Al llegar al jardín polvoriento, le quité la correa. Dejó la pelota roja a mis pies y retrocedió lentamente, acechando mis movimientos. La recogí y la lancé como si fuera una bola de petanca. Corrió y saltó para atraparla al vuelo. Luego, con precauciones infinitas, la dejó en el suelo como si se tratara de una bomba. Encima de nosotros, en el último piso, un reflejo centelleaba en la ventana abierta. Sin duda el especialista nos observaba con

unos prismáticos.

Me dirigí hacia Jules para recoger la pelota, pero de repente dio media vuelta y, con un golpe de la pata trasera derecha, la envió en mi dirección. Vi cómo caía a tres metros. Jules se puso a ladrar dando vueltas alrededor de mí. Parecía que me estuviera echando la bronca. Le tiré de nuevo la pelota. La miró pasar y luego me miró fijamente, con la cabeza inclinada, gimiendo. Luego se tumbó de espaldas, con las patas encogidas. Me agaché junto a él y le acaricié la barriga. No sé si se puede hablar de ronronear cuando se trata de un perro, pero el ruido era el mismo.

De repente, saltó sobre las patas traseras y me derribó. Desde el suelo mientras me hacía cosquillas con el hocico, intenté localizar las instrucciones que llevaba en el bolsillo. Me soltó de repente y se fue a dar saltos por los arbustos, olfatear los bancos, rascarse contra un árbol, levantar la pata sobre el zócalo del pequeño cañón que, con la mecha encendida por una lupa que se encontraba con el sol al mediodía exactamente, servía antiguamente para poner en hora los relojes de París lanzando cañonazos de mayo a octubre, hasta que la alerta antiterrorista lo dejó fuera de servicio.

Miré la hora. Habrían pasado cinco minutos. Silbé tres veces, como constaba en las instrucciones. Jules llegó a toda marcha y aprovechó la puerta abierta por una niña y su madre, que se largaban acarreando una tortuga metida en un colador. Ignorando de nuevo el ascensor, se abalanzó hacia la escalera sin ocuparse de mí lo más mínimo. Cuando me uní a él en el descansillo, se estaba limpiando las patas en el felpudo, mientras un motorista que había apoyado el casco en la pared le examinaba los cuartos traseros. Debía de ser el veterinario enviado por *30 millones de amigos*.

—Haussmann hizo bien en avisarnos —dijo levantándose—. Preparo el informe y ponemos la demanda. Que tenga un buen día.

Llamó al ascensor mientras dictaba sus conclusiones al teléfono. La secretaria abrió al tercer timbrazo y nos llevó directamente a la consulta.

—Tienen una relación muy interesante —murmuró Eric Vong a modo de saludo, con las manos a la espalda.

Era un asceta asiático de edad indefinida, encorvado y vestido con un jersey largo y anticuado de cachemir violeta.

—Es la primera vez que nos vemos, Jules —pronunció con un tono extremadamente dulce, mientras se sentaba con las piernas cruzadas ante él, con la cabeza a su altura—. Bienvenido a este remanso de paz y de armonía.

El remanso al que se refería era una habitación con las persianas cerradas, jardín zen, farolillos de papel y una música de fondo digna de un salón de masajes. Una fuente coronada por un angelito de cabeza de serpiente borboteaba a la luz de una vela perfumada.

El terapeuta miraba fijamente a los ojos al labrador, que le aguantaba la mirada. Era como si estuvieran intercambiando información. La respiración jadeante de Jules se calmaba poco a poco, como para ajustarse al ritmo regular que hacía subir y bajar

el pecho de su interlocutor. De repente, Vong soltó una carcajada. Le pregunté la razón. Sin volverse, chasqueó los dedos para que me callase señalando al suelo. Me senté a su nivel, apoyado en la pared, y esperé que terminaran de charlar.

—Las imágenes mentales que me ha mostrado confirman lo que he visto por la ventana —me declaró levantándose con una flexibilidad asombrosa—. Le trata como si fuera un perro.

Protesté indignado, recordando que habíamos venido para que certificase que Jules no era violento.

—Se equivoca —me replicó con firmeza cortés—. Lo que le acabo de decir es un elogio. No le considera un ser humano normal, sino un igual. Un colega. Es algo muy raro en un perro guía. Según me ha hecho ver, los salvó a él y a su ama.

Me quedé mudo. Y luego me dije que simplemente el doctor Haussmann le había contado cómo nos conocimos en Orly. Pero añadió:

—¿Por qué no quiere subir al tren?

Crispé los dedos de los pies para bajar el ritmo de mis latidos. Con una voz lo más neutra posible, describí la actitud de Jules en la estación Saint-Lazare. Detuvo mi explicación con la mano.

—Sígle sin hacerse preguntas. Él no se las hace, ya conoce la respuesta. Si tuviera que contarle todos los casos en los que estos animales encontraron a sus amos a centenares de kilómetros, a veces en lugares que ni siquiera conocían, mi obra no cabría en esta biblioteca. ¿Qué representa esta playa por la que corre entre una joven y usted? ¿Es un recuerdo o un objetivo?

En lugar de responder, me puse a preguntar a mi vez:

—¿Puede leer sus pensamientos?

—No, me lo cuenta él. Nuestro deseo de comunicar crea la conexión mental: ese es el principio. Los animales no esperan otra cosa y enseguida lo captan. Su problema, ya ve usted, es lo que les cuesta hacerse entender. Asimilan nuestra incompreensión a hostilidad, a un castigo. Es el origen del setenta por ciento de los conflictos que resuelvo. El otro treinta por ciento son problemas de estrés de su amo, que absorben y que los perturba. En ambos casos, el resultado es agresividad o depresión. Jules combina las dos cosas, siento mucho decírselo. Por supuesto, le enviaré a Haussmann un certificado en los términos que me pidió, no le vamos a sacrificar porque su amo le pegaba, pero si usted también le abandona se volverá peligroso.

Un sudor frío me dejó congelado. Vong prosiguió:

—Para Jules el mundo se ha vuelto loco, solo le queda usted. Ahora es tanto su punto de referencia como su alumno.

Tragué saliva antes de continuar:

—¿Por qué dice eso?

—Es lo que he visto por la ventana. Le ha tirado la pelota. Es más que un homenaje: es una marca de respeto mutuo. Un acto de dominante a dominante. Lo

que pasa es que usted no sabe jugar, así que Jules no ha querido seguir. No sabe cómo educarle y eso le descoloca, pero quiere llevarle hasta su ama, porque piensa que usted es el asistente que necesita ahora. Su obsesión es unirles.

Disimulé mi emoción bajo una ironía escéptica:

—¿Está seguro de que lo que me dice no es un poco antropomorfista?

Levantó la barbilla con una supremacía abnegada.

—Si fuera el caso, los humanos no se gastarían conmigo cuatrocientos euros por consulta. No señor, no es antropomorfista ni cinomorfista. Me limito a escuchar las vibraciones animales, las convierto en lenguaje inteligible para el cerebro limitado de mis congéneres y, sobre todo, en respuesta, les transmito sus disculpas.

—¿Sus disculpas?

—El animal es muy sensible a la mentira, la injusticia y la traición. La mayor parte de los cánceres que desarrollan se deben a una falta de atención de sus amos. La agresividad que muestra es el último recurso para informar al culpable cuando han fracasado todos los intentos anteriores. Por ejemplo, la dueña de Jules: ¿cómo se llama?

—¿No se lo ha dicho?

—No tengo tiempo para bromas, ya habrá visto mi sala de espera. He aceptado hacerle un hueco, así que vaya a lo esencial.

—Alice.

—Alice le traicionó al hacerse autónoma, al dejar de necesitar su mirada, porque él está condicionado para mirar en su lugar. Es lo que me ha mostrado. Sin embargo, usted, al sacarla de un apuro para el que él no estaba preparado... Fue en el aeropuerto, ¿no?, en el momento del embarque.

—Sí.

—... Borró la injusticia y los celos que habría sentido por su causa si se hubiera inmiscuido en su territorio. Ahora ya no tiene territorio, así que le entrega a Alice. Para recuperar el poder a través de usted. Igual que le lanzó la pelota hace un momento. Lo que pasa es que si no la sabe atrapar, le está mintiendo. Está traicionando las esperanzas que deposita en usted. Las esperanzas de recuperar a su ama gracias al regalo que le lleva.

Tragué saliva para preguntar con una voz casi neutra:

—¿Quiere que los tres formemos una especie de... de célula familiar?

—Ahora el antropomorfista es usted. Le está regalando un perro nuevo, eso es todo. Así seguirá existiendo a través de usted.

Unió las manos junto a la nariz con un suspiro profundo.

—Tengo el mismo problema con Chocolat, el loro que está esperando a que terminemos: está abandonico. Desde que su pareja puso un huevo, ya no le hace ni caso y su amo está tan orgulloso del nacimiento en su casa que deja de lado a Chocolat, que a cambio ha decidido ignorarle. Hay que añadir que —sin traicionar el secreto profesional— antes era yóquey, y como ya no tiene edad para montar, traslada

la agresividad a su caballo, lo que ha generado una transferencia hacia el loro. Para él lo único que importa es que entre en el Guinness. Chocolat es un loro superdotado: ha aprendido tres mil palabras solo para tenerle contento, pero desde que dejó de ser el centro del mundo, está en huelga de frases.

—Y, para volver a lo nuestro...

Se detuvo un instante, como si le costara salir de la lógica animal para descender al nivel de incoherencia humana. Rezongó, apartando la vista:

—*El perro que veía en su lugar.*

Se sentó en el escritorio, quitó el capuchón de una gruesa pluma Montblanc y sacó una hoja de papel con membrete.

—Un labrador fuera de servicio que entrena a un hombre para recuperar a la ciega que perdió. Es un excelente punto de partida, un auténtico caso inédito. Voy a intentar tratarle.

Creí que estaba escribiendo una receta, pero en realidad tomaba notas para su próximo libro. No me había dado ninguna solución para el problema de Jules, pero había encontrado un tema.

—Siga su instinto, responda a lo que le pide y no volverá a atacar a nadie —concluyó al cabo de tres minutos, cerrando de nuevo la Montblanc—. Y no olvide que un labrador es ante todo un cazador. Un *retriever*. Le lleva como presa a su ama. Esté a la altura y téngame al corriente.

Me marché sin averiguar si era un charlatán sutil, un médium genial o un simple oportunista en busca de inspiración. Sin embargo, había creado un nuevo punto en común entre nosotros: Jules se iba a convertir en personaje de libro. El fruto de las fantasías, obsesiones e imaginación de un tercero. La novela que había inspirado a mi madre vendió sesenta mil ejemplares: mi éxito más grande sobre la tierra. Con la notoriedad de su autor, el perro me superaría sin problemas.

Volvimos a subir al taxi que esperaba. El taxista cerró el sudoku y me preguntó por el siguiente destino. El taxímetro ya marcaba ochenta y cuatro euros y, antes de contestar, me aseguré de que la carrera la pagaría la Federación.

* * *

En la calle Thermopyles me esperaba lo peor, y no me sentí defraudado.

—Has hecho muy bien en comprar un labrador —se carcajeó Coumba—. Les encanta el agua.

De hecho, Jules nos ayudó a secar el suelo, salpicando con alegría y revolcándose por los charcos. Todo fue bien hasta la llegada de la señora Berton. Con sus tres rulos azules a juego con la bata de pirineo, mi casera había tenido la mala idea de venir a

buscar noticias con el gato en brazos, para protegerlo de las goteras. En cuanto vio al perro, el felino saltó sobre él escupiendo, hinchido como una bola, con el vello de punta.

Jules se asustó. Saltó de lado hacia la mesita baja donde, resbalando sobre el plástico de protección, derribó los jinetes, pulverizó las tiendas de lona, las dunas de papel de lija, las palmeritas de plástico. A su manera, estaba reproduciendo la toma de la tribu de Abdelkader por las tropas del duque de Aumale. En tres segundos, la preciosa maqueta estaba desparramada por el suelo, arrasada por los beligerantes a los que Coumba y yo intentábamos separar, aunque en realidad solo conseguíamos perfeccionar la catástrofe que había acabado con lo que quedaba del señor Berton. Una vez logramos una tregua, descubrimos a su viuda desmayada sobre el campo de batalla.

Ambulancia, urgencias, irrupción del propietario, que descubrió el subarrendamiento ilícito del que disfrutaba, negativa a devolver la fianza, orden de desalojo inmediato bajo pena de expulsión *manu militari* acompañada de una demanda por ocupación ilegal y daños y perjuicios. Las amenazas de maldición hasta la quinta generación que Coumba profería en respuesta no tuvieron más efecto que una llamada a la policía.

Hubiera podido negociar, ganar uno o dos días, una noche, como mínimo, pero ¿para qué? No soy un hombre de preavisos. Cuando Gwendoline me despidió, tardé cinco minutos en abandonar mi despacho llevándome solo el ordenador. Y además eso daba una cierta coherencia a la brutalidad del día. Perder en unas horas un salario mensual y la vivienda que lo hacía necesario obedecía a una cierta forma de lógica. Otro destino me reclamaba con urgencia, en otro lugar.

¿Por qué hacerle esperar?

* * *

Encogido en su versión compacta en un rincón de la habitación para pasar desapercibido, Jules me miraba llenar la mochila de cien litros con la que había llegado cuatro años antes. Una cazadora, una chaqueta, dos vaqueros, seis polos, unas zapatillas de repuesto, el electroencefalógrafo para yogures, el MacBook, seis libros agotados llenos de notas y el resto de mi biblioteca en el iPad: daba por finalizada esta larga y apacible escala tan ligero como había empezado. La situación me dejaba una sensación de orgullo, embriaguez, confianza. El respeto a mi naturaleza. El retorno a las fuentes. Reales o nacidos de la imaginación materna que me servía de memoria, mis orígenes beduinos habían tomado de nuevo el control de mi vida. Ya solo me quedaba comprar una tienda y plantarla en el lugar de mi elección. Aunque

fuera siguiendo los dictados de un perro.

Guardé su arnés y el paquete de pienso entre mis bultos, cerré las correas con la sensación de estar frente a lo irremediable y me despedí de mis plantas acuáticas amontonadas en cubetas entre el instrumental sadomaso de Coumba.

—Cuando no sepas dónde dormir —me dijo—, puedes venir a hacerles compañía. Siempre serás bienvenido, no lo olvides. Aunque...

La tranquilicé con una sonrisa, completando la frase para mis adentros: aunque para ella los hombres están reservados a las horas de trabajo. Ella continuó muy rápidamente:

—Pero en cualquier caso, sigue tu buena estrella y no te culpes por lo de lo de la señora Berton, ¿vale? Si la ponen en la calle por esto, le daré asilo.

Apretando con las manos los tirantes acolchados de la mochila, Coumba me sacudía los hombros para recordarme que mi vida no era solo una fuente de inundaciones. Le di las gracias, pero no era el momento de ponerse sentimental. La nostalgia en tiempos de crisis siempre ha sido mi peor enemiga.

Eran las 14:20. Abandonándome a la correa de Jules, dejé que nos llevara a buen puerto. Bajó la calle Raymond-Losserand a paso de carga y tomó la calle Château, cruzando la plaza de Catalogne para salir al bulevar Pasteur. No había error posible: o me llevaba directamente a la estación de Saint-Lazare, confirmando así las facultades que le prestaba su confidente del Palais-Royal, o se quedaba colgado y entonces me pasaría a la opción B.

En el metro Pasteur, giró a la izquierda, dejando atrás resueltamente la estación. Intenté detenerle, explicándole su error de orientación, pero no sirvió para nada. Era como si mis órdenes tropezaran con una programación imposible de modificar.

Renuncié a tirar de la correa, que le estrangulaba sin utilidad alguna. Subió por la calle Vaugirard, acelerando hacia la Puerta de Versalles. Al llegar al hospital Gabriel-Pallez, se detuvo de golpe y se tumbó al pie de un banco, feliz como si hubiéramos llegado a nuestro destino.

Con un golpe de angustia, me dije que quizá Alice estaba ingresada por una complicación oftalmológica y había tenido que renunciar a sus vacaciones en el último momento. Até al perro al banco para informarme en recepción, pero sus ladridos furiosos me dieron a entender que no iba por buen camino. De hecho, el cartel del hospital precisaba que era un centro para personas mayores dependientes.

Volví al banco, me derrumbé entre dos cagadas de paloma y, lleno de desesperación, me incliné por la opción B.

—Dime, Zibal, ¿estás bien, cariño? Estoy leyendo unas galeradas, te llamo mañana...

—Tenía una pregunta para esta noche. ¿Está libre el sofá del salón?

—¿Por qué? ¡No me digas que además estás en la calle!

Me contuve para no preguntar: «¿Además de qué?». Estaba pidiendo socorro, no rompiendo las hostilidades.

—Es solo para una noche o dos, mamá, lo que tarde en encontrar otra cosa.

—Sí, te entiendo. Pero Jean-Christian está roncando mucho estos días.

No insistí. Compartir el sofá con su enamorado expulsado de la cama por contaminación sonora estaba por encima de mis fuerzas. Le pregunté de qué trataba su próximo libro, solo para que no pensara que llamaba por nada.

—La soledad de una madre que por fin descubre el amor a los setenta y tres años, solo que las cosas no ocurren como estaba previsto. Bueno, si no encuentras otra solución, vente. Le diré a Jean-Christian que se vaya a dormir a casa de su hija.

Lo había dicho con un tono tal de sacrificio admirable que disfruté al decirle que se iba a enamorar de mi perro.

—¿Tu *qué*?

—Un labrador de cuarenta kilos, se porta muy bien.

—¿Y te parece razonable en tu situación?

—Es un regalo.

Desaté al perro y le acaricié la cabeza con la correa de cuero trenzado. Moviéndose amablemente la cola y se puso a mirar de nuevo hacia la Puerta de Versalles.

—Zibal, tengo una duda. ¿No pretenderás que me quede con él mientras estás en el trabajo?

—No, no te preocupes: ya no tengo trabajo.

Hizo como que no me había oído, por culpa del ruido infernal de las obras del vecino. Me encanta colocarla en situaciones incómodas cuando se trata de mí. Me gusta ver cómo, simbólicamente, me devuelve al cubo de la basura y me deja en la acera de la embajada. La única alegría de verdad que me debe es un éxito de ventas. Sé perfectamente que me reprocha inconscientemente el fracaso de todos sus libros posteriores. A mí eso me halaga. Ser su mejor libro me basta, o al menos me legitima. Puede hacer conmigo lo que quiera: estoy a salvo de cualquier culpabilidad.

—No lo digo por ti, patito, pero con o sin perro ya sabes que tengo muy poco sitio.

El patito está al corriente. Vivir en la calle más cara de París reduce drásticamente la superficie habitable. Desde que cobra más por su pensión compensatoria que por derechos de autor, su revancha social ha consistido en pasar de ciento cincuenta metros en el bulevar Clichy a treinta y ocho en la calle Verneuil. Todo son ventajas. El barrio pasa siempre delante de mí.

—Alguno de tus amigos tendrá sitio, ¿no? —prosiguió, como si estuviera abusando de su generosidad.

Estuve a punto de contestar que todos se habían puesto de lado de Gwendoline, pero eso no era asunto suyo. Entiendo perfectamente que me desaprobe, pero no soporto que me tenga lástima.

—Llama a mi amiga Lucette Ancelet: desde que está sola, alquila habitaciones en Louveciennes. Igual te deja llevar al perro.

Como si supiera que hablaba de él, el labrador se levantó de golpe. Tras dos

ladridos que parecían una clave, me levantó tirando de la correa. Luego me arrastró hasta un autobús que se disponía a parar delante de nosotros. El 80, Puerta de Versailles-Ayuntamiento del XVIII. Pasando por Saint-Lazare. Mi sonrisa borró todo lo demás.

—Te dejo, mamá, que te cunda con las galeradas.

* * *

No hubo sorpresas: una vez comprado el billete, Jules me llevó directamente a la vía 26. El primer tren para Deauville salía a las 15:33, pero por los altavoces lo anunciaban en la vía 24, por razones de servicio. Explícaselo a un perro. Imposible arrancarlo de su andén habitual, así que utilicé la técnica Vong. Me agaché a su altura y le envié una imagen mental en la que subía con él a un vagón de la vía 24 que nos llevaba hasta los brazos de Alice. Repetí diez veces la operación psíquica, con éxito relativo, o eso me pareció. Como única respuesta, obtenía lengüetazos que traducían como: cállate, confía en mí, obedece.

Creo que lo que me ayudó a convencerle fue la avalancha de turistas con tablas de surf que asaltaban el andén de enfrente, mientras el nuestro permanecía desierto a pesar de los altavoces que repetían la palabra «Deauville».

En cuanto salimos de París, se quedó dormido. Yo estaba bastante superado por todo lo que me había ocurrido en unas horas, pero no tanto por el desastre en el que había convertido mi vida como por la excitación que me hacía sentir. Yo, que siempre me había dejado llevar por las circunstancias, reservando mi energía para mis pasiones, mis inventos y mis lecturas, acababa de tomar la primera decisión de verdad que comprometía mi destino. Y consistía en seguir a un perro.

En el exiguo camarote, las pesadillas que agitan mis noches me dejan llena de cardenales por la mañana. Siempre me despierta la misma escena: a caballo sobre un macho desatado, me retiro bruscamente explicándole con todo detalle que su rabo carece de volumen y de destreza. A continuación le saco tranquilamente los ojos con una cuchara de helado. Detesto este sueño, lo que representa y lo que subyace en él. ¿Acaso he recuperado la vista para soñar con venganza ciega?

Los tres violadores de mi instituto que, en un sótano menos oscuro de lo que habían previsto, me quemaron los ojos con ácido para evitar que los reconociera siguen detenidos en Marsella, y eso no me plantea ningún problema. Hace doce años que los llamo Juanito, Jorgito y Jaimito, como los sobrinos de Donald: los maté ridiculizándolos y nunca sueño con ellos. Entre los dieciocho y los veintitrés años fui a visitarlos cada seis meses. Era una especie de crueldad altruista: solo quería evitarles el olvido, la tentación de reincidencia, y estimular su necesidad de redención. A mi psicóloga eso no le gustaba nada, pero a mí me sentaba muy bien.

Para viajar ligera de equipaje en una vida sin luz, librarme del odio tóxico, les concedí un perdón que no tiene nada de cristiano, un perdón puramente egoísta, un perdón perverso, un perdón de mala pécora, como me gustaba pensar. Un perdón que me hacía disfrutar de los remordimientos al rojo vivo que les provocaba mi aparente mansedumbre. Y qué alivio salir libre como el viento, sabiéndoles mucho más encerrados en su infamia cada vez que iba a visitarles en el locutorio bien escotada y con un vestido ceñido. Eran los únicos momentos en los que, trampeando con todas mis fuerzas, me sentía como antes. Sin miedo y sin reproche.

Cuando me marché a París, los abandoné a su suerte con el corazón ligero. Me escribieron a través de mi padre, a la escuela de esquí, diciendo que me echaban de menos, que no estaba bien abandonarlos después de haberles hecho creer que todo era posible. ¿Qué todo? Les había dado, como quien les tira un hueso, la fantasía absoluta: se imaginaban que el día en que salieran libres iría a buscarlos en taxi para ofrecerme a ellos como una santa puta y ocuparme de su reinserción. Eso era la redención para ellos. Imbéciles.

El intento de suicidio de uno de ellos, anunciado por la radio, no me dio ni frío ni calor. Pasé más de diez años viviendo el presente con una bulimia jubilosa y

metódica, fuera del alcance del pasado, con su felicidad pasada y con su «accidente». ¿Por qué reactivar, en el momento en que había perdido su razón de ser, mi miedo a los hombres en libertad, por qué quería conjurarlo a través de estos sueños sádicos?

Cuando estaba a oscuras, era una buena tipa. Ahora me costaba reconocermé.

* * *

Escala en guernesey. Las casas abigarradas del puerto, los carteles indicadores en anglonormando, la cocina local, los senderos campestres, el dolmen de Dehus... Y Hauteville House. La casa de Victor Hugo en el exilio, llena de muebles pesados y marcados con sus iniciales, de cuadros sin gracia y de mesas de espiritismo cuyos supuestos mensajes de ultratumba nos cuenta el guía con una complacencia satisfecha. Las chicas Daphnic no se enteran de nada. Discuten. Divergencias literarias (Balzac frente a Hugo), fiscales (Guernesey frente a Nassau), deportivas (inconvenientes respectivos del queche y del *sloop*). Solo llevan tres semanas casadas, pero a este ritmo, pronto se convertirán en pioneras del divorcio homosexual.

Fred me arrastra a la escalerita que lleva al *lookout*, una buhardilla acristalada en la que Hugo escribía de pie, tirando por el suelo las hojas sin numerar de su atril. Con una falta de pudor penosa, me habla de cómo Juliette Drouet recoge las páginas con el culo gordo en pompa y las pone en orden mientras el poeta aprovecha la postura para darse un gusto.

Necesito estar sola. Cuando nos unimos al grupo, la guía está hablando de las maravillosas relaciones entre Victor y su perra Chougna. Estoy harta. Les digo que me voy a dar un paseo y que nos veremos a bordo.

Bajo hasta el puerto recorriendo los senderos de hortensias y brezo. Entro en un cibercafé, pido una pinta de Guinness, me conecto y mando el correo que me pesa en el corazón desde que salimos de Honfleur: claire.chaufour@laposte.fr. Es la madre de Cédric, mi mejor amigo del instituto, que se transformó en un cuarto de hora en cómplice de mis verdugos. Cada 8 de noviembre, aniversario del «accidente», Claire Chauffour me manda a mi dirección de la radio un mensaje compasivo al que nunca contesto.

Con una sola frase, sin saludo ni despedida, le digo que he recobrado la vista que su hijo me había quitado. Eso no borra el crimen, no reduce la pena, pero aliviará el corazón de una madre. Eso es el auténtico perdón, por el que yo había pasado de largo.

Cuando hago clic para enviar el mensaje, me siento inmensamente liberada. Como si mis ojos se acabaran de curar para siempre, sin secuelas ni efectos

secundarios. Como si recobrara de golpe toda la luz porque la oscuridad ficticia se ha disipado.

Vacíó la jarra y me recuesto en la banqueta de escay. Para seguir avanzando por este camino, ahora me toca ocuparme de la otra consecuencia del 8 de noviembre: mi relación con los hombres. Pero para eso no será suficiente con un simple clic.

El perro ha dormido todo el viaje. Ninguna de las paradas ha merecido su atención hasta que la palabra Deauville resuena por los altavoces. Se levanta inmediatamente y se coloca de guardia ante la puerta del vagón.

Delante de la estación cae una llovizna fría con un calor tormentoso. De entrada, Jules gira a la derecha, hacia Trouville, para cruzar el puente sobre el río Touques. Sube por el muelle, sin despegar el hocico del suelo, con la cola vibrante y puntuando con ladridos las pequeñas interrupciones con las que tropezamos en la acera.

Lo único que conocía de Normandía hasta la fecha era la zona industrial de Caen, donde se encuentra uno de los centros de producción Vert-de-Green que procesa la cabasita para convertirla en alimento porcino. Las fachadas con las vigas aparentes y el olor a marea y algas me traen aires lejanos. Para mí el mar era el golfo Pérsico, Singapur y Dakar cuando mi padre era diplomático, luego el *camping* de Grau-du-Roi cuando se divorció al ser destinado a Washington, donde su carrera iba a ser difícil de compaginar con un hijo de origen sirio. En cuanto tuve medios y edad para irme solo de vacaciones, opté por el esquí para desmarcarme, para poder asociar a mis primeros amores recuerdos completamente vírgenes.

La excitación de Jules y su velocidad aumentaban a medida que nos acercábamos a la playa. Era obviamente su lugar favorito. O bien había descubierto la presencia de Alice, lo que le hacía olvidar que era responsable de alguien al otro extremo de la correa. Cada tres metros, golpeaba a los veraneantes con la mochila, víctima de los zigzags, y chocaba con puestos y farolas sin que el perro se preocupase lo más mínimo.

No sabía si Alice estaría en una casa particular, un apartamento, un hotel. Se detuvo delante del Kyriad, un hotel de tres estrellas lúgubre frente al aparcamiento del casino, pero solo quería levantar la pata sobre la rueda delantera de un Ferrari. Como era un coche tan bajo, el chorro de pipí sirvió para limpiar el parabrisas. Satisfecho de la misión cumplida, cruzó la plaza a paso de marcha, pasó sin detenerse ante la fachada de la mansión en construcción que se encontraba junto al casino Barrière y tomó el paseo de tabloncillos cubiertos de arena que separaba de las casas la parcela neblinosa sembrada de toldos multicolores. Aceleró de nuevo, haciendo eslalon entre los impermeables, las sillitas de bebé y los paraguas. Echándome hacia

atrás para frenarle, me torcía los tobillos entre los tablones. Al chocar de frente con un surfista, tuve que soltar la correa. Lo que tardé en aguantar sus insultos, disculparme y levantarlo diez centímetros del suelo para que dejara de zarandearme, Jules había desaparecido.

Me esperaba en la esquina, delante del Flaubert, un hotelito neonormando asediado por las gaviotas que patrullaban frente al mar y por los estorninos que piaban en los plátanos de la calle trasera. Una pareja de enamorados empujaba para salir la pesada puerta de cristal, intentando abrir un paraguas. Jules pasó entre sus piernas. Pedí perdón en su nombre y entré en el vestíbulo en el mismo momento en que una señora rubicunda con moño rubio ceniza abandonaba el mostrador, tendiéndole los brazos.

—¿Pero si es mi Julot! ¿Qué estás haciendo aquí, bandido?

El perro le saltó al cuello. Ella lo atrapó con una llave de lucha libre y dieron vueltas haciendo como que luchaban durante treinta segundos hasta que ella se percató de mi presencia.

—¿Señor...? —preguntó con aire reconcentrado soltando al labrador.

Le dije que iba con él. Su cara se iluminó.

—¡Vaya! ¡Estoy encantada! ¿Por qué Alice no me ha avisado? ¡La reserva era para mañana por la noche! No importa, en la 22 tengo a unos alemanes que no llegan hasta las ocho, los meto en la 33 y ya está. Elisabeth Lippens, encantada. Ya verá qué tiempo más bueno, anuncian un mes de julio maravilloso, no se preocupe por la llovizna. Ni un gramo de grasa, pero no está flacucho. Menudos bíceps. No es nada tonta, mi Alice.

Le di modestamente las gracias mientras me despachurraba las falanges y me amasaba los bíceps con la mano izquierda. Con su cháchara inconsistente, más parecía que estuviéramos en la taberna portuaria de una canción de Brel que en un tres estrellas distinguido de la Costa Florida.

—No se lo tome como una crítica —añadió con un guiño cómplice—, pero me encanta verla con alguien como usted.

Reduje unos milímetros el tamaño de mi sonrisa. Eso era antirracismo primario. Como esos pijos biempensantes de los departamentos de recursos humanos que intentaban tranquilizarme: mi problema, en el mercado del empleo, no se debía al color de mi piel, sino a mis diplomas. Vamos, que tenía demasiados. Era demasiado viejo para cargar con todo eso.

—¿Se ha quedado en el coche? Abro la puerta del aparcamiento. Ya está. Guarden el coche antes de que empiece a llover de nuevo, mandaré a Lucas para que recoja las maletas.

Improvisando paso a paso a medida que se desarrollaba la situación, le contesté que Jules y yo habíamos venido en tren. Alice vendría más tarde. Dio un paso atrás sorprendida, y luego directamente mosqueada.

—¿Y cómo va a conseguir venir si el perro está aquí? ¿Qué demonios está

pasando?

Al ver que estaba cambiando el viento, Jules se enroscó entre mis piernas con toda la afectación de que fue capaz. Entonces anuncié a la señora la buena noticia: Alice veía de nuevo gracias a una operación de la córnea. Se quedó con la boca abierta, mirando al labrador, y luego se inclinó de repente para hacerle cosquillitas mientras le sujetaba el hocico.

—¡Vaya, genial! ¡Estás jubilado, querido! ¡Vaya suertudo!

Con una mueca inquieta, intenté hacerle entender que estaba metiendo el dedo en la llaga. Se levantó, apoyándose en el mostrador, y me tendió con alegría una llavecita que colgaba de una enorme seta de latón.

—Bienvenido, está usted en su casa. El perro conoce el camino. ¡Menuda impresión, ya no está ciega! Hace cinco años que la veo tan perdida, la pobre, cuando Julot se marcha a la playa a correr un poco... Vale, él también está de vacaciones, me pongo en su lugar, pero me rompía el corazón ver a una chica tan joven... Y su excelencia, todo el día en el casino. De vez en cuando parece que Dios existe.

La seguí hasta el ascensor, mientras Jules subía como una bala por la escalera. Como me costaba imaginarme al labrador empujando fichas sobre un fieltro verde, deduje de la penúltima frase que Alice salía con un jugador. Mi presencia en su lugar de vacaciones estaba empezando a convertirse en un engorro muy molesto. No había pensado ni un instante que una exciega privada de su perro no tiene ninguna razón de consolarse sola. Me había limitado a creerme lo que decía el veterinario: *por lo que yo sé, no la ronda ningún hombre*. Pero sobre todo, me había dejado influenciar por la seguridad impetuosa de Jules, que hacía de casamentero sin preocuparse por los daños colaterales. ¿Cómo salir de esta situación? Estaba más que claro que la patrona me consideraba el novio nuevo de Alice, que había reservado para dos.

—No quiero pasar por curiosa —continuó abriéndome la puerta del ascensor—, ¿ya la conocía de «antes» o es algo nuevo de este año?

—En realidad, para ser totalmente...

Me interrumpió golosa, diciéndome que sobre todo no quería cometer una indiscreción. Esperaba que la contradijese. Estaba intentando encontrar la forma de animarla a seguir hablando de Alice y de su novio, pero antes tenía que darle algo para evitar que metiera la pata si la llamaban por el camino. Empecé de nuevo mi preámbulo, pero mi voz quedó cubierta por el perro, que se había puesto a ladrar impaciente en el piso de arriba.

—¡Ah! Le encanta su habitación 22 —dijo enternecida—. Dejo que se instalen, tengo hora con el fisio. Nos vemos más tarde. En todo caso, les deseo toda la felicidad del mundo. Ya verá: este hotel da suerte a los enamorados.

Pulsó el botón del segundo y cerró la puerta. El viejo ascensor traqueteante, que olía a cera de muebles y crema solar, se detuvo en un descansillo *art déco* atestado de butaquitas y sillas desparejadas. Jules me esperaba al fondo del pasillo, arañando la puerta. Abrí su habitación 22. Se precipitó al cuarto de baño y en dos segundos lo

revisó todo y me miró con aires de reproche. Me quité la mochila y cerré la puerta. Estaba en un cuarto de niño, con una cama de 70, una cómoda y una mesa bajo la ventana con vistas al mar. Una cortina de rayas la separaba de la habitación principal, donde una cama enorme con edredón amarillo reinaba frente a un balcón con puerta acristalada protegido por un tejadillo de madera. Una gaviota sobre una de las dos sillas de jardín me sostuvo la mirada. Estaba como en su casa, yo debía de ser el servicio de habitaciones.

Jules apareció detrás de mí y levantó las patas contra la ventana, ladrando para que se marchase. La gaviota le miró sin pestañear, desplegando brevemente sus alas tres o cuatro centímetros, como si se estuviera encogiendo de hombros. Los dejé con sus cosas y volví a la habitación pequeña. Llamaban a la puerta. Abrí.

—Buenos días, señor —canturreó una camarera de edad indefinida.

Entró tan contenta, con una escudilla que dejó directamente en el cuarto de baño.

—Buenos días a ti también, Jules, qué alegría verte.

Jules salió de la habitación como un torpedo, se abalanzó sobre la ración de buey con zanahorias y se la merendó en diez segundos, delante del lavabo. Le pregunté a la señora si quedaba alguna otra habitación.

—Oh, no, señor, en esta época del año el hotel siempre está lleno. Que tenga una buena estancia.

En cuanto se cerró la puerta, me tumbé en la cama grande. El cansancio y las emociones del día solo me permitían pensar en una cosa: cerrar los ojos, vaciarme la mente, dormir doce horas. De todas formas, no veía más salida que quedarme de okupa en esa habitación y dejarla libre al día siguiente, a media mañana. Las camareras borrarían las huellas de mi paso y Alice encontraría al llegar una notita anunciándole que su perro la esperaba en la 22. Dejaría mi nombre, mi número de móvil y un breve resumen de los hechos que me habían llevado hasta allí. Y luego, que fuera lo que Dios quisiera.

Jules se subió a la cama y me dio golpecitos con el hocico en las costillas para que me moviera al otro lado del colchón. Luego se tumbó todo lo largo que era haciendo un huequecito en la almohada. Llegué a la conclusión de que estaba ocupando su lugar: el señorito dormía en el lado izquierdo. ¿También expulsaba al amante de su ama al cuarto de los niños, como hacía mi madre con su Jean-Christian cuando se ponía a roncar? Escuché mi propia voz preguntándole:

—¿Qué va a ser de mí, Jules?

Gimió de bienestar desperezándose. Una pata trasera tocó mi pantorrilla y me dejé ganar por su optimismo. Después de todo, solo tenía que encontrar una Quechua XL2 de ciento diez euros, como la que regalé a un vagabundo cuando me mudé a la calle Thermopyles. Acamparía en la colina y de día me instalaría en un café para trabajar y cargar las baterías. Aunque mi teléfono permaneciera mudo, aunque Alice pasara de mí para que su novio no se pusiera celoso, habría logrado un simulacro de vacaciones antes de hacerme cargo de nuevo de mi destino en otoño.

De repente, Jules saltó de la cama y volvió la cabeza para comprobar que le seguía. Como no me movía, se abalanzó sobre la cortina de separación. Le oí abrir la puerta. Seguro que había empujado la manija con las patas. Es muy práctico tener un perro que sabe ir solo a hacer sus necesidades. Cerré los ojos buscando el sueño.

Veinte segundos más tarde, me sobresaltaron sus jadeos. Estaba sujetando la correa entre los dientes. Me la colocó en la mano derecha. Me iba a sacar a pasear. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nunca nadie se había ocupado de mí. Un relente de buey con zanahorias me recordó que no había comido nada desde el desayuno y acepté su invitación.

* * *

Dejó de llover, una luz gris anaranjada aureolaba el cielo entre las nubes. Me arrastró sobre los tablones del paseo y se detuvo ante Les Délices du Pays d'Auge, donde era tan famoso como en el hotel.

—¿Lo de siempre? —le preguntó un vendedor de helados.

Metió a presión en un cucurucho tres bolas de chocolate, caramelo y fresa y dejó todo ello en la boca del labrador, que, de pie apoyándose en el mostrador, había ladeado la cabeza para que no se cayera el helado. Patinó sobre las patas delanteras, volviéndose hacia mí, y me ofreció el cucurucho. Hubiera preferido algo salado, pero no le quise decepcionar. Supongo que estaba repitiendo conmigo un ritual de vacaciones entre Alice y él. Desenganché de sus dientes el cucurucho de barquillo apenas mordisqueado y educadamente me deleité en voz alta mientras la camarera le preparaba más de lo mismo.

Nos sentamos en un banco donde pude admirar su técnica. Tumbado de lado, sujetando contra el pecho el extremo del cucurucho entre sus patas cruzadas, se iba comiendo las bolas a lengüetazos hasta que llegó al cucurucho. Luego se tragó de golpe lo que quedaba, echando la cabeza hacia atrás. Esperó relamiéndose a que yo terminase mi helado. Luego me devolvió la correa y seguimos paseando junto al mar, frente a las refinerías de El Havre, que estropeaban el horizonte de tarjeta postal.

Detrás del portón del club de tenis, las casas se hacían más y más lujosas, auténticas mansiones con acceso directo a la playa. Para mí sería un sueño vivir allí todo el año en una buhardilla con vigas vistas. Sería una prolongación de mi poblado termopílico, donde daría el toque final a mis descubrimientos que cambiarían el mundo, descubrimientos que hasta la fecha no han tenido más efecto que agrandar mi descubierto. De la fabricación de plástico por medio de algas pardas a la transformación de bacterias en agentes descontaminantes, de la recuperación de la energía de los agujeros negros para propulsar cohetes a la invención de plantas

medicinales listas para ordeñar, soy el feliz titular de una treintena de patentes cuya protección me ha arruinado definitivamente y que no impresionan a ninguno de los empresarios a los que se las he presentado.

Mi problema siempre ha sido una combinación de falta de medios y de falta de límites: todo me interesa, todo me dispersa y todo me arruina. Por eso me estoy dando tiempo. Gracias a Jules, gracias al impulso destructor que ha entrado en mi vida en unas horas, ya no soy un fracasado. Lo veo venir. Condenado a partir de ahora a lograr lo imposible sin posibilidad de repliegue, volveré a ser el conquistador beduino que, para dejar a su madre adoptiva con la boca abierta, se lanzaba al asalto del colegio, el instituto, las grandes escuelas... Y triunfaba en todas partes hasta que una traición amorosa le dejó contra las cuerdas. Ya he dejado atrás todo aquello. El inmovilismo, la supervivencia apretada del día a día. Reconstruiré mi corazón, mi reputación, mi futuro, en lugar de abandonarme a la plácida serenidad budista que anestesia mis fracasos pero me deja vegetar sin perspectivas. He recuperado la confianza en mi destino. El perro me ha elegido a mí, aunque Alice tenga otro hombre en su vida. Un hombre a quien quizá no le gusten los animales y que la ha obligado a elegir entre Jules y él. Pues no: se quedará con Jules y conmigo.

«¡Son las 19 horas!», atruena un altavoz. Fin del turno de vigilancia y cierre de la playa. Le deseamos una excelente velada.

Jules me arranca inmediatamente la correa de la mano y se abalanza hacia el mar, imitado por una decena de sus congéneres, que tienen la playa prohibida en horas hábiles, como indican los innumerables paneles triangulares que tachan con una cruz roja a la raza canina. Le contemplo disfrutando en la arena con bóxeres, dogos, pastores y otras razas no identificadas, saltando por encima de ellos con alegría. Reencuentros estivales, olfateos mutuos, peleas lúdicas y carreras vertiginosas entre las olas. Su felicidad despreocupada de repente me da mal rollo. ¿Seré para él algo más que un empleado? Un intermediario entre Alice y él. Un repartidor convencido de que es la cosa repartida.

Los escasos bañistas que se habían quedado a pesar de la llovizna guardaban sus cosas. En una hora la marea habría subido, como indicaba el cartel de la torre de control de 1930 abandonada por los socorristas. El último humano que me acompañaba en la playa, un señor mayor erguido con pantalón de franela, camiseta de niño y gorrito de color lavanda, caminaba hacia atrás trazando, con lentos movimientos regulares, grandes figuras geométricas con el extremo de su azada. Circunferencias impecables engarzadas como un collar, como perlas de diferentes tamaños envueltas en espirales y estructuras helicoidales. Visto desde el cielo, debía de ser magnífico. Me acerqué para disfrutar de la precisión del trazado. Se detuvo, con la azada en el aire, desafiando con la mirada a una ola que lamía el contorno de un círculo. Cuando se retiró, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Mi labrador se acercó al galope, deteniéndose de golpe justo antes del collar de arena. El anciano le dirigió una sonrisa benévola, tocando el sombrero con dos dedos.

—Buenas noches, amigo Jules. Ya se ve que estamos en julio...

En su voz ronca se notaba un deje de alegría maquinal que compensaba el peso de los años. La marca de los solitarios gobernados por una misión, un más allá o una fe.

—¿Qué has hecho de la gentil Alice?

Jules se había tumbado en el exterior del círculo, frente al mar, en postura de esfinge, como si quisiera defender la obra. Contesté por él. El dibujante me escuchaba asintiendo con la cabeza. El anuncio de la curación de la ceguera con un injerto de córnea le entristeció. Suspiró, mirando al suelo:

—Al menos se habrá cumplido el sueño de alguien.

Seguí su mirada clavada en las curvas exteriores, que empezaban a desvanecerse con la subida de las aguas, a pesar de los ladridos disuasorios de nuestro perro guardián. Dije:

—Eso que hace es muy hermoso.

—Cada día me esfuerzo de la misma forma —respondió con un tono que no tenía nada de modesto—. Lucho contra el tiempo, el reuma, los temblores... Tengo que hacerlo.

—¿Es su trabajo?

—Trabajo —repitió como si intentara descubrir el sentido de la palabra.

—¿Es usted artista?

—No, soy limpiador. La humanidad ya no se interesa por mí. Intento comunicarme con fuerzas inteligentes —añadió, despegando los ojos de mí para alzarlos al cielo con aires superiores.

Pensé en los *crop circles*, destrucciones vegetales geométricas realizadas en los campos por bromistas, militares o extraterrestres, según las explicaciones que podemos ver periódicamente en los medios de comunicación.

—¿Y funciona?

Me devolvió la mirada con resignación abrumada.

—¿Y a usted qué le parece? —preguntó, señalando a la marea que laminaba su obra maestra.

—¿Y qué les dice a estas «fuerzas inteligentes»?

—Que vengan a recogerme.

Marqué una pausa, que debió de interpretar como un gesto de respeto, pues me consideró con mayor simpatía. Me animé a decir con un hilillo de voz:

—¿Se refiere a los ovnis?

—Si prefiere hablar del continente, sí. Me raptaron cuando tenía nueve años, durante toda la noche. No me acuerdo de nada, pero desde entonces me aburro. Debí de estar en contacto con una civilización tan interesante comparada con esta...

Pensé que me estaba enfrentando con un amable iluminado, un ufólogo aficionado que enseguida me hartaría, así que me puse a hablar de astrofísica para que entendiera que no era el confidente ideal en materia de hombrecillos grises caídos del cielo. Para mi gran sorpresa, me contestó en el mismo registro. Agujeros negros,

multiversos, fallos espaciotemporales, teoría de cuerdas. Su nivel era muy similar al mío. Quizá superior, incluso.

—He trabajado cuarenta años en el observatorio del pico del Midi como limpiador de lentes. Aprendí sobre la marcha, por ósmosis, en contacto con todos los grandes genios confinados allí conmigo, pero nunca he visto nada interesante, ni siquiera con el Gentilli, el telescopio de 106 cm. Ni ovnis, ni huellas de poblaciones extraterrestres en el sistema solar, ningún indicio de voluntad de entrar en comunicación con nosotros, ninguna alineación de planetas que se pudiera interpretar así.

Se levantó la camiseta. Su pecho estaba sembrado de sombras pardas y rojizas, manchas de nacimiento o enfermedad de la piel. A pesar del vello blanco y de los repliegues de la epidermis, se podía adivinar un vago parecido con las figuras circulares que había dibujado en la arena.

—Es todo lo que me han dejado —comentó—. ¿Es una marca, una firma, un modelo que querían transmitir? Nunca lo supe, así que desde que me he jubilado me esfuerzo por reproducir el dibujo a gran escala por si al verlo se acuerdan de mí. Que sepan dónde estoy y que siga a su disposición si lo desean. Tendrían que darse un poco de prisa, ya voy a cumplir ochenta años, pero quizá a ellos también les interesan solo los jóvenes.

El agua lamíó sus mocasines. Sin moverse, prosiguió en el mismo tono:

—O quizá es que no existen. Son un producto de mi imaginación, nacido de la novela de Lovecraft que estaba leyendo la noche en que la Gestapo se llevó a mis padres. Yo me quedé escondido en el sótano, y me hubiera gustado tanto que me vinieran a buscar... Pero no los alemanes. Los sueños imposibles gobiernan nuestras vidas, ¿no le parece?

Tardé un poco en contestar. Miraba a Jules, que había renunciado a defender la obra maestra y se revolcaba alegremente entre las olas enemigas con una falta de pudor propia de un colaboracionista. Acabé susurrando:

—¿Y las marcas de su piel?

—Quizá está fabricando sus propios estigmas. Como los cristianos que reviven en su carne la pasión de Cristo: la llaga del costado, sangrados, los clavos... Autosugestión. Yo no creo en Dios. Pienso que el hombre es malvado, que solo ha creado al diablo. Espero que en algún lugar del cosmos haya otra forma de humanidad que merezca la pena.

Sacó un pañuelo para limpiar la azada y concluyó con media sonrisa:

—Ante la duda, sigo señalando mi presencia en la arena. Así los días pasan más deprisa y eso da tema de conversación a los turistas. Y también me mantengo más flexible, a pesar de la artrosis. ¿Y usted?

Retrocediendo para apartarse del agua, el viejo precisó el sentido de la pregunta:

—¿Qué hace con el cosmos?

—Nada.

Mientras la marea terminaba de destruir su jornada de trabajo, le hablé del cubo de la basura de mis orígenes, mi régimen porcino contra las algas verdes, cuando Gwendoline me robó la patente, las bacterias, las plantas que ordeño, los *macarons*, mi flechazo con Alice, mis proyectos de futuro: aquella noche en el Flaubert y mañana en una tienda de campaña... Ahora me miraba con una sonrisa franca que le quitaba veinte años de encima. Para él me había convertido en un extraterrestre adoptivo, un vecino de quimera, un hermano de la arena. Y tengo que reconocer que no había conocido a ningún interlocutor tan comprensivo desde mi directora de tesis sobre ingeniería biológica en Créteil, la que me había puesto sobre la pista de las bacterias del yogur, pero no había querido divorciarse para casarse conmigo.

Jules correteaba a nuestro alrededor, contento de vernos hacer migas. De vez en cuando nos traía un palo para intentar ayudar, lo depositaba a nuestros pies y esperaba con paciencia, sin interrumpir, a que uno de nosotros lo tirase al mar. ¿Era posible que el objetivo del viaje al que me había arrastrado no fuera encontrar a Alice sino a este hombre?

Cuando el sol se escondió tras las nubes que cerraban el horizonte, el dibujador de círculos me dijo que se llamaba Maurice Blum y nos invitó a cenar en su casa. Decliné amablemente la invitación, pero su dedo tendido hacia el paseo me hizo cambiar de opinión de golpe. Jules, que parecía buen conocedor de la zona e iba por delante como explorador, nos esperaba cien metros más lejos, delante de la Villa Mariposa. Era una de las casas más bonitas de la playa. Una mansión de ladrillo rosa y piedra blanca, con una torre de pizarra puntiaguda como un lápiz de arquitecto.

Subimos los seis escalones de la escalera podrida plantada en la arena. Cuando abrió la puerta que daba al jardín, Maurice me contó la historia del lugar. Era una propiedad familiar que su abuelo rentista había vendido poco a poco para pagar sus deudas de juego. Le quedaban dos habitaciones en el entresuelo y el piso más alto de la torre. Nos sentamos en sillas de mimbre, en un salón con troneras y papel pintado ancestral, en el que flotaba un olor intenso a soledad, a mitad de camino entre la naftalina y el salitre. Entre las fotos de sus padres, gaseados en Auschwitz, y el retrato de su esposa desaparecida en una grieta en el pico del Midi, cenamos unas patatas fritas con paprika, trucha ahumada de Monoprix, Babybel caducados y compota de bote, todo ello regado con la sidra local. A pesar de todo, la amabilidad sin impostación y la cultura autodidacta de nuestro anfitrión conseguían alegrar el ambiente. Bajo la enorme televisión forrada de formica, Jules roía un hueso de caucho musical con el que parecía tener una intimidad antigua.

Tras el café soluble regado con calvados, nuestro anfitrión sacó una linterna del armario.

—Mi palomar —murmuró tendiéndomela como si fuera el santo Grial—. Allí he vivido mis mejores horas de juventud, mirando las estrellas. Ya no puedo subir, por culpa de la artrosis. Vaya a ver si todavía está habitable. En cualquier caso, será mejor que una tienda de campaña ¿no?

Confundido por la amabilidad de este niño anciano fosilizado, subí al último piso de la torre. Una puerta mohosa daba al palomar, al que se accedía por una escalerilla de madera. Jules subió primero, con una agilidad desconcertante para su tamaño. Rodeado por los chasquidos y el polvo que levantaban las corrientes de aire, aterricé, a la luz de la linterna, en seis metros cuadrados de buhardilla que me dejaron sin aliento. Cuatro tragaluces daban al canal de la Mancha, a Deauville, Le Havre y los palacios que salpicaban los altos de Trouville. Una vista de trescientos sesenta grados, entre la claridad lunar y los gemidos del viento. El único mobiliario era una mesa redonda bajo una lámpara de petróleo, una silla cuyos resortes agujereaban la tapicería, una cama turca en equilibrio precario entre las vigas y los postes de roble. El cristal roto al norte y las egagrópilas por el suelo sugerían la presencia intermitente de una lechuza. La perspectiva de esta vecindad no hizo mella alguna en mi entusiasmo. El labrador acechaba mis reacciones con la discreción atenta de un agente inmobiliario. Bajó tras de mí agitando la cola.

—Nunca cierro la puerta —precisó Maurice—. Puede usar mi cuarto de baño cuando baje la marea.

Es decir: durante las horas en las que dibujaba postales en la arena.

Le dejamos un poco antes de que dieran las doce. Pensaba que me caería de sueño, pero en cuanto entré en la habitación 22 me senté bajo la ventana y escribí para Alice un relato de mi jornada con su perro.

Seis intentos más tarde, me uní a nuestro guía dormido bajo el edredón *king-size*, donde aproveché mi última noche confortable antes de convertirme en el ermitaño de la torre. Con la nariz pegada a la almohada, impregnándome del olor cítrico del suavizante para olvidar los pedos que acompañaban el sueño de Jules, reuní las imágenes que tenía de Alice para soñar con ella, compartir su intimidad en esta cama de vacaciones en la que al día siguiente haría el amor con otro. Me superponía. Me convertía en el *otro*, lo sustituía sin que ella se diera cuenta, por todo lo que había fantaseado conmigo desde Orly: seamos optimistas.

El perro me despertó a las 8:20, chorreando, cubierto de algas y alquitrán. Único recuerdo de la noche: una pesadilla en la que rascaba furioso la tierra de un cementerio para desenterrar un cuerpo. De la fosa excavada por el perro, los sepultureros sacaban un cubo de la basura con una ranura para echar el correo. Allí, Jules echaba mi carta para Alice.

* * *

—Se la puede dar usted mismo, me aconsejó la dueña del Flaubert, retirando mi sobre de la casilla 22, donde la dejé junto con la llave.

Le he contado mi historia con todo detalle mientras Jules se acicalaba en *Vanity-Dog*, en la calle Bains. La hotelera irá a buscarle y se quedará con él hasta la llegada de su ama. Prefiero evitarnos la gran escena de despedida.

—Es una lástima, menudo desperdicio... —suspira la enorme normanda amasando mi rodilla sobre los cojines de *chintz* del bar que se encuentra junto a la recepción.

Animado por su manifiesta toma de partido, intento saber algo más sobre la persona que comparte la vida de Alice.

—No me gusta hablar mal de los ausentes —responde con tono definitivo, sirviéndome otra taza de café—. Cada cual vive como quiere. De todas formas, usted no está mal, pronto encontrará la horma de su zapato.

La podóloga del corazón me despide con un cachete en el muslo, negándose para mi gran alivio a que pague la noche, el desayuno y la peluquería del perro.

—Lo pondré en su factura: es lo mínimo. Le mando un mensaje si veo que se aclara el panorama, ¿vale?

Con la mochila a la espalda y un estado de ánimo con altibajos, como una montaña rusa, abandono el Flaubert con un sol fresquito. Bajo por el paseo hasta la Villa Mariposa. Parece que Maurice se ha quedado dormido: las contraventanas están cerradas y la marea está demasiado alta para él: los que toman el sol ocupan toda la arena disponible.

Le pido prestada una aspiradora al portero y subo a instalarme al palomar, que más bien debería llamar «lechuzar». Tras una hora de limpieza, mi refugio bañado en luz tiene una pinta imponente. Acabo de sustituir el cristal roto por un plástico cuando Jules sube corriendo por la escalera de madera. Lleno de arena y de algas por encima del moldeado de *Vanity-Dog*, me gratifica con un mimo ansioso antes de tumbarse en su versión compacta debajo de la mesa redonda. Un pitido llama mi atención desde la pantalla del teléfono, donde aparece un mensaje de la normanda: *No está en la habitación. ¿Está con usted?*

Es evidente por qué se ha escapado del Flaubert. El pánico. El miedo a enfrentarse solo con su ama, que ya le ha abandonado una vez a pesar de que él no había hecho nada malo. De repente, me veo ante sus ojos de forma diferente. Soy un regalo. Un pretexto, un trofeo, una tapadera. Le trae un hombre para poder colarse otra vez en su casa sin llamar la atención.

Él no duda de mí. Como buen dominante que se apodera sin esfuerzo de la hembra de alguien más débil, me identifica con él; confía en mí para sustituir al tipo de la 22, que no parece gustarle a nadie. Mi Jules no sabe que soy un rechazado de nacimiento. No funcionamos de la misma forma. Yo me quedo discretamente en mi escondite y espero a que llegue mi hora. Le envío a él a primera línea.

Saco la correa, bajo con él e intento arrastrarle por el paseo hacia el hotel, pero descubre enseguida mi astuta maniobra. Se aferra con las garras a los intersticios frenando con las cuatro patas.

—¿Hay algún problema? —pregunta Maurice preocupado, mientras se marcha a dibujar con su azada.

Le describo el problema y me recomienda que no insista.

—Se lo puede entregar a Alice en mano cuando llegue al Flaubert. Siga su instinto: él la conoce mejor que usted.

Sin esperar respuesta, desata la correa. Jules sale como un bólido a apalancarse en la torre. Resignado, le mando un mensaje a la mujer para que se quede tranquila y le pido que me avise cuando llegue Alice: será una sorpresa.

—¿Está usted bien instalado? —se informa Maurice.

—Sí, todo perfecto. Muchas gracias. Si tuviera un par de yogures...

Como le había hablado la víspera de mis trabajos bacterianos, se apresura a sacar de la nevera los dos yogures que quedan. Marca Vitamia, sabor a vainilla.

—¿Le valen?

—Por supuesto. Vive mucha gente aquí dentro.

—¿Ah, sí?

—*Streptococcus thermophilus* y *Lactobacillus Bulgaricus*, entre otros. Las bacterias vivas más receptivas.

—¿Y le responden?

—Reaccionan a distintos estímulos, sí.

Me contempla con un poco de envidia, suspira:

—Tiene usted suerte.

Y se marcha con la azada al hombro para comunicarse con los indiferentes del cosmos.

En trouville todo encaja perfectamente. La gente, el ambiente, las perspectivas, la luz... Todo se ajusta a las imágenes que me habían sugerido los sonidos, el viento, el yodo, el grano de las fachadas, la arena bajo mis pies, el olor a bosque que llega de la colina bajo la caricia del sol o las agujas frescas de la llovizna. Todo es bonito, feliz, ligero, a pesar de la densidad de la muchedumbre estival. Esta belleza es desgarradora. Esta mezcla de intimidad pueblerina y de espacio infinito cuando se retira el mar, este rumor que se aleja a medida que avanzamos por la playa con la marea baja, este silencio roto por las gaviotas y por ladridos que no son de mi perro. Estas vacaciones que ya no serán las nuestras.

Mis sensaciones se pueblan con la felicidad de Jules, recuperando sus instintos de cazador marino, de verano en verano, que me hizo amar estos lugares, estas horas, este ritmo... Mucho más que las descripciones de Fred. Del hotel a la playa, sin tener que cruzar calles, ni gestionar imprevistos, volvía a ser un perro libre, despreocupado, normal, con el único objetivo de comer, jugar, bañarse, pelear y disfrutar del amor de su ama. ¿Por qué me habré rendido a los argumentos de Haussmann? Debería haber convertido los días que le queden en eternas vacaciones, una jubilación feliz en la que yo hubiera compartido con él mis emociones visuales. Un perro guía no es solo una máquina de guiar, un mecanismo que se encasquilla cuando deja de cumplir su función. Haussmann olvidó el amor, los mimos, el ritual de los helados, los juegos, todos los códigos que no tienen que ver con el entrenamiento, sino con la vida en común. Con este vínculo único, insustituible, que me une a Jules desde hace siete años.

No me atrevo a decírselo a Fred, que no me deja ni un segundo, pues cree que la soledad agravará mi depresión y que, desde que hemos llegado, me ha seguido descalza por la marea baja, ella que detesta descalzarse, caminar, nadar, perder el tiempo fuera del casino. No le he dicho nada, pero ya he tomado una decisión. Dejo que se ponga con la ruleta, que se reencuentre con sus compañeros de póquer y me vuelvo a París con el primer tren. Paso a recoger el móvil por la Federación, me hago con la dirección del ciego que han adjudicado a Jules, voy a buscarlo y *dejo que él elija*. Lo siento si es egoísta, lo siento si rompo una relación que se está formando, lo siento si mi perro se perturba: prefiero asumir el conflicto a hundirme en los

remordimientos. Con la obsesión de haberme equivocado al hacer caso a un loco de la eficacia, un gestor de crisis que no tiene en cuenta el afecto al adjudicar a Jules como si fuera un mueble que se subasta. ¿Y si su drama no fuera haberme perdido como ciega sino haberme perdido? ¿Haber comprendido antes que yo que le abandonaría pues ya no me resultaba *indispensable*? Eso es, y no el paro, lo que puede hacer que se muera de pena.

¿Cómo he podido dejarme convencer de que para él un ciego sustituye a otro ciego? Yo nunca podría tener otro perro. Jules está tan condicionado por mis sueños, mis percepciones, mis reflejos que inevitablemente sigue reaccionando en función de mis cosas, incluso a distancia. Haussmann ha metido la pata, ahora estoy segura. Por mi parte, la actitud egoísta es precisamente la que él recomienda: volar los puentes. Si realmente mi perro se ha creído abandonado, la única forma de ayudarlo a crear una nueva relación de asistencia con un tercero es mostrarle que le sigo queriendo, que todo va bien, que le doy permiso para que se consagre a otro.

—Bueno, ¿nos vamos a cenar? —sugiere Fred, ocultando su desazón con un tono de institutriz—. Yo no sé a ti, pero a mí las arenas movedizas me dan hambre.

Damos media vuelta. No pensé que nos hubiéramos alejado tanto. Una de las facultades que he perdido al recuperar la vista es el sentido de la duración. La evaluación de las distancias. Trouville, sus casas en miniatura y su colina arbolada se parecen a las ciudades de cartulina en las que pasaba los domingos de mi infancia, cuando el mal tiempo no me permitía salir. Construía, cortando, pegando y doblando, calles muy limpiatas, que pisoteaba con una violencia jubilosa en cuanto terminaba. No me gusta demasiado el ser humano que era antes de la noche de mis diecisiete años. Y tengo la impresión de que es su reflejo lo que veo en los espejos.

—Estos quince días te van a sentar muy bien —decreta Fred con un tono que no admite réplica.

Quiero huir. Miro el reloj. Su regalo de curación, un Cartier de oro blanco. En cuanto lleguemos al restaurante, haré una escapada al baño. Dejaré una nota en la caja y me largaré corriendo: un taxi a la plaza del Casino, la estación, el tren de las 19:50. Lo siento, Fred. Prefiero herirte de esta manera que con mis palabras o mi silencio. Al menos tendrás una razón auténtica para enfadarte conmigo. O para comprenderme. Lo supe en cuanto entramos en la habitación 22: soy incapaz de pasar una noche en Trouville sin mi perro.

Nunca en mi vida he trabajado tan bien. Al borde de la escoliosis y de la tortícolis, con los muelles que me pinchan en el culo y las corrientes de aire, tengo la mente clara, convincente, firme. Produzco en cadena notas de intención políticamente inatacables, perspectivas de beneficios a las que la industria farmacéutica no se podrá resistir. Las soluciones técnicas se combinan con aplicaciones inéditas, eslóganes impactantes.

A las 18:40, Jules se empieza a agitar. Lo que le pone en este estado no es el cierre inminente de la playa que le dará acceso libre al mar. Me parece que esta vez es más una ansiedad febril que la mera excitación, pero ahora no puedo parar. Araña la barandilla, recoge la correa con los dientes, me mira fijamente. Luego deja la correa y se pone a hurgar en mi mochila para sacar el arnés. Lo deja a mis pies, espera. Ladra. Espera.

Pierdo el hilo de mis pensamientos, siguiendo a mi pesar su razonamiento: el arnés es su identidad de trabajo, su orgullo, lo que le recuerda a Alice. Le tranquiliza parecerse a su última vez. A mí me pasa lo contrario. No tengo intención de reactivar al vendedor de *macarons*. Dejen paso al hombre del futuro, al inventor, al salvador del planeta.

Me pongo de nuevo a teclear, tan febril como él, intento ponerme en el lugar de un industrial o de un banquero excitado con mis argumentos. Sí, que los embalajes sean biodegradables cuesta diez veces más que añadir simplemente un treinta por ciento de azúcar al material de las bolsas de plástico, para que mis bacterias las desintegren en treinta y seis horas en lugar de en cuatro siglos.

Leo mis argumentos en voz alta, analizo su impacto sobre un cerebro pragmático. Tres ladridos desgarran el eco de mi síntesis.

—¡Deja!

Se calla, se queda inmóvil, luego coloca las patas delanteras sobre mis notas.

—¡Échate!

Apoya la cara en el teclado. Lo empujo, estoy harto.

—¡Quieto! ¡A tu sitio!

Me mira con incompreensión absoluta. Se acerca a la escalera, tiende la pata hacia el vacío, para que sepa por donde tenemos que ir. Su sitio es allí. El hotel, donde sin

duda Alice acaba de llegar.

—¡Jules, he dicho «échate»!

Vuelve hacia mí, arrastrando la cola, gimiendo. Da diez vueltas sobre sí mismo antes de tumbarse hecho una rosca al pie de mi mesa, implorando con los ojos. Vuelvo a mi pantalla. No estoy listo, muchacho. Tengo que terminar esto, ir a buscar a Alice con un proyecto arrebatador, no como un buen chico que lo ha perdido todo por culpa de su perro.

Ha cerrado los ojos y renuncia a presionarme. Su hocico descansa sobre sus patas cruzadas. O comprende mis razones o comparte mi terror. Es mejor retrasar el veredicto. El miedo al rechazo. A mirar la realidad de frente. La peor de las realidades posibles, tanto para uno como para otro: Alice es rigurosamente monógama y tiene un perro nuevo.

Levanto la nariz. Jules también. Somos incapaces de concentrarnos, es un hecho. Incapaces de sustraernos a la cita, de dejarlo estar, de aceptar el vacío y la abstracción. Grabo el documento y apago el ordenador.

En ese momento, descubro el mensaje en el teléfono: *Había salido a comprar, disculpe. Me dicen que ha llegado hace más de una hora. Ha vuelto a salir. Ánimo.*

Me abalanzo sobre la cazadora y le presento el arnés a Jules, que ya no lo quiere. Ha cambiado de opinión. Se mostrará tal y como es ahora, sin aferrarse a los recuerdos. Libre, autónomo, errante. Como yo. No sé si es antropomorfismo o si mis pensamientos influyen en el perro, pero parece que ahora nos mueve la misma determinación, nos recorre la misma esperanza. Si yo soy un hombre nuevo, él será un perro nuevo.

Nos arreglamos. Le cepillo con mi peine, me peino yo sin quitar sus pelos. Cada uno adquiere el olor del otro: ahora somos indisociables.

Baja la escalera el primero y salimos de Villa Mariposa por el jardín de grava que da al mar. Camina por el paseo con la cabeza bien alta, sin olisquear, sin buscar pistas. Sabe adónde va y yo me mantengo a su altura, como si también lo supiera.

Tras media hora de suspiros extenuados entre los gorgoteos de la marea y los chasquidos de las conchas, Fred se deja caer sobre una silla de enea del Galatée, nuestro bar favorito en el paseo. Todas esas puestas de sol flamígeras, que me describió con detalle en la mesa 14... Ya no necesitará hablar con la boca llena. Se acabó la aerofagia y la irritación en las mesas contiguas. Me quito las gafas negras y las dejo sobre el mantel entre nosotras dos.

—Un buen paseo. Gracias, Fred.

—¿Estás contenta? ¿Ya no estás cabreada?

—No estoy cabreada. Pienso en Jules, eso es todo. ¿Tú no lo echas de menos?

—Te echo de menos a ti. Estás tan ausente... Es peor que en París. En París estabas dispersa, mirabas a todo el mundo. En el barco huías de mí. Aquí, ni siquiera. Me he vuelto transparente.

Su voz se quiebra. De repente se apodera bruscamente de mis gafas negras y se las pone. Casi se saca un ojo con una patilla. No puedo marcharme sin decir nada, abandonarla como pensaba hacer. Tengo que encontrar las palabras adecuadas.

—Lo siento, Fred. Ya sé que no soy la misma. Necesito encontrar puntos de referencia, necesito tiempo...

—¡Y yo ya no puedo verme en tus ojos! Me siento fea, me siento vieja, me parece que sobro. No importa. ¡Vamos a pedir! —Sigue alegremente para cerrar el paréntesis, con ese sentido del patinazo controlado que tanto me gustaba antes.

La camarera se acerca al tercer chasquido.

—Es nueva. ¿No está Colette?

—¿Quién?

—La dueña.

—Pues no. ¿Por qué?

—No importa. Tres docenas de ostras y dos lenguados. Uno a la parrilla y otro Meunière.

—Marchando.

Espero a que la camarera marque el pedido en la pantalla y digo para que conste:

—No me has preguntado qué quería.

—Es el tipo de pregunta que prefiero evitar.

Me sonrío, dulce, como suele hacer cuando acaba de confesar algo y lo lamenta. No tengo ni idea de qué decir ahora. ¿Cómo hacer que vuelva entre nosotras esta dulce connivencia sin rodeos que echo de menos pero que ya no me basta? Se sube las gafas hasta el pelo. Es impresionante lo rápido que se le secan los ojos.

—Yo sí sé lo que no quiero, Alice. Que la gente me tome por un salvavidas. Un salvavidas viejo al que aferrarse. No soporto que inviertas los papeles. Que les parezca que te doy pena. Lo que decían a mis espaldas *antes* no me molestaba.

—¿Y qué decían, Fred?

—Tengo suerte de que seas ciega, me aprovecho de la situación para tirarme a una belleza que no me merezco... A mí ya me valía, era perfecto para mí. Pero lo contrario, ¡nunca! ¡Dar pena, jamás! O te quedas conmigo por razones auténticas, porque te doy paz y los otros te dan miedo, o te dejo. En mi posición puedo tener a todas las mujeres que quiera, ya lo sabes. Te quiero como antes, pero nunca soportaré que finjas.

Tomo sus manos entre las mías. Espero haber encontrado el tono adecuado:

—No estoy fingiendo, Fred. Simplemente, estoy perdida, eso es todo.

—En una encrucijada. Es normal. Pero date prisa en decidirte, estas situaciones no me van.

Nos soltamos las manos para dejar sitio a la cesta del pan. Ella pide mantequilla, quisquillas y bígaros. Luego, sin transición, se pone a hablar de mi futuro. Me recuerda que pasado mañana cenamos con tres de sus clientes en el Normandy.

—Si renuncias a la pintura, puedes hacerte modelo. Sería genial una campaña para Afflelou. Ya estoy viendo el eslogan: «¡Ya no está ciega, necesita gafas!» y aprovechamos para hacer una campaña para captar donantes de córnea. Estoy segura de que Alain lo aprobará. ¿Te va?

Digo que por qué no. Estoy tan contenta de verla más animada, volver a ser como antes, cínica y generosa, intrépida y cautivadora. Tiene razón: no vamos a invertir los papeles. Ella se merece algo mejor. Yo solo soy una chica atractiva como muchas más, eso es todo. Al perder mi minusvalía, he dejado de tener interés, lo sé muy bien. Por mucho que se esfuerce, nunca me convertirá en algo extraordinario. No tengo el perfil. No tengo ego, no tengo verdadero talento, no tengo ambición, salvo la de ser autónoma, feliz y franca. La voy a decepcionar enseguida y me dejará. Al menos, su orgullo quedará a salvo. Su imagen despiadada quedará intacta entre sus relaciones. Detesto esta palabra.

Saco la miga del pan. La convierto en bolitas mientras ella se pone nerviosa porque no traen el vino. La gratitud y la ingratitud luchan en mi interior. La estabilidad que le debo y las ganas de largarme. No es mi salvavidas, no. Es mi ancla.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Para mí eres importante, Fred. Como antes.

—¿Entonces no ha cambiado nada? —Lanza con un tono lleno de sarcasmo.

—Todo ha cambiado, excepto tú.

—¿Y eso es una cualidad o un reproche?

—Dame tiempo para hacerme cargo de lo que me pasa, eso es todo.

Un perro ladra a mis espaldas. Desde que hemos llegado, me sobresalto con cada ladrido. Me obligo a no volverme, para no desairarla, pero su expresión petrificada me avisa. Su pincho de caracoles se ha quedado suspendido sobre el plato con un caracol ensartado. Y la voz. La voz a mis espaldas:

—Disculpen...

Cierro los ojos. No me muevo, anegada por la emoción. Conservar un segundo más la imagen mental que ha vuelto a mí y me invade. El golpe de teatro inverosímil que solo puede ser una esperanza falsa, una similitud vocal, la influencia del último recuerdo significativo de mi vida de *antes*...

La pata se posa sobre mi rodilla. El hocico sobre mi muslo.

Espontáneamente, le hace fiestas. Luego retrocede, con los ojos bajos. Tiene miedo a que le regañen. O todavía no la ha perdonado. Yo lo único que veo es la mano que estrecha Alice entre las suyas. De repente, he comprendido el curioso tono de voz del doctor Haussmann al garantizarme que «no la ronda ningún hombre». Este perro estúpido me ha destrozado la vida para arrojarme en los brazos de una lesbiana.

—¿Le conoces? —pregunta la otra mujer.

Me lanza la misma mirada que la gaviota de la 22. Ojerosa, con las mejillas hundidas y la barbilla firme, el pelo decolorado, casi malva, era una síntesis entre Françoise Sagan y Michel Polnareff.

—Oh, sí que le conozco... murmuró Alice sonriéndome como si mi cara le resultase familiar. El señor Macaron.

Y se arrojó a mis brazos, para acribillarme a preguntas:

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Cómo me ha encontrado? ¿Por mi número de tarjeta?

Con su cuerpo pegado al mío, me iba tragando con amarga ironía todas mis fantasías. Jules se había puesto de pie con una pata encima de cada uno: la alegría de la misión cumplida o el miedo a quedar excluido. Ella se apartó para mirarme, haciendo caer al perro. Sus ojos eran un asesinato. Desde nuestro encuentro, con las gafas negras que no dejaban adivinar nada, le había adjudicado muchos colores. Había intentado con el gris, el azul, el verde, el violeta... Ni se me había ocurrido este amarillo pajizo. Pero ya se estaba impacientando con mi silencio:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué están juntos? ¿Ha habido algún problema con su amo? ¿Se ha escapado? ¿Lo ha robado? No me diga que lo ha robado. Pero siéntese. Esta es mi amiga Fred. Cuente.

Emanaba de ella una mezcla conmovedora de pánico y entusiasmo. Un terror jubiloso. Tenía delante a una niña recién estrenada en un cuerpo de diosa y la emoción se me agarraba a la garganta.

El perro nos miraba alternativamente, preocupado, cerrando el paso a los camareros, que saltaban por encima de él y se quejaban.

—¡Pero diga algo! —dijo su amiga, nerviosa.

Le dije que estaba aparcado en doble fila y me esperaban para cenar y le entregué

a Alice el sobre que la mujer del hotel me había disuadido de dejar en el casillero de la 22. Precisé a mi pesar que allí encontraría un relato de mis aventuras, pero que para ella y Jules el cuento había tenido un final feliz. Les deseé buen provecho y me largué.

En el momento en que llegaba a la salida del restaurante, el perro se adelantó, derribando una bandeja de marisco, y se tumbó bloqueando la puerta.

—Jules, por favor, déjame pasar.

Me desafiaba con pequeños ladridos. Como si me fuera a caer por un barranco si no le hacía caso. La actitud que habría tenido cien veces con Alice. Entonces reaccioné de una manera que todavía me avergüenza, pero que sin embargo también es uno de los pocos momentos de orgullo de mi vida. Allí donde todavía tenía las marcas de la fusta, le di una patadita ligera, desenvuelta, humillante. El tipo de patada «estás molestando, guapo». Se levantó de un salto, me miró por última vez, una mirada que me rompió el alma, y se volvió a la mesa de sus amas.

Yo, que nunca había estado en condiciones de elegir, acababa de ayudarle a decidirse.

Fred quería correr detrás de él. Se lo impedí. Me senté y le abrí los brazos a Jules, que caminaba hacia la mesa. Él no me hizo caso y se tumbó bajo mi silla. Como si solo fuera un segundo plato. Macaron también le había abandonado, así que volvía a mí.

Mis dedos temblaban al abrir el sobre. «A la atención de Alice Gallien, habitación 22». Las palabras temblaban ante mis ojos. La emoción, el sol poniente, que había estado mirando. No conseguía enfocar.

—¿Te importa?

Me tendía la mano. Le pasé la carta. Ella declamó, con voz monocorde:

—«Hola, Alice Gallien, me llamo Zibal de Frèges. Nos conocimos en Orly, el día en que se marchaba a Niza. Lo primero, quiero felicitarla por el éxito de su operación, pero debo informarla de que, por razones que no me corresponde a mí juzgar, su labrador, maltratado por su nuevo ciego, se ha fugado para reunirse conmigo en el aeropuerto. El encuentro ha sido bastante devastador para el puesto de *macarons*, lo que, por otra parte, me ha permitido volver a mi verdadera profesión, la investigación científica. Así que, por mi parte, todo va bien, no se preocupe. En cuanto a Jules... Tras unas cuantas peripecias, que le contaré si le apetece y me llama al 06 01 22 28 13, el doctor Hausmann lo ha jubilado anticipadamente y ahora es de nuevo su propietaria. Les deseo a los dos la mayor felicidad posible, porque se lo merece: su olfato y su amor le han guiado hasta aquí, yo me he limitado a seguirle. Salvando algunos pequeños incidentes puntuales, estoy contento y orgulloso de que me haya elegido como acompañante. Eso es todo. Hasta pronto, espero. De todo corazón». Firmado: Z.

Debajo de la rigidez átona de la lectura, asomaban los diferentes rostros que le había prestado antes de descubrirle, tan sencillo, tan guapo en su dignidad paupérrima, su desfase, su desazón. Fred dobló la carta de nuevo, la metió en el sobre y lo dejó entre nosotras, susurrando, mientras me miraba fijamente a los ojos:

—No estoy segura de que me esté gustando esto.

Para ganar tiempo, llamé a Jules. La congoja que percibió en mi voz le hizo salir inmediatamente de su escondite. Le abracé con todas mis fuerzas, sin retener mis lágrimas.

—Mi perro, te he echado tanto de menos... No me puedo creer que estés aquí. Todo va a salir bien, ya lo verás, inventaremos una nueva vida. Ahora podré descubrir tantas cosas contigo... ¿Te das cuenta? Y ya verás, hay tantas cosas nuevas que ahora podrás hacer...

¿Cómo es posible ser tan sincero y hablar con tanta falsedad? Bajó las patas de mis muslos y posó el hocico sobre mis rodillas, listo para recibir órdenes, para atender a mis deseos, ocuparse de la intendencia, el transporte, la seguridad. Como antes. Como siempre. Pero me parecía frío. Profesional, eso es todo. Era como si nos reconociéramos, pero entre nosotros faltaba algo. Alguien.

—No, porque, bueno —prosiguió Fred—, no quisiera que el señor Macaron nos tome por imbéciles. A ver si te ha traído el perro gratis, con un impulso de *boy-scout*, sin pedirte nada a cambio...

Murmuré:

—Pues es lo que parece.

—No me tomes el pelo, ¿vale? ¿Has visto cómo te mira? Sabe que somos pareja, seguro que Haussmann y la dueña del Flaubert no se han privado de cotillear sobre mí, y ya lo has visto: hace como si no existiera. Parece tu perro. Y hola, Jules.

Con un discreto empujón, le incité a la diplomacia. Se acercó a saludar. Ella le dio un trozo de pan con mantequilla. Jules me miró. Cuando le permití que aceptase, lo devoró.

—Ya veo que, al menos, desde ese punto de vista no ha cambiado nada —suspiró Fred—. Así que, decía, ese misterioso caballero andante, que pasa sin transición de los dulces y pasteles a la investigación científica, sabe de sobra que le debes un buen favor y espera a que des el segundo paso. Un tío muy listo. Y nada mitómano. ¿Te gusta?

No contesté. Podía comprender su agresividad, su mezquindad frente a la bondad alucinante que irradiaba aquel hombre, pero no las iba a admitir. Repliqué:

—Cuando te conté cómo había salvado a Jules de la bodega, dijiste que estaba exagerando su papel. Ya ves que no.

—Mira, me voy a poner en tu lugar. Un estilo de jeque del desierto, unas gotitas de sangre árabe principesca, Cenicienta haciendo de príncipe azul, no hace falta más para reconciliarte con los tíos. Bueno, me parece que se me ha pasado el hambre, qué curioso. Si me necesitas, estaré en el Casino. Así podrás llamarle tranquilamente y aprovechar la mesa. Tendréis doce mil cosas que contaros.

Le sujeté la muñeca para que se volviera a sentar. Machaqué a media voz:

—Uno: ha quedado para cenar, ya lo has oído. Dos: estoy cenando contigo. Tres: te recuerdo que no tengo móvil.

Con una sonrisa ladeada, marcó un número en su BlackBerry y me la pasó.

—Vale. Mándale un mensaje para quedar mañana a comer: yo me iré a jugar al póquer.

Jules me pidió una caricia. La tensión, el rencor temeroso que me manifestaba

con razón se estaban disipando, lo podía percibir, y con ellos, la opresión que sentía en el pecho. Con la mano izquierda entre sus orejas, posé la derecha sobre el teléfono de Fred. Y oí mi voz decir:

—¿Me dictas?

Creo que eso la emocionó tanto como a mí. Improvisó de golpe:

—«Querido Z, coma, acabo de leer su carta y no me puedo creer lo que ha hecho, punto. No me conteste a este número, que es el de mi amiga Fred, dos puntos: si está libre mañana a las 13 horas, coma, deje un mensaje en el hotel Flaubert y nos veremos en el Galatée». Añades un emoticono, o un beso, como prefieras. Así le animas a que saque el armamento y sabremos a qué atenernos.

Envié el mensaje, sin dejar de mirarla. Había marcado mal, el número terminaba en 13, y no en 12. Preferí no decir nada. Acto fallido o estrategia barata, me parecía conmovedor. Era inútil herir su orgullo una vez más. Llamaría desde el hotel.

Como se daba cuenta de que le iba a devolver a su bienhechor, Jules se puso a lamerme la mano. Lo abracé aspirando con todo mi corazón su olor a algas y avellana que tanto había echado de menos.

Zibal de Frèges. Me gustaba el nombre. Le pegaba mucho, aunque me costaba dejar de llamarle Macaron. En tres semanas te acostumbras enseguida. Un apodo puede desencadenar sensaciones que no provoca el nombre auténtico de la persona.

—Alice... ¿Podrías funcionar con un tipo como este?

La trivialidad de la pregunta y su fingido desinterés me desestabilizaron más de lo que esperaba. Con un reflejo de delicadeza, dije:

—Es tan amable que será gay.

—No hay que hacerse ilusiones.

El *maître* vino a presentarle el vino. Con una elegancia magnánima y triste, contestó:

—Lo va a probar la señora.

Al volver a Villa Mariposa cruzando el pueblo, a través de las calles ruidosas, llenas de niños y gaviotas, pasaba alternativamente de la exaltación al remordimiento, del orgullo a la autocompasión. Me parecía que era un tipo heroico, suicida, cobarde, admirable e imbécil. El encanto inaccesible de Alice Gallien me rompía el corazón. Lo ridículo de mi situación. Lo grotesco de mi sacrificio. El desperdicio. Esta reacción de despecho disfrazada de abnegación. Tanta crueldad con Jules.

En cuanto me abstraí en mi trabajo, dominando las luces de Trouville desde las cumbres de mi torreón batido por los vientos, comprendí que mi destino simplemente me había traído lo que yo le había pedido. Volver a darle sentido a mi vida. Invertir la espiral del fracaso, recuperar la confianza en mis conocimientos y mis ideas. Romper con la amarga inercia de las ilusiones perdidas.

¿Era casual que la persona que había puesto a mi disposición este despacho extraordinario fuera como yo un solitario buscando lo imposible, un obstinado que entregaba a la marea su obra maestra diaria, un obrero de los sueños que no interesaba a nadie? El instinto del labrador no me había conducido hacia una historia de amor, sino hacia un lugar de trabajo, de inspiración, de reconquista, a través del encuentro con su antiguo amigo de la playa. Todo tiene un sentido, a nada que tengamos un objetivo. El azar sonríe a los que están preparados, como dice el proverbio árabe. Tenía el corazón mortificado, pero la mente clara. Me había reencontrado conmigo mismo, al servicio de un ideal que volvía a ser transmisible.

Mi teléfono vibró. Un número que empezaba por 02, debía de ser el Flaubert. La llamada se interrumpió al segundo timbrado. Esperé unos instantes mirando la pantalla. Ningún mensaje. Dudé en llamar a Alice y luego decidí respetar su cambio de opinión. Me puse a trabajar de nuevo, con el torso desnudo en el bochorno de la torre.

* * *

Unos golpes me despertaron sobresaltado. Un rayo de sol acariciaba mi mejilla apoyada en el teclado. Estaban llamando insistentemente a la puerta, al pie de la escalera.

—¡Somos nosotros!

Me enderecé de golpe. Mi cabeza chocó con una viga. El golpe me hizo agarrarme a la mesa, que se vino abajo. De chiripa, salvé de la caída el ordenador y los papeles.

—Estaba abierto. ¿Podemos subir?

—Sí, sí...

No había terminado de librarme de la jaula de madera formada por las vigas cuando Jules apareció en la escalera. Llevaba un paquete de cruasanes en la boca. Detrás venía Alice, con chándal azul, sujetando un vaso de cartón con tapa de plástico.

—Sé por experiencia que el café de Maurice no se puede beber. ¿Ha dormido bien?

Estaba luchando con las mangas de la camisa, que me acababa de poner. Alice se detuvo de golpe ante los dos yogures con sus electrodos.

—¿Es la investigación científica de la que hablaba?

—Eh, sí —tartamudeé abrochándome los vaqueros.

Calmé los latidos de mi corazón enseñándole la impresión del electroencefalógrafo. Le mostré cómo las bacterias lácticas habían reaccionado cuando ella entró en el palomar. Un pico tan significativo como el del yogur A cuando le daba azúcar al yogur B.

—¿Se pone celoso?

—No, percibe las cosas. Como los animales y los árboles perciben nuestro estado emocional y nuestras intenciones. La «percepción primaria» —la interconexión de las bacterias, si prefiere— fue descubierta en los años setenta por el ingeniero Cleve Backster. Lo puedo confirmar, porque he repetido sus experimentos.

Leía en su rostro cómo pasaba de la picardía a la perplejidad. Creía que le estaba diciendo lo primero que me pasaba por la cabeza, pero era consciente de lo que había tras las palabras.

—¿Tengo que entender que sus yogures leen mis pensamientos?

—No es extraño: nosotros mismos estamos formados por un noventa por ciento de bacterias.

Tomó nota de lo que le decía con un chasquido, y concluyó:

—No me extraña que le caiga tan bien a Maurice. Yo soy muy cartesiana, discúlpeme.

Me apresuré a contestar:

—Yo también. Descartes fue el primero que estudió, en 1646, la influencia de nuestras emociones sobre el azar.

—¡No me diga que usted también juega!

Enrojeció de golpe. Ya sabía por qué, pero no lo dejé ver. Me limité a responder que no tenía medios suficientes. Enseguida cambió de tema:

—Yo solo estudié hasta el bachillerato, desgraciadamente. ¿Qué carrera hizo?

—Tres años de acceso a las grandes escuelas, seis meses en Ciencias Políticas y luego agronomía, ingeniería informática, biología, astrofísica... Hice la tesis sobre la termodinámica de los agujeros negros y ahora estaba preparando otra sobre la transformación de las bacterias en agentes descontaminantes.

Es decir: cuando te miro, todo lo demás desaparece, y sí, por favor, por favor, que te gusten los hombres. Su sonrisa vacilante me hizo salivar.

—Pero mi única experiencia profesional fue con los cerdos. Mejorar sus condiciones de vida abominables suprimiendo los problemas que generan. Me gustaban mucho.

—Seguro que Jules se dio cuenta.

Amasaba la cabeza de Jules, que estaba concentrado en los cruasanes que le colgaban del hocico.

—Quería darle las gracias en su nombre. Y además, no he tenido elección: me ha arrastrado directamente hasta aquí.

Me tendió el vaso de café. Estaba hirviendo, lo dejé sobre la mesa. Vi que estaba mirando la cama turca, la manta doblada y sin abrir. Pasó un ángel. Le dije que, a propósito, tenía algo para ella yo también. Busqué en la mochila y saqué su iPhone.

—El doctor Haussmann me pidió que se lo devolviera si la veía antes que él.

—Ya lo sé, le llamé anoche desde el hotel.

—Ah. Se lo ha contado.

—Me lo ha contado.

Le tendí el móvil. Sus manos estaban en el bolsillo del chándal. La derecha tembló un poco. Como si respondiera a una señal, deslicé el teléfono entre su palma y el forro del bolsillo. El contacto de mis dedos con su muslo le hizo enarcar las cejas. No estaba seguro de si debía interpretarlo como un reproche o como la evidencia de una sensación. Estábamos frente a frente, a veinte centímetros de distancia. Ella era consciente de mis dudas y yo percibía su reserva.

Jules gimió, sujetando con los dientes la bolsa de cruasanes, para llamar mi atención. Era como si me estuviera pidiendo perdón por la patada que le había dado la víspera. Alice no debió de interpretar bien mi emoción y se sintió en la necesidad de precisar:

—Bueno, cuando decía que me arrastró directamente hasta aquí... Hicimos una parada técnica en la panadería: no quería llegar con el hocico vacío. Creo haber entendido que le ha causado algunos problemas. ¿Son muy graves los «incidentes puntuales» de los que hablaba en su carta?

Para ocultar mi turbación, me agaché frente al Labrador.

—Soy yo quien tiene que pedirle disculpas. No quise imponer mi presencia anoche y fui un tanto brusco con él... Perdona, Jules.

Avancé la mano. Creyó que quería quitarle los cruasanes y dio un salto de lado para jugar. Yo me levanté, al quedarme sin apoyo. Volví a los ojos de Alice. Ella volvió a meterse las manos en los bolsillos y alzó la barbilla.

—En realidad, no, señor Macaron, no estoy aquí casualmente. Lo siento, no consigo devolverle su nombre.

Dio un paso en mi dirección. Su forma de mirarme fijamente para no perderse nada de mis reacciones, mis sentimientos, mi turbación, me desestabilizaba. Supongo que después de tanto tiempo sin ver, los ojos no responden a la buena educación. Nos olvidamos de apartar la vista.

—Verá, Zibal de Frèges, hay algo terrible para un perro: es cuando trae un palo a una persona que no lo quiere.

Se me aceleró el corazón. Consciente de mi ridícula situación, le pregunté cuál de nosotros dos era el palo. Ella se pegó a mí, suavemente me puso las manos sobre los hombros para acercar mis mejillas a su boca.

—Gracias por haberle evitado la bodega. Gracias por habérmelo devuelto.

Un beso en mi mejilla derecha, otro en la izquierda, para puntuar las dos proezas de mi existencia. Me llegaba su aroma de jazmín por encima de mi olor a sudor que no parecía incomodarla. Contesté:

—Gracias por estar aquí, Alice.

La tomé suavemente por la cintura y adelanté los labios. Ella alejó la boca con un requebro. Una manera deliciosa de rechazarme pegando su vientre al mío.

—En realidad no he venido en absoluto para esto.

—Casi lo prefiero. Después no interpreto bien las cosas, pierdo los papeles y me culpabilizo.

—¿«Después»... de qué?

—Después... de los impulsos que interpreto equivocadamente.

Sin despegarse, preguntó:

—¿Y le ocurre con frecuencia?

—Felizmente, no. Estos impulsos tampoco son tan frecuentes.

Se mordió la sonrisa. La diplomacia que había marcado mi infancia no había influido sobre mi carácter, pero ahora estaba dando libre curso, con total naturalidad, a una doblez deliciosamente sutil. Dejando que mis manos trasladaran mi turbación a sus caderas, le confesé hasta qué punto era tímido a veces con las mujeres. Ella dio marcha atrás:

—No, cuando le dije que no había venido para «esto», simplemente quería precisar...

Se detuvo cuando mi nariz tocó sus labios, casi sin darse cuenta. Yo terminé en su lugar:

—... Que la ha traído el perro por iniciativa propia.

Ella se irguió:

—En absoluto. Le dije «Busca» y le encontré.

Me lo tomé como un signo positivo. Muy lentamente, mis manos remontaron la espalda hasta sus hombros para bajar de nuevo hacia sus pechos. Ella no hacía nada para detener mis caricias. Tampoco respondía a ellas. Parecía estar atenta exclusivamente a sus propias reacciones, pero no las dejaba ver. Si para ella era simplemente un hombre de prueba, una experiencia inédita con alguien del otro sexo, la cosa no tenía mucha importancia. La acariciaba con una dulce ternura, sin proselitismo alguno. Estaba simplemente a su disposición. Por si acaso.

Bloqueó mis manos, que empezaban a reptar bajo su jersey. Para impedir que siguiera avanzando o para prolongar el contacto. Murmuró con una especie de contrición traviesa:

—En realidad, estoy aquí a causa de Fred. No ha pegado ojo en toda la noche. Yo, por lo menos, me puedo poner tapones, pero ella es alérgica al látex. Jules rascaba la puerta constantemente, ladraba, la obligó a levantarse diez veces. Al principio, creí que estaba enfermo. Pues no, simplemente le echaba de menos. Así que así están las cosas: no sé si la cama de niño de la habitación 22 le pareció cómoda, es apenas más ancha que esta, pero...

Marcó una pausa que yo aproveché para ruborizarme también. La hotelera me había delatado, no necesitaba hacerme el inocente. Ni corregir su error confesando que había dormido en la cama grande. Me limité a repetir su última palabra:

—¿Pero?

—... Pero Fred me manda preguntar si no le molestaría dormir allí de nuevo esta noche.

Acogí la propuesta con especial turbación, dado que además parecía sincera. Por no decir desinteresada. Alice no buscaba nada más. Un *doggy-sitter* para dejar descansar a su compañera. Estaba defendiendo la paz del hogar. Me aparté. Me sujetó por las caderas para mantenerme a diez centímetros de ella.

—Es un poco violento hacerle este tipo de invitación, pero sé que no se le escapa nada. El perro es un pretexto, por supuesto. Fred está muy incómoda conmigo desde la operación... Piensa que un hombre como usted bajo el mismo techo puede servir, no sé, de catalizador, de desincentivación...

—Gracias.

—Supongo que entiende en qué sentido lo digo.

—Desde luego. Haré todo lo posible.

—Esta mañana tenemos previsto ir a comprar al mercado de Deauville. Podemos encontrarnos casualmente en la playa, a media tarde. Fred ha alquilado el toldo 113, a veinte metros del Galatée.

Asentí con la cabeza. Ella retrocedió para sonreírme como una niña buena. Yo aproveché para apuntar:

—¿No le parece que estamos jugando con fuego?

—Sí, desde luego. O nos calentamos o nos quemamos. Merece la pena intentarlo, ¿no?

La ansiedad confiada que chispeaba en su mirada era todavía más erótica que el contacto de su piel. Contesté:

—De acuerdo. Diga a Fred que la propuesta viene de mí.

—No. Creo que eso es pasarse. Que tenga un buen día.

Bajó la escalera con la flexibilidad de un bombero. Jules volvió la cabeza hacia ella. Tuvo un momento de duda, dejó la bolsa de cruasanes a mis pies y se marchó con su ama.

Con la cabeza encajada en la ventanita que miraba a Deauville, vi cómo se alejaban por el paseo con una emoción casi opresiva. Toda mi vida, desde el cubo de la basura sirio hasta esta torre normanda, había sido *elegido*. Hasta ahora, las cosas nunca habían terminado bien. Quizá era culpa mía. Mi madre había soñado con un hijo que eclipsase la ínfima carrera de su exmarido y siguiera dándole material para sus grandes sagas autobiográficas. Gwendoline me había vuelto loco por ella para que desarrollase todo mi potencial de inventor. Jules confiaba en mi aportación para que su vida volviera a ser tan feliz como antes. En cuanto al viejo Maurice, reconoció en mí al chiflado sin amarras que podía refugiarse en el palomar de su infancia de sueños imposibles. Y ahora una homosexual que se hacía mayor me invitaba a irrumpir en su pareja con un último intento de enamorada en peligro.

Ha llegado el momento de que me muestre a la altura de estas elecciones. O al menos de que deje de crearme su víctima.

¿Cómo se me habrá ocurrido improvisar esta historia? Vaya cara que pondrá Fred cuando vea al salvador de mi perro inclinarse sobre su tumbona para darle las gracias por su hospitalidad.

He perdido la cabeza en lo alto de la torre. Su sonrisa desorientada, sus ojos tan tiernos, su cuerpo, sus manos sobre mi piel, su sexo contra mi vientre... Como si borrara doce años de oscuridad, de miedo enfermizo, de rechazo hacia los hombres en general y los ligones en particular. Fred había sido para mí la más eficaz de las murallas, y ahora la estaba utilizando para derribar la fortaleza.

La encontré tumbada en la penumbra de las persianas cerradas, con las piernas en alto y dos rodajas de kiwi sobre los ojos. Era tan vulnerable, en su postura de yoga californiano, que le confesé de entrada las intenciones que le acababa de atribuir. Sus piernas cayeron sobre el edredón y los kiwis se fueron rodando al suelo.

—Soy muy sutil, a mi manera —comentó—. Gracias. Supongo que el señor Macaron te ha declarado su amor.

Yo me arrojé a sus brazos. Y ella me consoló por las ganas que tenía de engañarla.

—No pasa nada, ángel mío, es el destino... No voy a encerrarte bajo siete llaves. Si tengo que aceptar a un tío para no perderte, lo haré. Todo lo que te pido es que no me vuelvas a mentir, Alice.

—No te he mentido.

—Sí. Tus ojos, cada vez que me miras. Venga, vamos a comprar ropa. Ya sé que tu perro odia ir de compras. Dile que se quede cuidando la casa y sea bueno.

Transmití sus deseos a Jules, que estaba terminando de devorar las rodajas de kiwi. Y le dejé la puerta de la terraza abierta para que pudiera cazar gaviotas sin romperla, como el año pasado.

En la calle, mientras Fred calentaba su coche deportivo de colección, que, según decía, tenía que estar al ralentí veinte minutos antes de superar los cincuenta kilómetros por hora, volví a la esquina del hotel. Desde la terraza, Jules me daba la espalda. Con las patas en la barandilla, miraba hacia Villa Mariposa para ver a Zibal de Frèges.

Desde el habitáculo ensordecedor del Maserati hasta el aparcamiento de Deauville, de tienda en tienda, de zapatos en bañadores, solo hablamos de él. Le conté a Fred todo lo que sabía de su vida al margen de los *macarons*: los agujeros negros, la experiencia profesional en la explotación porcina, los electrodos de los yogures, las bacterias telepáticas que luchan contra la contaminación: muchas piezas de puzle difíciles de encajar. Ella añadió una más:

—Premio Femina 1983.

Me quedé tiesa.

—¿Es que además es escritor?

—No, él era el protagonista. *Zibal, el niño de la basura*. Estuve buscando en Google mientras ibas a que te sobaran en el torreón y aterricé en la web de Éliane de Frèges. No te quiero desilusionar, pero con una madre así solo puedes salir travesti o impotente.

—Pues no lo parece.

—Anthony Perkins en *Psicosis*. Los perros le adoran.

—Quisiera hacerle un regalo. ¿Tienes alguna idea de qué talla usa?

—Manix estándar.

—No, en serio. ¿Crees que este cachemir es de su talla?

—¿Tienes previsto quedártelo hasta el invierno? Mejor lo pruebas antes y después hablamos.

La estreché contra mi pecho con un beso en el cuello para que dejara de darle vueltas. Sonó su móvil. Cuando vio el número, se alejó del mercado para responder a la sombra de un árbol. Vi cómo le cambiaba la cara.

Tres minutos más tarde, volvió para ayudarme a elegir el jersey, tan sarcástica y gruñona como antes, pero pensando en otra cosa.

—¿Un problema con un cliente?

—Sí, oh... Nada grave. Bueno, ¿vas a comprar ese jersey?

No quise insistir. Era una regla entre nosotras. Cuando no quería hablar de algo, yo hacía como si no me importara y ella lo agradecía. Había vencido a su primer cáncer a los quince años: los oncólogos no podían creerse su resistencia y no le perdonaban que siguiera fumando. De hecho, ya había enterrado a cuatro oncólogos. Nunca dejaba de recordar el palmarés cuando animaba algún acto humanitario, sin olvidarse de señalar que su caso no era competencia del Ministerio de Sanidad, sino del de Excombatientes. Moral de acero, transfusión mensual, acupuntura, esquí de travesía y *Tour* de Francia a vela me garantizaban su longevidad. Las pocas noches en las que se abandonaba a la depresión, me añadía a su lista de razones para sobrevivir.

—Cómprale el amarillo: hace juego con tus ojos.

Compré uno blanco para llevarle la contraria como si no pasara nada, pero empecé a reconocer que mi improvisación en la torre quizá había sido premonitoria. Sí, la última esperanza de Fred era sin duda poder recuperarme después del fracaso de mi prueba con un hombre.

—Yo te importo —dijo antes de arrancar el Maserati.

—Sí, claro.

—No era una pregunta, solo te lo estaba recordando. Tienes derecho a hacer lo que quieras, Alice, salvo ponerte en peligro por alguien que no se lo merece. Por ahí sí que no paso. Ahora, cuando venga, ve a bañarte con el perro. Necesito estar sola con él un cuarto de hora.

Salió del aparcamiento cortándole el paso a un coche de la policía. Cuando pusieron la sirena, sacó su tarjeta de mecenas del orfelinato de la policía. Le costó tres puntos, pero le dieron las gracias. Cuando empieza a provocar de esa manera, ya sé que por la noche se beberá una botella de Black Label y que pasará la noche en blanco.

Sí, me importa. Y de repente, siento un miedo cerval de que quiera abandonar la plaza, formar a alguien, preparar su sucesión. Dejarme en buenas manos, como había hecho mamá con Jules.

—¿Dónde está su jersey? —pregunta al llegar al hotel.

Me doy cuenta de que me lo he olvidado en el mercado.

—¿Quieres que volvamos, cari?

—No. Quiero que me llames «ángel mío».

Desde el paseo marítimo veo cómo se pelean entre las olas de la marea ascendente, sin preocuparse del altavoz que recuerda por décima vez que la playa está prohibida para los perros desde las 10 hasta las 19 horas. El *quad* del socorrista vuelve de vacío. Informa a su colega de los prismáticos, que vigila desde lo alto de la torre de control, que se trata de Jules y de su ama invidente.

—¡No exageres, Damien: ahora ve como tú y como yo! Nos la vamos a cargar otra vez.

Tranquilizo a los socorristas al pasar: les protege un vacío jurídico. Ningún artículo de la ley europea de 2008 especifica que las autoridades tengan derecho a separar al ciego de su perro en caso de curación, así que nadie está infringiendo el reglamento.

—Gracias, señor.

—A su servicio.

La caseta 113 es azul con rayas rojas. Despatarrada en la tumbona de rayas con un bañador hasta media pierna que debe de ser la moda de esta temporada, la amiga de Alice fuma mientras lee *Le Monde*. El viento le arranca las páginas y ella deja que se vayan volando con total indiferencia y las vuelve a poner en su sitio sin dar las gracias cuando los jugadores de voley se las traen de vuelta. Le doy los buenos días. Con un gesto de su cigarro hacia la otra hamaca, me invita a sentarme. Sacudo la ceniza y me tumbo con la cabeza a la sombra.

—¿Qué historia es esa de las bacterias descontaminantes? —Me lanza apoyando el periódico en el vientre.

—Ah, bueno, ¿se lo ha contado Alice?

—Evitemos los preámbulos. ¿Hay un mercado para eso?

—Sí, gigantesco.

—Por ejemplo...

—*Deinococcus radiodurans* es capaz de descontaminar la zona tras un accidente nuclear. *Enterobacter* devora todos los pesticidas y las bolsas de plástico. *Thiobacillus* digiere los metales pesados. *Paracoccus* transforma en oxígeno los nitratos que digiere...

—¿Y dices que además son telépatas?

—Además. Cuando formamos a una bacteria para un trabajo específico, sus congéneres la imitan.

—¿Eso es un dato científico o un engañabobos?

—Quizá lo fue un tiempo. Ahora se publica en revistas indexadas y es una prioridad para el planeta. Francia va con retraso, como de costumbre.

—¿Y tú? ¿Estás operativo?

—Sí. Si pudiera obtener los fondos necesarios...

—Ese es mi trabajo.

—¿Es cierto eso?

—A ver, tranquilidad: no soy una buena persona, pero soy una gran profesional. No quiero que Alice caiga en manos de un mitómano y acabe en la calle. Está acostumbrada a un cierto nivel de vida, aviso. Su estilo «qué bien que me las arreglo sola» funciona mejor cuando alguien se ocupa de la intendencia. Así que te la presto, pero con la condición de que te la merezcas. Mándame un informe detallado y se lo daré a estudiar a mis inversores. Si les parece bien, serás el rey del mundo y te dejo a mi reina. Si dicen que no, estás muerto. ¿Soy lo bastante clara?

—Creo que es Alice quien tiene que elegir entre nosotros, si hay que elegir, ¿no?

—Exactamente. Pero yo no soy el perro. No confío en nadie *a priori*, solo apuesto sobre seguro y puedo ser muy dañina. Si no estás a la altura, ella recibirá un informe sobre ti con horrores de los que no tienes ni idea y contra los que no tendrás forma de defenderte, también tengo muchas relaciones en ese terreno. Destruir a alguien es infinitamente más fácil que lanzarlo.

Dobla el periódico y me da un toque con él en la rodilla para tranquilizarme.

—No es nada personal. Es solo para meterte presión y que seas el mejor. Y si solo eres una ilusión, quiero que Alice vuelva inmediatamente. Está empezando una nueva vida, no quiero que lo haga cargando con un lastre. ¿Estamos de acuerdo?

—Bueno, me permito señalarle que apenas he intercambiado diez frases con su amiga. Todo esto me parece un poco prematuro...

Apoya la sien en el palo de la hamaca, respira hondo y declara, mirando mis zapatillas con una dulzura inesperada:

—Mis días con Alice están contados. Es normal. Siempre supe que solo sería una transición en su vida. Y créeme, han sido mis años más felices. ¿Estamos de acuerdo?

El cambio de tono me conmueve tanto que oigo mi propia voz respondiendo:

—Estamos de acuerdo.

—Pues estupendo. Vete a trabajar, así me darás la documentación esta noche. Y sobre todo, no le digas a Alice ni una palabra. Es un secreto entre nosotros. ¿Vale? Simplemente le dirás que te he puesto al corriente de lo de la violación. Si se entera de que llevo tu carrera, ya te puedes despedir.

Su ritmo de kalashnikov va escupiendo en la misma ráfaga amenazas baratas e informaciones que me aturden. Reacciono a destiempo:

—¿La violación?

—A los diecisiete años le gustaban mucho los chicos, le encantaba hacer el amor. Había uno que no se atrevía a salir con ella. Era su mejor amigo. Una noche, después de clase, pidió a unos amigos que le acompañaran para infundirle valor y las cosas no salieron como estaba previsto. Les dio un ataque de pánico y uno de los tres le vació un spray de autodefensa en los ojos. El que lo hizo no lo reconoció, los otros le cubrieron y condenaron a los tres a veinte años: con buena conducta estarán fuera el año que viene. Eso es todo: ahora te toca a ti, y juegas contra la banca. No quiero minarte la moral, pero antes apostaría por tu futuro profesional que por el amoroso. Atención, están saliendo del agua. Esta noche te llevamos a cenar al casino: dejas la mochila en la recepción del hotel y nos vemos a las ocho en punto. Y cambia esa cara, Alice va a creer que te he estado haciendo chantaje afectivo. Cuento contigo.

Apaga la colilla en la arena, me da el periódico, se vuelve a poner el pareo, recoge su cesto y se eclipsa rumbo al Flaubert. Con el periódico haciendo visera, la miro desaparecer por la esquina del Galatée. No sé qué me da más vértigo: el pasado terrorífico que me acaba de revelar o las perspectivas de futuro que me está ofreciendo.

De un salto, Jules me derriba sobre la arena.

—¿Todo va bien? —pregunta Alice, tirando del collar para que deje de lavarme la cara.

Me levanto trabajosamente, luchando con los palos rotos de la hamaca. La mirada de Alice arde de impaciencia. La tranquilizo con una desenvoltura jovial que no la engaña ni un segundo. Se pone pálida. Bajo la vista. Ella me levanta la barbilla con dos dedos y articula con voz fría y neutra:

—Fue un *accidente*, ¿vale? Y ha prescrito, y te quitas esa imagen de la cabeza. ¡Me libré de ello yo sola, y eso no le incumbe a nadie!

Me pilla desprevenido y protesto diciendo que solo hemos hablado de trabajo. Nunca he sabido mentir, pero hace como si me creyera. Con gestos aplicados, quita la arena y los trocitos de madera de mis hombros. Mientras Jules salta como una carpa presentándome una alpargata para que se la tire, ella susurra con una sonrisa de disculpa:

—Soy una mujer normal, ¿sabes? Pero eso no quiere decir que sea simple.

Doy fe depositando sobre sus labios un beso de mariposa y me marchó a jugar con el perro.

Nos cruzamos delante del hotel. Ni un comentario sobre su entrevista con el señor Macaron, salvo:

—Reúnete conmigo en la mesa de bacarrá a las 19:30. Le invitamos a cenar en el casino.

—¿Y por qué en el casino? No dejan entrar perros.

—Pues eso. Necesitáis estar solos para saber lo que sentís realmente el uno por el otro, sin que intervenga Jules.

Tenía tanta razón que me quedé tiesa mirando cómo se alejaba. El interesado tiró de la correa para recuperar mi atención. Fuimos a comprar un pollo asado y un pastel de chocolate, sus platos favoritos. Intentaba suavizar las dos horas de soledad que le esperaban antes de aquella noche en medio de nosotros tres que ahora me parecía la peor idea de mi vida.

* * *

Fred me saludó desde lejos con una gran sonrisa de haber desvalijado la banca. Está sentada contra la barandilla en la sala que hay encima de las mesas de bacarrá. Es una mesa para cuatro: una nínfula apenas mayor de edad, que juega con el móvil encima del plato, con un hombro desnudo bajo tres camisetas superpuestas.

—¿Te acuerdas de Eleonor?

—Con «e», precisa la niña, levantándose para darme un beso. Nos conocemos de vista. Bueno, yo. ¡Enhorabuena por lo de sus ojos, es superguay!

—La hija de Bonnevaud —me recuerda Fred.

La situé por la voz. Tres neuronas y media, encantadora, haciendo prácticas en la farmacia de su padre el verano pasado, de esas que cantan las recetas con una voz radiante: un Puroptil y un Laxatol para la señorita Gallien, que tenga un buen día.

—Quiere ser actriz —prosigue Fred—. Está dando clase en Le Havre los fines de semana. He visto un vídeo en su web y le voy a presentar a algunas personas.

Pues qué bien. Expulsar a Jules de nuestra cena y sustituirlo por *Miss Trouville*: casi que prefiero no entenderlo. Fred empieza a pasar revista a sus contactos que están por aquí de vacaciones y a los que vendrán al Festival de Cine Americano. La mandíbula de la colegiala cuelga casi hasta el plato. De repente, me cae bien. La veo en mi lugar, hace seis años. Deslumbrada por la eficacia y la maestría de esta descubridora obsesiva, que había detectado en mis primeras manifestaciones de placer un timbre de soprano de coloratura y se le había metido en la cabeza colarme de rondón en los coros de Radio France. La única forma que tiene Fred de protegerse son las demostraciones de fuerza, en cuanto alguien le cae bien.

—Me pone de los nervios la gente que llega tarde —se interrumpe tras echar un vistazo al gran reloj que cuelga bajo las bóvedas de estuco.

Objeto que apenas son las ocho. Sin contestar, prosigue, sujetando con el dedo el mentón de la futura farmacéutica:

—¿Te apetece comer con los hermanos Dardenne? Están buscando a una desconocida para su próxima película.

Eleonor no puede creer lo que oye. Pobrecita. Dicho esto, lo sé por experiencia: cuando caes de muy alto, tienes más sitio para abrir el paracaídas. Con su fe en mí, Fred me dio tanta energía para trabajar el canto que, aunque no me quisieran en el coro de Radio France, acabé de locutora en RTL. Es todo lo que deseo a la pequeña Bonnevaud. Si no consigue ganar un César, con su voz de pato, hará una carrera estupenda doblando dibujos animados.

—¡Aquí está Bacterioman! —anuncia Fred levantándose—. Supongo que se ha olvidado del pasaporte.

Veo cómo cruza la sala de juego para tranquilizar a Zibal, que se pone nervioso por culpa del portero fisionomista: ¿desde cuándo hay que llevar los papeles para entrar en un restaurante? Fred saca su carné negro *Privilège de perdedora* titulada y le explica al pingüino de la puerta que su invitado solo viene a cenar.

—¡No soporto esta obsesión con la seguridad! —Escupe al reunirse con nosotros.

No cabe duda de que es la primera vez que entra en un casino. Eleonor se solidariza: está muy preocupada por el crecimiento del Frente Nacional. Fred los presenta, explica a Zibal que no es por racismo, sino por una simple aplicación de la ley destinada a identificar a los menores y a los que están en las listas de exclusión voluntaria. Zibal cambia de tema, diciéndome que mi vestido es precioso. Él lleva una sobria chaqueta de grandes almacenes que le está bastante pequeña y que obviamente ha comprado antes de venir. En la manga se nota todavía la marca del dispositivo antirrobo. Me encanta que no le interesen en absoluto las jóvenes tetas que apuntan bajo el trío de camisetas.

Fred pide champán y marisco. Discretamente, le pasa bajo la mesa un grueso sobre que guardaba en la chaqueta. Ella le da las gracias con un guiño y luego cierra las manos sobre la muñeca de sus dos invitados.

—Zibal de Frèges es un futuro Premio Nobel, que ha partido de cero, como tú —

explica con tono seguro a la aprendiz de estrella. Pero él no tiene problemas con su nombre.

—Ya lo sé —suspira Eleonor—. Todo el mundo me llama Leonor. Es un fastidio.

—El problema está más bien en el Bonnevaud —la corrige Fred—. Hay que abreviar. Eleonor Bonn. Sin más.

Una sonrisa llena de dientes ilumina la carita juvenil de la normanda. Me mira. Asiento con la cabeza. Con un nombre así, puede empezar el sueño. Ya se ve de cabeza de cartel. «Eleonor Bonn *en...*». Al mismo tiempo, no se quiere engañar. Será duro. Y sabe que el cine es un mundo muy cerrado, sobre todo para la hija de un farmacéutico.

Bajo la mesa, Zibal ha pegado su pie al mío. Descarga eléctrica, escalofrío que recorre la columna. Fred, que no se pierde una, teclea sobre la mesa mirándome con el rabillo del ojo. Para desviar la atención, recuerdo a la estrella en potencia que hay un precedente: Michèle Mercier, la inmortal *Angélica, marquesa de los Ángeles* era hija del farmacéutico Mercier, en Niza. Eleonor hace una mueca indefinible. No sabe quién es. Con una ceja, Fred me da las gracias por hablar de tiempos tan prehistóricos como ella.

Suena un teléfono. Zibal mira discretamente la pantalla, le cambia la cara, se disculpa y se aleja para llamar entre los crupieres que rastrillan el tapete verde. La carne de gallina se me ha extendido a toda la pierna. Al mismo tiempo, me digo que no sé nada del salvador de mi perro, salvo su historial delirante y esta amabilidad viril que me da tanta flojera. Quizá esté casado, o divorciado con niños el fin de semana. O a lo mejor es un ligón compulsivo que se adapta al perfil de sus presas. No siento en él ninguna zona de sombra, pero eso no quiere decir nada. Los hijos de puta encantadores son una realidad. Los perversos narcisistas. Los «penianos», como dice Fred para designar a la práctica totalidad de la especie masculina.

Mi héroe de Orly ya no es el mismo cuando vuelve a la mesa. Hace esfuerzos, despliega sus lagunas cinematográficas. Como si quisiera olvidar con denuedo su conversación telefónica. O la atracción que siente por mí. No. Hay algún problema, lo percibo. Como Fred, como todo el mundo. Y yo simplemente querría ser feliz. Apagar la luz. Esta luz artificial en la que ya no soy capaz de brillar.

—¿Es suyo el Maserati Indy 73 que está en el aparcamiento del Flaubert?

Fred se queda pasmada y señala a su vecina que ya no hay demasiados hombres que se interesen por los coches deportivos.

—Yo es que me intereso por todo, es uno de mis problemas. Me parece que es la carrocería más bonita diseñada por Vignale.

—Jules lo detesta y seguro que el coche se da cuenta. En cuanto el perro se sube, se avería. Cada año, los dejaba en la estación de Saint-Lazare y venía aquí a esperarlos. ¡Es el primer verano que he podido venir en coche con Alice! ¿Verdad, ángel mío?

Me tritura los dedos. Sonrío forzosamente. ¿Adónde quiere ir a parar con este

juego? La cena se va haciendo pesada como un entreacto que no termina. Bebo demasiado. Intento parecer alegre, pero tengo el humor desfasado. Me dan ganas de llorar cuando se ríen y de decir tonterías cuando se ponen serios con la contaminación electromagnética de los radares o la dura vida de los actores. Me apetece cortar el sonido. Me apetece pasear por la playa bajo la luna con mi perro. Me apetece hacer el amor.

A las 22:40 acompañamos a Eleonor con «e» hasta la casa de sus padres, encima de la farmacia. Nos damos un beso, vemos como no consigue abrir el portal hasta el tercer intento, bastante pedo, pero encantada con la velada. Fred me guiña un ojo. Es una inversión de futuro. No sé si ha querido darme celos o aliviar mis escrúpulos. Mostrar que sigue fascinando a las jovencitas, que sabe hacerse indispensable sin engañarse. Que todavía es capaz de ser una «pigmalióna», como dice ella, de vivir con otras lo que ha vivido conmigo. Quizá simplemente esta cena estaba destinada a consumir nuestra ruptura. A dejar sitio al amaestrador de bacterias que acaba de tomar del brazo en la calle de Orléans, después de haberle metido algo en el bolsillo. Él solo tiene ojos para el enorme sobre que oscila peligrosamente a punto de caerse del bolso Chanel demasiado pequeño. No deja de colocarlo en su sitio sin que Fred lo vea.

Camino a tres pasos detrás de ellos. Tengo la impresión de que soy su prima provinciana con todo el futuro por delante, como se suele decir a las niñas que no tienen paciencia para esperar.

Zibal se detiene para atarse el cordón del zapato. Fred me mira y suspira, continuando una imaginaria conversación interrumpida:

—Es conmovedora, a pesar de su cara de pánfila. Es muy amable. Y siempre puede tener utilidad estar a buenas con una farmacéutica.

Me avergüenza haber tardado tanto en entenderlo. No se ha privado de poner los puntos sobre las íes. Me sonrío, para que me quede tranquila. Para recordarme que soy libre. Que no me quiere como enfermera.

Vuelve a tomar del brazo a su rival y volvemos al hotel, donde Jules nos llama asomado al balcón.

Ha sido una cena muy rara. Fred no ha dejado de presentarme como una maravilla ante la futura artista, como si mis descubrimientos biológicos me fueran a transformar en gran mecenas, en productor de cine. Es difícil saber si estaba ligando por persona interpuesta o si intentaba colocarme con Eleonor para poder recuperar a Alice.

Estaba atacando mi tercera cigala cuando recibí un mensaje de mi madre: *Si te sigue haciendo falta, puedes quedarte en casa. Un beso.*

El análisis semántico y la última frase insólita me hicieron temer lo peor. Me aparté para llamarla. Los altavoces Bose que le había regalado por Navidad estaban machacando Wagner. Estaba en estado patético y me abrió su corazón con el estilo de un teletipo. Tras la anulación por parte del Consejo de Estado del decreto que prohibía las chimeneas en la zona del Gran París, su amigo Jean-Christian, diputado lleno de futuro y autor de dicho decreto, acababa de ser imputado por cohecho y por tener intereses en la venta de chimeneas cerradas, las únicas que según su texto estaban autorizadas a contaminar la región. El juez de instrucción había emitido una orden de detención a un mes de la publicación de su libro en el que confesaba el flechazo que los había unido y sus ambiciones para Francia.

—Acababa de revisar las pruebas, Zibal, ¿te das cuenta? Es una catástrofe: voy a ser el hazmerreír de la prensa. O peor aún: boicot absoluto. ¿Cómo ha podido Jean-Christian hacerme una cosa así?

Movido por la compasión solidaria con ese personaje de autoficción tan decepcionante como yo, le contesté que iría a verlo a la cárcel en cuanto volviera de vacaciones. Colgó y me dejó con la palabra en la boca.

Volví a la mesa, en la que seguramente hablaban de mí, a juzgar por el silencio que se hizo cuando me senté. Tres mujeres, tres edades, tres destinos. Empezando el viaje, en reconstrucción, de vuelta. Y yo entre las tres, buscando mi sitio. Estas mujeres que siempre me habían roto, reparado, enardecido, roto de nuevo... Por no hablar de mi madre, que se había logrado inmiscuir en esta cena en la que quizá mi vida cambiaría de rumbo.

Alice estaba distante. Hablé de cine y de coches deportivos con Fred, para predisponerla a mi favor cuando leyera los documentos que le acababa de entregar. Sentía un gran vacío en el estómago. Como si me faltara algo. Y acabé dándome

cuenta de que era el labrador de la 22. Ese lugar debía de estar prohibido para los perros igual que para los sin papeles. Fred lo había elegido a propósito para evitar que me encontrara, en posición demasiado sólida ante Alice, pero ¿qué sentido tenía la cuarta invitada?

—¿Y Jules? ¿Le sigue gustando tanto venir aquí? —preguntó la chica del farmacéutico, cuyo nombre se me había borrado pero que andaba por su sexta copa de champán.

Le contestaron afirmativamente con tono anodino.

—Me mola un montón —me dijo en un aparte—. Ya le he dicho a Fred que si alguna vez se marchan al fin del mundo, yo se lo cuido.

De repente me pareció muy guapa. Muy atractiva. Y la patada que recibí bajo la mesa me galvanizó. La mirada incendiaria de Fred indicaba claramente, si no su procedencia, al menos su sentido. Tanto con Alice como con la niña me utilizaba alternativamente como enemigo o como aliado, pero era consciente de hasta qué punto la hacía vulnerable. No sabía si sentirme conmovido o halagado.

* * *

La temperatura era suave cuando salimos. Un relente de madreSelva en la brisa yodada, que enseguida cubrió el Marlboro de Fred. Algunas gaviotas, tubos de escape, un fondo sonoro saturado de bajos, juerguistas que chocaban con los transeúntes: las vacaciones.

Delante de la farmacia Bonnevaud, Alice sujetó a la muchacha borracha de champán, que durante un momento pensó que iba a vomitar las cigalas en la alcantarilla, y luego que no. O quizá sí, a fin de cuentas. Mientras acechaban las fluctuaciones de las náuseas bajo la luz verde intermitente de la cruz verde, Fred metió un euro en la máquina encajada entre los dos escaparates en los que competían prótesis ortopédicas, parches de nicotina y carteles de mujeres que sonreían por haber sobrevivido a la cistitis, el estreñimiento y el peligro de los medicamentos vendidos en grandes superficies: *Pida consejo a su farmacéutico*.

—Por si acaso —me dijo Fred deslizándose discretamente un preservativo en el bolsillo.

Tenía los ojos húmedos. Cuando su mirada se cruzó con la de Alice, le guiñó el ojo antes de darse la vuelta.

Volvimos al hotel cruzando las callejuelas con terrazas atestadas. Fred se agarraba a mí a causa de sus tacones de aguja sobre los adoquines deslizantes y percibía la mirada de Alice clavada en mi espalda. No sabía qué pensar. Me contentaba, alzando la nariz al viento, con ser el juguete de dos mujeres después de haber sido el juguete

de un perro. Quizá fuera lo mejor que me ha pasado en la vida.

* * *

—Usa tú primero el cuarto de baño —decidió Fred cerrando la puerta—. Luego te vas a la camita y pasas desapercibido. ¿Tienes algo para leer?

—Tengo.

—Alice te puede dar tapones de cera: parece que ronco.

—Duermo muy bien, no pasa nada.

—¿Con quién vas a dormir, Jules? —preguntó Alice.

Muy excitado por la nueva situación que no terminaba de comprender, pasaba de una habitación a otra. Al final, se apoderó de una bufanda de Alice y se tumbó sobre mi mochila, al pie de la mesa, a modo de cesta, frente a mi cama de niño. Era un emplazamiento estratégico desde el que controlaba los movimientos de la cortina de separación, sin perder de vista la puerta de entrada. Así podría cuidarnos a todos.

Fred puso la tele para tapar el ruido de la ducha. Los políticos que se insultaban en el estudio de un presentador risueño alimentaban el desenfado que nos esforzábamos por simular. En calzoncillos y camiseta, me metí bajo el edredón de nubes rosas con un artículo de *Nature* sobre la inteligencia del mixomiceto, un hongo unicelular capaz de encontrar la salida de un laberinto. Jules vino a darme las buenas noches con uno de mis calcetines en la boca, pero no logré comprender el sentido de su regalo. Le di las gracias y lo metí bajo la almohada. Los políticos gritaban, todos al mismo tiempo, que no les dejaban expresarse. Las chicas desfilaban en bata, con un bote de crema en la mano y el cepillo de dientes entre los labios. Apagué la lámpara de la mesilla antes de que terminaran de usar el baño.

La completa incertidumbre sobre lo que ocurriría durante la noche hacía las veces de deseo, confianza y cuestionamiento. Privado de todos los puntos de referencia habituales de la seducción masculina, vivía como nunca antes el placer de ser un hombre. ¿Harían el amor tras el tabique? ¿Me invitarían a unirme a ellas? Las fantasías inciertas que alimentaba respecto a Alice luchaban con la admiración prudente que ahora me inspiraba Fred. Apagaron la tele.

—Buenas noches, Macaron —lanzaron a dúo.

Respondí en el mismo tono animado. La raya de luz bajo la cortina desapareció. Habían cerrado las contraventanas de su habitación, pero la mía seguía bañada por la poderosa claridad del alumbrado público. Poniendo mi respiración en sordina, me puse a acechar los chirridos de su somier.

—¿Me pasas el iPad? —preguntó Fred.

En el silencio interminable que siguió, me dije que quizá estaban viendo porno.

Dividido entre el deseo de unirme a ellas y el temor a estar fuera de juego, esperaba interrogando con la mirada al perro, que se estaba quedando frito, con la cabeza entre los tirantes de mi mochila. Empezó a gemir en sueños.

—¡Ah del cuarto de los niños! —Lanzó Fred. ¿Sabes si «ahínco» lleva hache intercalada?

Parece que estaban jugando al scrabble.

* * *

Me despertó un chasquido del parqué. El ruido de las anillas de la cortina. Abrí los ojos. A la luz de la farola de la fachada, Alice apartaba la cortina y la volvía a colocar. Jules levantó la cabeza. Ella tendió la mano hacia él. Se volvió a tumbar. De puntillas, con un espejo bajo el brazo, se dirigió hacia la cómoda. Ante la duda, yo me hacía el dormido, pero ella me pidió silencio con los labios mirándome a los ojos. Colocó el espejo frente a la cama pequeña y se quitó la camiseta y los pantaloncitos rosas.

Con el corazón en llamas, me enderecé, levantando con cuidado el edredón. Ella hizo el mismo gesto horizontal que había hecho para el perro. Me tumbé de nuevo. Se acercó a mí, sin apartar los ojos de su reflejo. Posó una rodilla junto a mi cadera, corrigió la orientación del espejo y volvió para quitarme la camiseta. Nuevo gesto para decirme que estuviera quieto. Me bajó el calzoncillo con precisión de artificiera. Me quedé congelado, estoico, mientras estudiaba mi perfil, seguía mi sexo con el dedo y lo besaba de medio perfil, mirando hacia nuestra imagen sobre la cómoda. Por discreción, me concentré en sus movimientos, evitando su mirada. Un paso en falso, una palabra fuera de lugar, hubieran podido romper el encanto, era consciente de ello. No era yo quien le atraía, se estaba buscando a sí misma. Estaba intentando recuperar en ella los impulsos de otros tiempos. La emoción multiplicaba mi deseo, al tiempo que lo congelaba. Era solo un reclamo, un artículo de muestra. Me estaba probando. Estaba trastornado por la confianza que demostraba en mí. Por el valor que intentaba transformar en pulsión natural. Por los recuerdos atroces a los que imagino que estaba desafiando.

No me movía. Me dejaba hacer, la miraba cómo domesticaba nuestro reflejo. Desactivar los miedos. Desactivar el pasado. Crear nuevas imágenes, bellas y tiernas y sensuales y elegidas por ella sola. Volver a conocerse. Volver a apropiarse de un cuerpo de hombre.

Jules gruñó. Un gruñido de alerta. Alice congeló sus labios alrededor de mi glande, sin perder de vista su reflejo. Yo eché un vistazo hacia la cortina, que Fred había entreabierto.

—¿Puedo ir a hacer pis, anda? —susurró al perro, que le cerraba el camino.

Pasó por encima sin mirarnos, envuelta en su bata, y caminó en diagonal hasta el cuarto de baño, cerrando la puerta con ostentosa discreción. Sentí en mi sexo las vibraciones de la carcajada que Alice intentaba contener.

Gluglu, papel, cadena. Cuando Fred salió, Jules la esperaba para acompañarla a la puerta. Se detuvo ante mi pantalón doblado sobre la silla, retiró el preservativo que había metido en el bolsillo ante la farmacia Bonnevaud y lo lanzó sobre el edredón. Espontáneamente, Jules lo atrapó y se lo devolvió. Ella lo tomó encogiéndose de hombros, lo metió detrás del espejo y se volvió a la cama.

Levanté la cabeza de Alice. Acabamos de ahogar nuestras carcajadas devorándonos la boca, abrazados como niños. Como viejos. Como amantes de vida o muerte. Como amigos de toda la vida.

Me despierto abrazada a él en la camita de niño. No me lo puedo creer. Ni repulsión, ni incomodidad, ni sobreimpresiones. Estoy nueva. Virgen por segunda vez: lavada de la mancha de los hombres y de la culpabilidad que bloqueaba mi deseo. Y sin embargo, no habíamos hecho nada. Media mamada interrumpida por las carcajadas, besos, un sueño de plomo. Nada que me exponga, nada que me recuerde el «accidente». Pero sé que es un hecho, que le deseo como si hubiéramos hecho ya el amor cien veces. Su complicidad, su reserva, su fuerza de hombre y su dulzura. Le amo. Así son las cosas. Fred lo supo antes que yo. Por no hablar de Jules. Y tendremos que asumirlo. Inventar una felicidad jubilosa, una historia retozona, un amor para nosotros, que no haga daño a nadie. No me costará dividirme y a Fred tampoco le costará compartirme: ha hecho todo lo posible para que captara el mensaje con Eleonor y lo he captado perfectamente, ocultándole la dimensión dolorosa que he creído adivinar en su elección, su voluntad de legarme. Queda el factor x: la reacción del legatario.

Zibal asoma la cabeza murmurando. Me descubre entre sus brazos. Le susurro buenos días mi amor. Él contesta lo mismo sin complicaciones, educado pero muy sorprendido y ocultándolo fatal. No parece que vaya a estar presentable antes del tercer café. Salto de la cama. Jules se lanza hacia la puerta. Lleva el arnés en la boca. Me pongo un chándal diciendo en voz alta:

—¡Os pido el desayuno!

—¡Estoy durmiendo! —Muge Fred detrás de la cortina.

Bajamos a zancadas la escalera, los dos tan felices. Le pongo el arnés al llegar a la planta baja. No es una buena idea desde el punto de vista psicológico, pero ya me ocuparé otro día de su desintoxicación. De todas formas, para él es un simple reflejo sin consecuencias, no vamos a hablar de fetichismo. En todo caso, ya no parece traumatizado. El tratamiento del doctor Macaron nos ha sentado a los dos estupendamente.

Elisabeth está en la recepción, abstraída en el periódico.

—¿Subo los desayunos, querida?

—Gracias. Para tres.

Me guiña un ojo entre dos páginas, redondea los labios en un beso pícaro. El

viento nos empuja hacia la ciudad. Jules elige la alcantarilla de la calle París, junto a la puerta de un solar abandonado hasta que edifiquen algo. No sé dónde va, pero qué felicidad avanzar a ciegas. La palabra me llena los ojos de lágrimas. Visto de dónde vengo, es un privilegio absoluto. Indecente. Gritaría de felicidad. Aunque lo siento por Fred. Tengo que hacerle ofrenda de mi felicidad. No tengo derecho a equivocarme.

Jules termina de llenar la alcantarilla y se dirige hacia el distribuidor de bolsas de plástico, junto al paseo marítimo. Saca una y se pone a buscar a una persona comprensiva, a un paseante solidario. Acabo de entender lo del arnés. Uno de sus juegos favoritos fue siempre lograr que desconocidos bien predispuestos hacia una pobre ciega recogieran sus excrementos, para que no me viera obligada a localizarlos por el calor y meterlos en la bolsa a tientas. Qué cara más dura.

Sintiéndome bastante cohibida por el engaño, doy las gracias al obeso turista con su dóberman, que acaba de cumplir con su obligación —doberwoman, a juzgar por las maniobras de aproximación de Jules, mientras que su limpiador se dirige hacia la papelera—. Mi perro parece tan excitado como yo. Si ya causaba bastante estragos en la playa, en sus jaranas nocturnas, la emulación aumentará algo más su número de descendientes este año. Y observo con alivio que el arnés no le frena en absoluto. Jules volverá a ser un animal normal. Como yo, por así decirlo. Esta mañana me siento algo así como una perra. Estadísticamente, nos quedan cinco o seis años disfrutando juntos, así que no vamos a complicarnos la vida.

—¿Quieres que te ayude? —rezonga su recogedor de excrementos descabalgándolo de su atractiva conquista.

Le aparta tirando del arnés, que me entrega en mano con una delicadeza inesperada para su tamaño de jugador de *rugby*.

—Disculpe, Blandine está en celo.

Escucho mi voz contestando que no pasa nada, que es normal con un rubor que le hace ruborizarse a él también. Me desea un buen día y se pone a correr de nuevo con su ardiente compañera. Nos quedamos inmóviles en el paseo, mirando cómo se alejan en el viento que sopla del mar.

—Deja de ligar —digo a mi compañero de caza—. Vaya pinta que tenemos.

No me puedo creer el deseo que me inspira Macaron. La idea de subir a buscarlo a su camita de niño me inunda y me trastorna.

Nos sobresaltamos. Un ronquido sobreagudo desgarrar el ruido de las gaviotas. Solo hay un coche que pueda hacer ese ruido. Lo que tardamos en subir por la calle Carnot, apenas llegamos a tiempo para ver el Maserati gris desapareciendo por la plaza del Casino, con el motor a tope de revoluciones y sin haberlo calentado antes. No es posible. Fred nunca le haría eso a su querido y anciano bolido.

Cruzo el vestíbulo a paso de carga. Los aires de fatalidad consternada de Elisabeth y su sonrisa permiten descartar la hipótesis de un robo. Irrumpo en la habitación, donde me espera Zibal con un aspecto insólitamente luminoso delante del

armario medio vacío.

—Es por mi culpa —me declara de entrada—, pero no por lo que tú crees.

Cinco minutos después de la marcha de Alice y Jules, abro la puerta a la camarera que me informa orgullosa sobre el tiempo sin nubes al dejar sobre la mesa su bandeja sobrecargada.

—No sé lo que toma el señor, así que le he puesto té y café, zumo de naranja y de pomelo. ¡Les deseo un buen día!

Discretamente, por si alguien está durmiendo, llamo con los nudillos en el marco de la puerta que separa ambas habitaciones.

—Tráelo —contesta Fred.

Entro en la habitación apartando la cortina con la bandeja, que dejo sobre la cama. Luego abro las contraventanas, saludo a la gaviota que espera al servicio de habitaciones acomodada en una silla. Al cerrar la puerta del balcón, le digo a Fred que lo siento muchísimo.

—Sí, es exactamente lo que parece —rezonga colocando las tazas—. No vamos a hacer un número de vodevil, ¿vale? Si os va bien juntos, pues encantada y me las piro. No sirvo para tercera en discordia. Y además, eres un genio.

Señala con la barbilla mis papeles desparramados por la alfombra, mientras sirve el café.

—Me encantan tus bacterias, pero eso le da miedo a la gente, siempre piensan en una epidemia. Eso lo dejamos para una segunda fase, cuando ya seas famoso. De momento, lo que vale su peso en oro son tus plantas para ordeñar medicamentos sobre pedido. ¿Estás seguro de eso?

—Cinco años de experimentos en mi bañera. Y tengo las patentes.

—¿Has patentado las plantas?

—No, el método de exudación radical. El único que permite extraer los principios activos con tanto rendimiento.

—Pero, cuando dices que multiplicas por cien la obtención de taxol anticanceroso con coníferas como el tejo, ¿lo puedes demostrar?

—Sin problemas.

—¿Así que estás listo para empezar a producir?

—Es un problema de financiación.

—Me pongo a ello.

Moja el cruasán, se bebe el café mientras termina de masticar y se levanta para abrir el armario. Baja la maleta y mete en ella sus cosas, mientras me cuenta su plan de ataque de una multinacional agroalimentaria:

—Mi abogada, Daphné Chassagne, la mejor de París, les ha ganado ya muchos juicios. Fírmame el contrato de representación que te he preparado, está en la mesilla. De momento no hay complicaciones, terminaremos de cerrar los acuerdos en septiembre. A propósito, «plantas para ordeño» queda un poco ordinario. Creo que lo vamos a llamar *Plant Advanced Technology*, PAT. Enseguida te daré buenas noticias. Me piro, no quiero cruzarme con Alice.

Firmé al pie de las cinco líneas que cambiarían mi destino, en un sentido o en otro. De todas formas, estaba inmunizado contra los efectos secundarios de las estafas y no tenía nada que perder.

—Cuídamela, ¿vale? Sobre todo, no fuerces el ritmo. Deja que tenga la iniciativa, como esta noche. Si te crees capaz, incluso puedes utilizar posibles problemas de «puesta en marcha»: le infundirá confianza. Es más, si cree que está ayudándote a arreglar tu problema con las mujeres, se acelerará. ¿Puedo contar contigo?

—Puedes.

Dos minutos más tarde, estaba en el ascensor. Me serví un té y unté mantequilla en una tostada para animarme un poco. Esta idiota había conseguido aterrorizarme. Con Alice había pasado la noche en estado de gracia, pero ahora empezaba a ser consciente de lo que suponía la reconstrucción de su sexualidad. Por escrúpulo o por venganza perversa, Fred había transformado el deseo en pliego de condiciones; el encanto y la espontaneidad se desintegraban frente a su psicología de revista barata.

Estaba saliendo de la ducha cuando Alice irrumpió en la habitación en estado de choque. Debía de haber visto salir el Maserati. La tranquilicé enseguida:

—Es por mi culpa, pero no por lo que tú crees.

No tuve tiempo de decir más: sonó el teléfono de la habitación y ella corrió a descolgar. Intercambié una mirada perpleja con Jules y di tres pasos hasta la cortina abierta. Fred hablaba tan alto por el portátil que fue un duro golpe para mi modestia natural:

—No me gustan las despedidas, ya me conoces, pero todo va bien, ángel mío. Simplemente tengo que encontrarle algunos inversores antes de que se vayan de vacaciones. ¡Tu Macaron es una bomba atómica! Sobre todo, no te pases con él. Le intimidas mucho, ¿sabes? Así que cuídalo bien, dale seguridad, un poco de presión no estará mal: feliz, pero no satisfecho, *you see what I mean*. Necesito que crea en mí y quiero que dé lo mejor de sí mismo, como sus PAT.

—¿Sus...? —tartamudeó Alice, mirándome, completamente superada por la logorrea de su amiga.

—Sus *Plant Advanced Technology*. Dile que te lo explique. Bueno, querida, disfruta mucho, yo voy a hacer lo mismo. Besos.

Alice colgó a tuestas. Intentaba traducir lo que pasaba en sus ojos colgados de los

míos. La sorpresa de escuchar tantos cumplidos, el descubrimiento de mi otro yo, la inquietud frente a la intimidad forzosa que se nos caía encima, el remordimiento por lo que habíamos hecho aquella noche.

—Y ¿qué es un *Plant Advanced Technology*?

Me senté en la cama y le presenté mi método para hacer crecer en agua algunos vegetales de los que se pueden extraer principios activos ordeñando las raíces como quien ordeña una vaca.

—¿Y eso es lo que ha dejado a Fred en ese estado?

—Sí. El crecimiento en medio acuoso provoca una sobreproducción de proteínas terapéuticas imposibles de sintetizar químicamente.

Me interrumpió en el momento en que pasaba a detallar las prestaciones de las moléculas que procuraban mis favoritas, *Ruta graveolens* y *Datura innoxia*, para el tratamiento del asma, la psoriasis o el alzhéimer.

—¿Quieres que te diga exactamente lo que siento?

La gravedad de su tono me preocupó. Asentí con las pestañas, por mi cuenta y riesgo.

—Nunca, ni en mis peores pesadillas, hubiera pensado en enamorarme de un hombre que me hiciera sentir celos de mi mujer.

Repetí la frase para mis adentros, para estar seguro de haberla entendido bien. Le dije que no había ninguna razón para eso.

—¿Para el amor entre nosotros?

—No, para los celos.

Sonrió y me tomó la mano.

—Déjame ponerme celosa: me encanta. Nunca podría hacer por ti lo que Fred es capaz de hacer, pero no sabes lo feliz que me hace que te tome bajo su manto.

Sus manos empezaron a recorrer mi bata. La izquierda me acarició el vello, la derecha empezó a desatar el cinturón.

—Estábamos diciendo...

Posé mi boca sobre la suya. Ella entreabrió los labios. Nuestras lenguas se buscaron, se evitaron, se encontraron. Jadeando, al borde del gemido, me dijo que me acercara rápidamente. Le empecé a quitar la sudadera. Ella me interrumpió, señalando algo que estaba a mi espalda. Pregunté:

—¿Hay demasiada luz?

—Eso, nunca.

Entonces pasé al cuarto de los niños para traer el espejo. Jules se había tumbado delante de la cómoda y estaba comiéndose el preservativo que Fred nos había regalado.

El drama tuvo lugar un sábado.

Era muy consciente de que a mi perro le pasaba algo, desde que Fred nos había abandonado a los tres. Cuanto más crecía nuestra felicidad, más se agravaba su síndrome de abstinencia. Cuando recobré la vista, creyó que le había abandonado, y ahora sabía que estaba de más. Me había traído al hombre de mi vida, yo lo había aceptado: misión cumplida, pero su instinto quería algo más. Para él, ser perro de compañía no quería decir nada. Zibal y yo nos bastábamos. Tenía que convertirse en el asistente de alguien más. Alguien nuevo. Alguien solo.

Se lanzó a la caza: olfatear, seguir la pista, ligar en la playa y por las calles. En cuanto veía un bastón blanco, una silla de ruedas, se despertaba la presión interna sin la que se sentía perdido. Trouville es un pueblo pequeño, en el que la gente es muy amable, y todos los minusválidos estaban atendidos, así que se dedicaba a los turistas.

Todas las mañanas acechaba la llegada del minibús de la asociación Aire Libre, que llevaba a niños minusválidos físicos y psíquicos a pasar un día de playa. Ofrecía sus servicios, llevaba y traía flotadores, gorras, palas y cubos, que robaba sin cortarse a los otros niños. Tras esa demostración de su sabiduría y sus servicios, solo cosechaba terror, lloros, estrés y ataques de nervios. Los acompañantes lo alejaban a patadas. Una vez le habían expulsado de la playa, se marchaba al pueblo a buscar almas en pena, se ocupaba de los mendigos o recuperaba drogadictos en la estación, que trataban de capturarlo para venderlo. Siempre acababa huyendo, con la cola entre las piernas y el hocico alerta, buscando abandonados y deficientes con esa actitud de servilismo agresivo de los limpiadores de parabrisas que aparecen en los semáforos. Era imposible encerrarlo o atarlo cuando le llamaba el deber. Ponerle el arnés ya no me confería ninguna autoridad sobre él, todo lo contrario: el uniforme de trabajo legitimaba su búsqueda de empleo.

Desde el balcón de la 22, una mañana le vi atacar a un pastor alemán para robarle su ciego. No eran solo celos, era profesionalidad. El pastor alemán había cometido un error al pasar por debajo del hilo de una cometa que se había enroscado dos segundos más tarde al cuello de su ciego.

Ya no sabía qué hacer. Si le castigaba, era contraproducente para su entrenamiento. Cuando le hacía mimos, era como si lo estuviera avalando. Zibal no

me ayudaba nada, todo lo contrario. Jules le consideraba un argumento en sí: nuestra felicidad era fruto de su iniciativa, la prueba de su éxito cuando seguía su instinto hasta el final. Como trabajador autónomo, asistente *freelance*, en busca de población necesitada, mi perro era imposible de controlar. Un espontáneo errante. La bestia negra de la playa.

Un sábado por la noche, el mismo momento en que los monitores de Aire Libre le hurtaban a sus minusválidos del día, mientras subían las sillas de ruedas al minibús, bruscamente se lanzó sobre el vehículo. Arañó los alerones, mordió los neumáticos, saltó sobre el parabrisas para arrancar las escobillas. Lo que tardé en bajar con Zibal para detenerlo, el minibús había conseguido huir del aparcamiento. Jules corría detrás, ladrando con todas sus fuerzas, hasta tapar nuestras órdenes, los «¡Para!», «¡Quieto!». Se había vuelto loco.

Delante del casino, el autobús tuvo que frenar y Jules lo adelantó, se abalanzó sobre el capó. El choque le proyectó hasta una jardinera de piedra. El minibús aceleró y desapareció al doblar la esquina de la lonja de pescado. Jules, atontado, yacía entre los geranios. Cuando volvió en sí, temblando entre nuestros brazos, se puso a aullar a la muerte en sordina. Intentó escapar de nosotros, salir corriendo de nuevo y se cayó de lado. Un coche de policía se detuvo delante de nosotros. Mientras empezábamos a explicarnos, una llamada de radio les hizo salir en tromba, con la sirena y las luces puestas.

Ironía cruel, tuvimos que pedir prestada una silla de ruedas en el casino para llevar a Jules a la veterinaria de la calle Bains. Diagnosticó una ligera conmoción cerebral y un estado depresivo profundo. Aunque sus reflejos eran normales, sus terminaciones nerviosas no los registraban. Su apatía era flagrante.

—Que le hagan un escáner por seguridad, pero ese no es el problema.

En la mirada de la veterinaria había una luz de sospecha sin pruebas, esa presunción de maltrato que tanto daño me hacía desde la semana pasada, cuando la gente me veía insultar a Jules por su altruismo indeseable.

Tras una inyección de tónico cardíaco y un plato de comida energética, pudo andar de nuevo y se puso a arañar la puerta para que le sacáramos de la clínica. Entró en el hotel como un autómatas, sin mirar a su alrededor ni olfatear nada, y se tumbó hecho una rosca en el cuarto de baño, entre la bañera y el bidé.

Zibal había ido a buscar pollo asado y pasteles para comer con él en la habitación. Jules ni lo tocó. Estábamos cada vez más preocupados. Y luego nos enteramos en las noticias regionales de que el minibús de Aire Libre había chocado contra un camión, una hora antes, en la salida de Trouville. Seis heridos graves.

Jules nos miró enfebrecido cuando fuimos a pedirle perdón al cuarto de baño. Recuperó algo de sus fuerzas para seguirnos a la cama. Tumbado entre los dos, se dejó tranquilizar, consolar, comprender. Me sentía tan culpable por no haber adivinado nada. Si había intentado por todos los medios oponerse a la salida del minibús no era para que le devolvieran a sus paraplégicos. Le expliqué a Zibal que los

perros a veces presienten las catástrofes naturales y los accidentes. Le di algunos ejemplos famosos. Él me citó algunos otros menos conocidos.

Estaba sorprendida por su dominio del tema. Me dijo que antes de conocerme, en sus esfuerzos por asimilar aceleradamente la psicología de este perro que le había caído en suerte, había consultado algunos extractos de libros de Eric Vong, disponibles en internet. Como se extasiaba, con demasiada parcialidad para mi gusto, con los talentos de médium de Jules, hice de abogada del diablo. Le dije que quizá su acoso había perturbado tanto al conductor que se había saltado un *stop* en la rotonda de la estación.

Su reacción me dejó helada. Asumió la defensa de Jules, reprochándome mi ceguera. Enseguida retiró la palabra, pero el daño estaba hecho y él mantenía su posición sobre el fondo: pensaba que era una irresponsable por acusar al perro en lugar de decir que sentía no haber tenido en cuenta su clarividencia y sus avisos.

—Un perro no lo entiende todo, Zibal.

—¡Sí!

—De todas formas, no es posible cambiar el destino.

—¿De dónde sacas estas estupideces? ¡La realidad solo es una emanación de nuestra consciencia! Nosotros escribimos nuestro destino, con nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros miedos, nuestros bloqueos, que lanzamos al universo, pero siempre es posible corregirlo. Las premoniciones solo sirven para eso. Y como los humanos ya no creen en ellas, los animales tienen que hacerse cargo. Eso es todo.

—¡Es un perro maravilloso, pero solo es un perro! Necesita autoridad, no veneración.

—¡Y la injusticia es una autoridad excelente, tienes toda la razón!

—¿Pero qué discurso religioso es este?

—El budismo es una filosofía, no una religión. Está en la misma onda que la mecánica cuántica y la astrofísica. Lo infinitamente pequeño, lo infinitamente grande, lo infinitamente virtual. ¿No has leído ningún libro de Trinh Xuan Thuan?

—No, lo siento. Estoy un poco atrasada con mis lecturas.

—Perdona, pero te amo con locura, Alice, y es gracias a Jules. No soporto verle en este estado por tu culpa. Porque tú no le necesites, no vas a impedir que ayude a otras personas. ¡Las instituciones no quieren saber nada de él, la Federación lo ha expulsado! Han desautorizado a tu perro, se han deshecho de él como una mierda solo porque ha huido de un sádico que le maltrataba. Ya nadie le necesita, salvo su sexto sentido, así que escucha de una vez este sexto sentido en lugar de echarle la culpa de todo.

Su clarividencia me dejaba sin voz, mientras Jules nos daba lametazos moviendo la cola. Como si el hecho de pelearnos por él le devolviera su energía, su lugar en la pareja. Seguro que Zibal tenía razón, pero no soportaba la violencia que percibía en su interior. La violencia *pura*, al servicio de los grandes ideales y los grandes mitos. La peor, quizá. La que solo quiere nuestro bien y contra la que nunca ganamos.

Entonces, yo también tuve un presentimiento. Y me tragué las lágrimas dándome la vuelta de golpe. Este perro que había hecho todo lo posible para que volviéramos a estar juntos sería la causa de nuestra separación.

Por primera vez, no habíamos hecho el amor. Con el perro entre los dos, gruñendo y ladrando en función de sus sueños y dando patadas que nos despertaban de golpe, nos pasamos la noche intentando asimilar la situación. Estaba loco de rabia contra mí mismo, por haber dicho tantos horrores. Yo, que siempre me había abstenido de mostrar el fondo de mi corazón a las mujeres que habían pasado por mi vida, deducía que nunca había amado antes de Alice y que la pasión me volvía sectario, violento, injusto. ¿Estaba reservada la serenidad budista a los solitarios por defecto, a los excluidos de la fiesta carnal, a los cornudos arrepentidos que sustituyen la humillación por la espiritualidad, a los resignados que todavía no han descubierto la felicidad de hacer gozar a una mujer hora tras hora, sin nada más en la cabeza que su placer?

Tenía la clarísima sensación de haberme desnudado ante Alice. Ella solo quería sentimientos suaves, humor ligero y cómplice y frenesí del sexo. Ese cóctel desconocido que me había vuelto loco. ¿Estaba nuestra pasión mutua condenada a la brevedad, a las virtudes transitorias de la iniciación? Alice había descubierto en mis brazos que su cuerpo amaba de nuevo a los hombres. Era consciente de que este plural amenazaría tarde o temprano nuestras relaciones singulares. Ella solo podría saber si era único comparándome. La pelea de esta noche sin duda aceleraría las cosas.

Me imaginaba que se marcharía de madrugada, dejándome solo con Jules, lo que sin duda sería la mejor opción, tanto para ella como para él. Volvería a ser su ciego sustituto, un minusválido del amor al que podría guiar y acompañar. Al darse cuenta de que renunciaba a su ama, que la abandonaba en manos de otros machos, quizá se pondría a cazar para mí, a traerme chicas, en lugar de buscar desesperadamente paraplégicos y retrasados mentales.

Sonreía, lleno de consternación. Ahora que estaba enamorado para siempre de una mujer que pronto me iba a dejar, paradójicamente descubría una forma de confianza en mí. El hecho de llevar seis días sin noticias de Fred no me desmoralizaba, todo lo contrario: ahora estaba orgulloso de saber que solo podía contar conmigo mismo. Alice me había dado alas, y no las volvería a esconder, aunque tuviese que volar solo. Teníamos un largo camino que recorrer, ella y yo,

antes de volver el uno hacia el otro, si el síndrome de abstinencia prolongaba la fusión. Quería ser alguien para ella. Y que estuviera segura, llegado el caso, de sus sentimientos por mí, después de haber tenido relaciones con otros.

* * *

Me desperté muy ligero con un rayo de sol. Tenía mucha hambre. Me desperecé y abrí los ojos. La cama estaba vacía.

Jules se había levantado tarde. Dormían. Despacito, se bajó de la cama, abrió la puerta haciendo peso sobre la manija con las patas y bajó corriendo la escalera. Sentía que en algún sitio le necesitaban, aunque las cosas terminasen mal, como de costumbre.

Hacía buen tiempo, el viento traía aromas de tortitas y perritos calientes. Los encargados colocaban los toldos y sacaban de las casetas montones de tumbonas. Un bulldozer alisaba la arena, en dirección al puerto. Los primeros autobuses vomitaban adolescentes con mochila que no le necesitaban. Ningún minibús con personas dependientes. La megafonía cubrió los gritos de las gaviotas:

—Buenos días, son las diez. Acaba de abrirse el Establecimiento de Baños y el servicio de socorristas está disponible. Le recordamos que la presencia de perros está estrictamente prohibida fuera del paseo marítimo.

Se abalanzó sobre una gaviota, que se dedicaba a romper una bolsa de basura impresa con el mensaje «Trouville limpio». Se apoderó de un trozo de bocadillo abandonado por un madrugador y corrió hacia las Rocas Negras, donde se terminaba el territorio del socorrista del quad, que le silbaba cuando la torre de control estaba abierta.

Tras seguir algunas pistas ya frías de perras sin interés, fue a saludar al hombre que dibujaba círculos en la arena, Luego se interesó por una familia que instalaba sombrillas y sillas de playa. Les hizo fiestas a todos y luego se plantó junto a la nevera portátil. Como nadie se preocupaba por abrirla, se puso a ayudar intentando levantar el cierre con la pata. El dueño salió corriendo tras él para que se fuera y tropezó con el asa de una bolsa. Lanzó un grito al caer y se sujetó el tobillo con las dos manos. Los niños fueron corriendo a ayudarlo y la mujer abrió la nevera para ponerle hielo sobre el pie.

Jules esperaba el momento propicio para acercarse a los trozos de carne que lanzaban sus aromas desde dentro del papel de plata. Entonces le llegó otro olor. Volvió la mirada hacia el mar. Un niño, en el límite de la marea que subía, estaba consolidando su castillo de arena con una pala. Olvidando inmediatamente el festín, Jules se acercó corriendo y le ayudó a reforzar la fortaleza con su pata trasera.

De repente, una ráfaga de viento se llevó la gorra del niño. Jules corrió a

atraparla entre las olas, pero el niño le siguió en el mar. Entonces se produjo algo inédito que sin embargo desató en él todos los reflejos adquiridos en el entrenamiento. El niño, que había dejado de avanzar porque el agua estaba fría, se puso a mover los hombros y la cabeza en todos los sentidos, con la cara deformada. Luego se cayó hacia delante y se puso a golpear el agua como si quisiera excavar un hoyo, retorciéndose entre gritos que se convertían en burbujas. Jules ladró para avisar hacia la playa. Luego se sumergió y levantó con el lomo el cuerpecito convulso, que enseguida volvía a caer en el agua. Dos veces, tres veces. Hasta que consiguió llevarlo rodando hasta la arena.

—¡Oscar! —gritaban unas voces.

La mujer y los otros dos niños llegaron corriendo, al mismo tiempo que el quad del socorrista, seguidos por un hombre que cojeaba con todas sus fuerzas. Jules sintió unos brazos que intentaban levantarlo. Gruñó, mostró los dientes, negándose a separarse de cuerpecito estremecido que se esforzaba por calentar. Alice llegaba, desde muy lejos, gritando su nombre. No se movería hasta que estuviera allí.

Nunca hubiera pensado que perderlo por segunda vez me haría tan feliz. De la noche a la mañana, Jules había vuelto a ser como antes. Dulce, feliz, preciso y fiable. Al servicio de otro.

Para nosotros era maravilloso ver cómo se acercaba corriendo al pequeño Oscar cada mañana, aunque tampoco nos sentíamos demasiado halagados. Ahora las horas pasadas en nuestra compañía le parecían agradables, pero accesorias. El deber le esperaba en otro lugar, y con él el auténtico placer. Me acordaba de todos los cachorros que habíamos criado mamá y yo, cuando éramos una familia de acogida. Todos tenían la misma impaciencia por acudir al centro de entrenamiento una vez por semana, por mucho que les atrajera la comida o nuestra presencia. Al acercarse a la jubilación, Jules volvía a ser un aprendiz que adquiría experiencia y avanzaba día a día, porque de nuevo su trabajo era importante.

—Es increíble —nos decía el padre de Oscar—. Es capaz de *adivinar* los ataques antes de que le den. Ladra de una manera especial, es como un código, y así sabemos que el pequeño se puede caer y le vigilamos para que no se haga daño.

Yo no me podía creer las nuevas aptitudes de Jules, sin ninguna relación con el entrenamiento que había recibido. La formación de un perro de apoyo para epilépticos es muy diferente de la de un perro guía: ya no se trata de acompañar basándose en reglas y situaciones aprendidas, sino de un comportamiento de alerta y de seguridad frente a un problema al que *anticiparse*. Desde la web de la Fundación Francesa para la Investigación sobre la Epilepsia había llegado a una asociación canadiense, una de las poquísimas que en el mundo estudiaban, entrenaban y promovían estas facultades caninas. Según la mayor parte de los especialistas, la capacidad de detectar la inminencia de un ataque no se puede enseñar: es una disposición innata en el diez por ciento de los perros, pero además se necesitan centenares de horas de entrenamiento para lograr sacar partido de este don en cualquier circunstancia. Jules había aplicado espontáneamente a un epiléptico la empatía y la habilidad que había adquirido al servicio de los ciegos. No solo se tumbaba bruscamente a los pies del niño ladrando y negándose a moverse (el código con el que antes señalaba un vacío delante de mí), sino que cuando las personas presentes habían comprendido el aviso, esperaba las primeras convulsiones del niño.

Y con la atención móvil de un portero ante el penalti, colocaba su cuerpo para amortizar la caída que vendría.

Y no se había quedado ahí. Ahora adaptaba la señal de alarma a las necesidades del momento. En el tercer ataque anticipado, el padre de Oscar le había dado el premio que tenía al alcance de su mano: una galleta rellena de mermelada de naranja. Al día siguiente, mientras la familia Bourdaine jugaba tranquilamente al Trivial en la playa, Jules se había abalanzado sobre el paquete, reclamando su galleta. Cinco minutos más tarde, Oscar se contorsionaba en la arena entre convulsiones, en medio de las tarjetas del Trivial.

A partir de ese día, mi perro había impuesto el nuevo código: llegaba para buscar el premio *antes* del ataque, lo que para él era el medio más eficaz de dar la alarma con mayor provecho. Yo no decía nada, pero, conociendo su trucos, no estaba lejos de pensar que a veces provocaba los síntomas cuya inminencia inventaba para conseguir una galleta.

Sin embargo, al cabo de unos días, como para desautorizarme, los ataques se habían vuelto inversamente proporcionales a la petición de recompensa previa. Informado del peligro, el niño se concentraba en impedir el ataque, mientras que Jules, pegado a él, parecía estar enseñándole, por ósmosis una técnica respiratoria. O bien simplemente la ternura atenta del labrador minimizaba la angustia que podía favorecer los ataques.

Una noche sí y otra no cenábamos con los Bourdaine. Vivían en una casita de pescadores preciosa, en una calle sin salida cerca de la iglesia. El padre trabajaba en el mercado de pescado y la madre criaba a los tres niños mientras vendía por teléfono desde la cocina viajes de ensueño al Caribe. Tenían mucha confianza en Zibal, que les había explicado que famosos genios como Alejandro Magno, César, Dostoievski, Flaubert o Mahoma eran epilépticos y que podría haber una relación entre las dos cosas. De repente, habían dejado de considerar la patología de su hijo una maldición, una enfermedad vergonzosa que solo podía provocar miedo o burla.

* * *

Lo que esperaba con auténtica aprensión ocurrió al final de la semana: nos preguntaron si, excepcionalmente, Jules podía quedarse una noche con su nuevo amigo. Luego otra. Y así empezó a pasar más tiempo en su casa que con nosotros. En su presencia, el niño ya no tenía ataques, así que, privado de su recompensa previa, Jules se resarcía atracando el paquete de galletas, muy discretamente, para no dar una falsa alarma. Con los ojos en alerta naranja, el hocico al acecho, de nuevo dominante, había recuperado su peso y su pelaje brillante. Le sentía tan feliz como *antes* conmigo

y me emocionaba que me pidiera disculpas en el hotel por sus breves cariños lánguidos antes de quedarse dormido como un tronco. Cuando estaba cerca de Oscar, nunca relajaba la vigilancia. Con nosotros, recuperaba las fuerzas.

Mi relación con Zibal también había cambiado de naturaleza. Ya no seguíamos el ritmo de las vacaciones, un paréntesis para olvidar todo lo demás tras el mal recuerdo de nuestra pelea, que no había tenido nuevas ediciones. Ya era como un borrador de vida en común luchando contra los peligros de la promiscuidad, el único medio, para solitarios como nosotros, de verificar si éramos simplemente los amantes de un verano o una pareja en potencia.

Al margen de nuestros baños y otras cabriolas, Zibal se recluía en su palomar desde las 8 hasta las 12 de la mañana y desde el final de la siesta hasta la hora de la cena para proseguir su trabajo de inventor, lo que me permitía trabajar en el hotel tranquilamente en mis proyectos para la radio. Era mejor que la felicidad estival, era el presagio de una vida cotidiana posible. Esas horas de trabajo en solitario eran un toque de pimienta y de intensidad para nuestra fusión carnal. Y lo mismo ocurría con Jules. Volvía a nosotros con un placer multiplicado porque había trabajado bien con su nueva pareja.

Hubiera querido que esas casi vacaciones en trío durasen para siempre, pero el 16 de agosto el teléfono del hotel nos despertó de golpe.

Alice me tiende el teléfono desenchajada.

—Es Fred. Para ti.

Me siento en la cama para hablar. El cable se enreda entre sus senos. Ella se libera y, por discreción o por necesidad de soledad, se va al cuarto de niños que le sirve de despacho, cerrando la cortina tras ella.

—Vuelves esta noche, como muy tarde —ataca su amiga a modo de saludo—. Finalmente, el grupo agroalimentario del que te hablé se ha enamorado de tus bacterias telepáticas. Sobre todo, los mensajes antiobesidad que pueden enviar a sus yogures. Tienen toneladas de demandas por sus Acticosas, que Bruselas intenta prohibir, así que te compran la exclusiva para todas tus patentes. Sí, las he metido todas en un lote, lo tomas o lo dejas. Y te financian un laboratorio independiente, para el que te he conseguido además vivienda y coche de empresa. Ahora tienes que crear una sociedad en Luxemburgo o en Nassau para cobrar los *royalties*: mi abogada se ocupa de todo, tienes una cita con ella mañana a las ocho para redactar los estatutos. Me hago cargo de todos los gastos, a cambio del quince por ciento de tus beneficios *ad vitam aeternam*, como intermediaria. Ya sé que es un abuso, pero no es negociable. Y ya de paso, estás invitado al programa de Canal+ de mi amigo Ardisson. Tienes derecho a elegir otro invitado. ¿A quién quieres llevar? Tengo que darles el nombre antes de las doce.

Anonadado por el chorro de buenas noticias que me están lloviendo sin tregua, respondo maquinalmente:

—Éliane de Frèges. Mi madre.

—¿No es una horterada a tu edad? ¿Cómo lo quieres enfocar, qué argumento le doy?

Por pudor y por no alargarme, le digo que saca un libro en septiembre.

—Lo has entendido perfectamente —me felicita—. Dile a Alice que siga tomando el sol tranquilamente: no te voy a dejar respirar en los próximos días. Ahora, si quiere volver contigo, por mí perfecto, yo pago la factura. Oye, tu madre es una bomba, ¿de cuándo es la foto que hay en Wikipedia?

Con una sonrisa fatalista, la tranquilizo inmediatamente:

—No es de las que cambian mucho.

Y colgó diciéndome que me subiera al primer tren.

Me volví hacia la cortina que Alice acababa de abrir dubitativa. Miré su cuerpo a contraluz. Y luego se abalanzó sobre mí con una alegría casi falsa. Estaba tan feliz de lo que me pasaba, decía. No había necesitado escuchar el monólogo de mi representante: le bastaba con ver mi cara y conocer de memoria la psicología freudiana. Murmuró, con los labios en mi cuello:

—Si ha montado esta operación, es que le importas de verdad.

No sabía cómo encajarlo. La impresión de ser un mero peón, después de haber servido de vínculo entre ella y su perro, me estropeaba un poco el increíble salto profesional que se abría ante mí.

—¿Quieres decir que si no se hubiera esforzado tanto con mis bacterias me querías un poco menos?

Sonrió por mi clarividencia y se agachó para darle una respuesta a mi sexo que disipara el malentendido. Pero su cabeza asomó enseguida entre las sábanas.

—Mi amor, ¿qué hacemos con Jules?

Le dije lo que sin duda necesitaba escuchar: que tenía que decidirlo él. No podíamos quitárselo a la fuerza a la persona de la que había decidido encargarse. Y además, estaba seguro de que, si se le metía en la cabeza volver con nosotros, eso no le plantearía ningún problema.

* * *

Quisieron acompañarnos a la estación en su viejo Peugeot. Estaban locos de gratitud, pero no era un adiós, ni un regalo. Ni siquiera un préstamo. Era solo un depósito, una custodia temporal. Nos prometían que su casa siempre sería la nuestra, sería nuestra residencia secundaria. Arreglarían la buhardilla para nosotros. Con su actitud feliz, Jules daba por buena la situación con una ligereza casi hiriente. Como un niño que conquista su autonomía, nos hacía fiestas para suavizar nuestra emoción. Pero le llamaba el deber.

Un policía se acercó para que sacáramos el coche, que estaba en doble fila. Por la ventana trasera, el perro y el niño vieron cómo nos alejábamos con la misma mirada fija y la misma inclinación de cabeza. Dejamos de agitar la mano. Alice intentó encender un cigarro. Yo tomé su mechero. Ella me dijo con voz quebrada:

—No veo nada.

Pero solo eran las lágrimas. Añadió:

—Ya ves, mi único consuelo es que esta vez me abandona él.

La estreché contra mis caderas para minimizar el vacío entre nosotros. Estuve a punto de preguntarle si quería que adoptásemos un nuevo compañero, pero me

pareció que me iba a contestar que es imposible sustituir a un perro. Entonces, desde el fondo de mi ser, ascendió el impulso de una elección, el deseo de un auténtico reto, la necesidad de comprometerme con los ojos cerrados, de sustituir por fin la lucidez por la confianza. Dije:

—Me gustaría tener un hijo contigo.

Ella volvió el rostro hacia mí, sin la menor sorpresa. En sus ojos se entremezclaban una gran esperanza, una duda auténtica y un cierto reproche, como si mis palabras se hubieran adelantado a sus pensamientos. Depositó tiernamente su cabeza sobre mi hombro para suavizar la ambigüedad de su silencio. Entonces vi cómo la nueva familia de Jules desaparecía al otro lado del puente y mencioné el único argumento que, de momento, abogaba en mi favor:

—Ya tenemos el padrino.

Nota del autor

Los perros guía son una de las primeras pasiones de mi vida. Descubrí su universo a los doce años, cuando actuaba en obras destinadas a financiar su formación. Quiero dar las gracias a mi padre y a sus amigos del Club de los Leones de Beaulieu-Villefranche-sur-Mer por haberme dado la oportunidad de vivir esta experiencia inolvidable. Y también quiero dar las gracias a la periodista Sophie Massieu: mi encuentro con ella y su perro guía Pongo, un poco antes de su jubilación, un día de mayo de 2014 en la emisora RTL, me decidió a escribir este libro que llevaba dentro desde hacía tanto tiempo.

También quiero dar las gracias a mi amigo oftalmólogo Marc Spira por su atenta relectura.

Como suele ocurrir en mis novelas, lo que parece más loco no es fruto de mi imaginación. La patente de «plantas para ordeñar» registrada por Zibal de Frèges es obra en realidad de Éric Gontier y Frédéric Bourgaud, que la explotan con Jean-Paul Fèvre en la empresa Plant Advanced Technology. Lo mismo se puede decir de la descontaminación de los excrementos de cerdo (Nitracure), las experiencias de comunicación con los yogures (Cleve Backster) o la domesticación de bacterias (John Craig Venter).

En cuanto al destino ficticio de Zibal, tiene algunas similitudes con el de Mohed Altrad, industrial y hombre de letras francés nacido en Siria, «beduino de corazón», a quien tuve el placer de entregar, como presidente del jurado KBL-Richelieu, el gran premio de los valores empresariales 2014.

Finalmente, la Fundación Francesa para la Investigación sobre la Epilepsia, de la que soy padrino, se esfuerza por recoger los fondos necesarios para la formación de perros asistentes. Medio millón de franceses, entre los que se cuentan cien mil niños, sufren actualmente epilepsia, enfermedad que no despierta interés alguno entre los poderes públicos.



Didier van Cauwelaert (Niza, Francia, 29 de julio de 1960) es un escritor francés, uno de los más populares en el campo de la literatura contemporánea. En 1997 recibió el Gran premio del teatro de la Academia francesa, que se concede para distinguir la carrera dramática de un autor.

Escritor muy precoz, a los ocho años ya había enviado obras suyas a los principales editores de París para intentar sin éxito que se las publicaran. No consigue finalizar sus estudios literarios y busca trabajos ocasionales de poco futuro: da clases de windsurf y de canto. Participó en compañías de teatro aficionado, a la vez que se dedicaba sin mucho éxito a la labor de crítico literario. En 1982 publica su primera novela, *Vingt ans et des poussières*, con la que gana el Premio Del Duca. A esa novela y a ese premio le siguen otros de importancia creciente hasta que consigue el más importante de los que se entregan en Francia: el Goncourt en 1994 por *Un billet de ida*, en donde narra en un tono que mezcla el humor y la amargura el viaje de regreso a donde nunca se ha ido entre un falso emigrante marroquí y un agregado asesor cultural que acaba de ser abandonado por su esposa.

Admirador de Marcel Aymé y Romain Gary, novelista, dramaturgo y guionista de cine y de televisión, Van Cauwelaert es autor de una obra amplia y que ha llegado a un público extenso, debido al humor, a la ternura y a la generosidad. Aunque la fragilidad de las tramas hacen que pronto se olviden, sus novelas presentan unos personajes fuera de lo común o tan comunes que sorprenden, y una impresión de que la felicidad es algo sencillo y que los buenos sentimientos no tienen por qué ser cosa de necios.

«Mi vida es una suma de futuros anteriores destinada a no perder nada, un modo como cualquier otro de afrontar el futuro sin realmente someterse a él. Proyectarse hacia adelante para retroceder». (Cheyenne, 1993).

Su obra está marcada en parte por personajes con problemas de identidad, incapaces de asumir la posición que ocupan en la sociedad, con frecuencia debido a la ausencia de referentes paternos.